

LA NEGRA HISTORIA DE
JIMMY MORTIMER

A black and white illustration of a boy with a flashlight in a cave. The boy is standing in the center of a large, circular, spiral-shaped opening in the ground, which resembles a tunnel or a cave entrance. He is holding a flashlight that illuminates the path ahead. The walls of the tunnel are textured with vertical lines, suggesting rock or earth. The background is dark, and the overall style is reminiscent of a woodcut or a detailed pencil drawing. The title and author's name are written in a stylized, hand-drawn font.

DAVID LAFUENTE

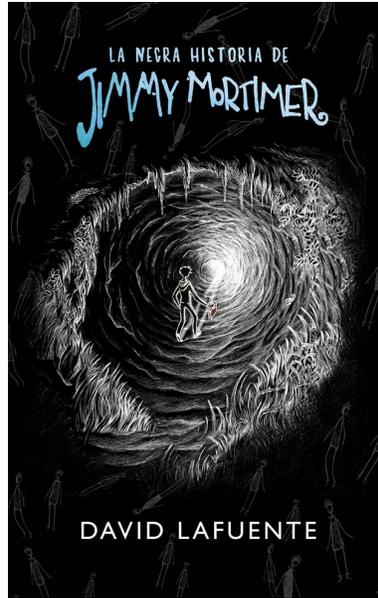
**∞ INFINITA
PLUS**

M

David Lafuente

La negra historia de Jimmy Mortimer

montena



La primera novela de David Lafuente, cantante de Auryn, es una historia de aventuras, fantasía, amor y amistad que enamorará a sus lectores.

A dónde van los malos pensamientos cuando los tenemos? ¿Cuál es el lugar donde mueren nuestros sueños y se convierten en pesadillas? ¿Quién controla la cantidad de luz y de oscuridad que nos convierte en quienes somos?

Jimmy Mortimer está a punto de descubrirlo.

Sigue el hashtag **#JimmyMortimer**

Y si quieres saber todo sobre nuestras novedades, únete a nuestra comunidad en redes.



Novedades, autores, presentaciones, primeros capítulos, últimas noticias... Todo lo que necesitas saber en una comunidad para lectores como tú ¡Te esperamos!

Hogar, triste hogar

Santo Andre de Teixido (Galicia, España), 1952.

Elevó la cabeza con desgana. Ahí estaba su nueva casa. Jimmy había vivido ya en tantos sitios distintos en los últimos tres años que ya ni siquiera se molestaba en poner FRÁGIL en las cajas de mudanza, porque no le hacía ni pizca de ilusión abrirlas.

—¡Al fin hemos llegado! ¿Qué os parece? —preguntó el señor Mortimer, el padre de Jimmy, mientras detenía el coche justo enfrente.

—Es perfecta, y ¡el sitio es increíble! ¿Verdad que sí, Jimmy? —respondió la señora Mortimer, la madre del chaval.

—Perfecta hasta que tengamos que cambiarla por otra —contestó el chico de malos modos.

—Cariño, eso no depende de nosotros. Ya sabes que el trabajo de tu padre es así... ¡Vamos allá donde lo necesiten! ¡Y por suerte lo necesitan mucho!

Roger Mortimer era uno de los encargados de supervisar en el terreno la construcción de la red ferroviaria en el sur de Inglaterra, y ese cargo le obligaba a él y a su familia a cambiar de vivienda constantemente, algo que Jimmy, como ha quedado claro, detestaba. Con cada uno de esos traslados

tenía que adaptarse a una nueva casa, a un nuevo vecindario y a una nueva habitación. «¿Acabará esto alguna vez?», se preguntaba. Sin embargo, en esta ocasión, el cambio iba a resultar mucho más difícil de sobrellevar. Después de años viviendo en Inglaterra, a pesar de haber nacido en Estados Unidos, la familia Mortimer se trasladaba a una pequeña aldea gallega, en España, país de procedencia de la madre de Jimmy. Una pega más que añadir al listado de problemas que el chaval llevaba redactando desde que tenía uso de razón.

—¿Habrán alguien en este pueblucho que sepa hablar inglés? —preguntó con cierto deje de ironía.

—Uy, cielo, eso es pedir demasiado. ¡A duras penas hablarán castellano! En las aldeas de esta zona todo el mundo se entiende en *galego* —respondió su madre, Tina Mortimer.

El chico sacudió la cabeza con resignación.

—Vamos, hijo, si hablas español casi mejor que tu madre —intervino el señor Mortimer.

—Sí, claro..., lo que tú digas —replicó con sequedad.

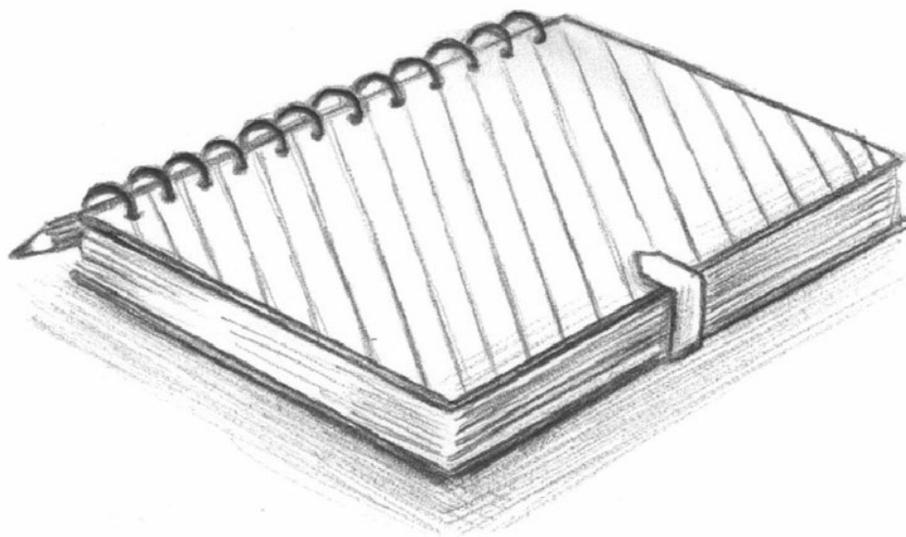
Con dieciséis años, Jimmy acababa de sobrevivir a su infancia. Era un chico normal, no muy alto y delgaducho, con unos ojos azules como el mar del Caribe, enigmáticos e intensos. Su pelo negro, con un tupé de flequillo largo, siempre estaba despeinado y alborotado, y le otorgaba un aire descuidado que él no pretendía. A Jimmy no le importaba demasiado su apariencia, aunque tampoco habría tenido con quién compararla. Conocía a poca gente de su edad. No es que no le gustara la gente, es que no tenía oportunidad de cruzarse con demasiada. Lo que realmente ansiaba y deseaba con todas sus fuerzas era tener un buen amigo. Pero por culpa de las obligaciones laborales de su padre, había perdido al único compañero que había tenido, y desde entonces un aire de tristeza, al igual que su sonrisa apagada, era su único acompañante en cada mudanza.

—Parece una zona de lo más tranquila.

El hombre asintió ante las palabras de su mujer mientras acababa de aparcar bien el coche en el que llevaban horas viajando.

—¡Genial! Me dedicaré a hablar con los árboles... —añadió Jimmy con ironía.

Nunca había sido un chaval sombrío, pero en los últimos meses su carácter se había oscurecido un poco. Y no era por culpa de la adolescencia, sino por los cambios continuos en su vida, que le hacían ser cada vez más reservado y menos hablador. Jimmy se había refugiado en su propio mundo, un lugar al que nadie tenía acceso. No podía compartir sus sentimientos con nadie más que con su pequeña libreta roja y blanca, que siempre le acompañaba, fuese donde fuese, y donde dejaba constancia de todo lo que le pasaba por la cabeza y le aturdía el corazón.



Aquella libreta se había convertido en su única compañera y por eso la custodiaba como si de un tesoro se tratase. Para Jimmy lo era. Gracias a ella y

a todo lo que tenía escrito y dibujado en sus páginas, podía sentir que no pasaba solo de un lugar a otro. Cuando la abría, con solo ojearla hacia atrás podía saber qué había sentido en un momento determinado, cómo era una cierta habitación que había dejado atrás... Gracias a su libreta, tenía historia. Gracias a su libreta, no se sentía tan perdido.

—¿Qué, señorito? ¿Piensas bajar del coche de una vez? —dijo la señora Mortimer, ya en pie fuera del vehículo.

—Déjalo, Tina. Ya vendrá cuando quiera. Espera a que oscurezca y verás qué rápido entra en casa.

A Jimmy no le hizo gracia aquel comentario jocoso de su padre, así que esperó a que ambos se adelantaran unos metros para decidirse a salir del vehículo. Agarró la libreta con todas sus fuerzas y bajó del Saab 92 de color rojo que les había traído hasta su nuevo hogar. Cuando empinaba la cuesta para llegar hasta la casa, pensó que si alguien quisiera dibujar una casa lúgubre de cuento, por fuerza tenía que inspirarse en esta: era una vieja casa que parecía estar a punto de quebrarse por un golpe de viento. Estaba hecha de tablones de madera de color blanco desgastado, tenía unos doce metros de altura y la coronaba un pequeño torreón en lo alto.



El edificio bordeaba un viejo acantilado y se podían escuchar las olas rompiendo contra las rocas que había justo debajo. La niebla gris invadía el jardín seco y descuidado que, a saber desde cuándo, estaba lleno de plantas muertas y hierbajos. Probablemente, no se habían cortado en años. Jimmy sonrió al ver, en mitad del patio, un columpio oxidado y putrefacto que se movía como si alguien estuviese subido en él. Desde luego, para ser un escenario tétrico no le faltaba detalle. Incluso el viento lo mecía, haciendo que las cadenas emitieran un chirrido bastante desagradable. Si hubiera tenido algún amigo, se habría burlado con él de su mala suerte: justo cuando pensaba que su vida no podía ir a peor, sus padres habían logrado alquilar la mayor pocilga de toda Galicia.

—¡Cuidado! —El grito de uno de los chicos del camión de mudanzas sacó a Jimmy de sus pensamientos.

Mientras ellos bajaban las cajas embaladas, sus padres abrieron la puerta principal de la casa con una llave dorada y sucia que, además, llevaba una nota en el llavero que decía «Welcome». Por favor, aquello no podía ser más irónico. Jimmy se decidió a abrir la puerta del vehículo, y se dirigió a la entrada justo cuando sus padres cruzaron el umbral.

El interior era todavía más deprimente. La casa te hacía sentir de todo menos bienvenido. Lo primero que vio fue un pasillo con papel amarillento en las paredes, deteriorado y polvoriento. Su nueva vivienda, mustia y con aspecto de no haberse limpiado en mucho tiempo, ni siquiera por cortesía hacia los nuevos inquilinos, era la viva imagen de la tristeza.

Jimmy ni se molestó en inspeccionar la planta baja, y enfiló la escalera para subir al piso de arriba, pero se dio de bruces con un viejo reloj de pie que había en el pasillo y en el que no se había fijado al entrar. «¿Quién habrá puesto esto aquí?», pensó indignado. Encima de sucios, los antiguos inquilinos parecía que tenían humor con la decoración. Subió por la escalera

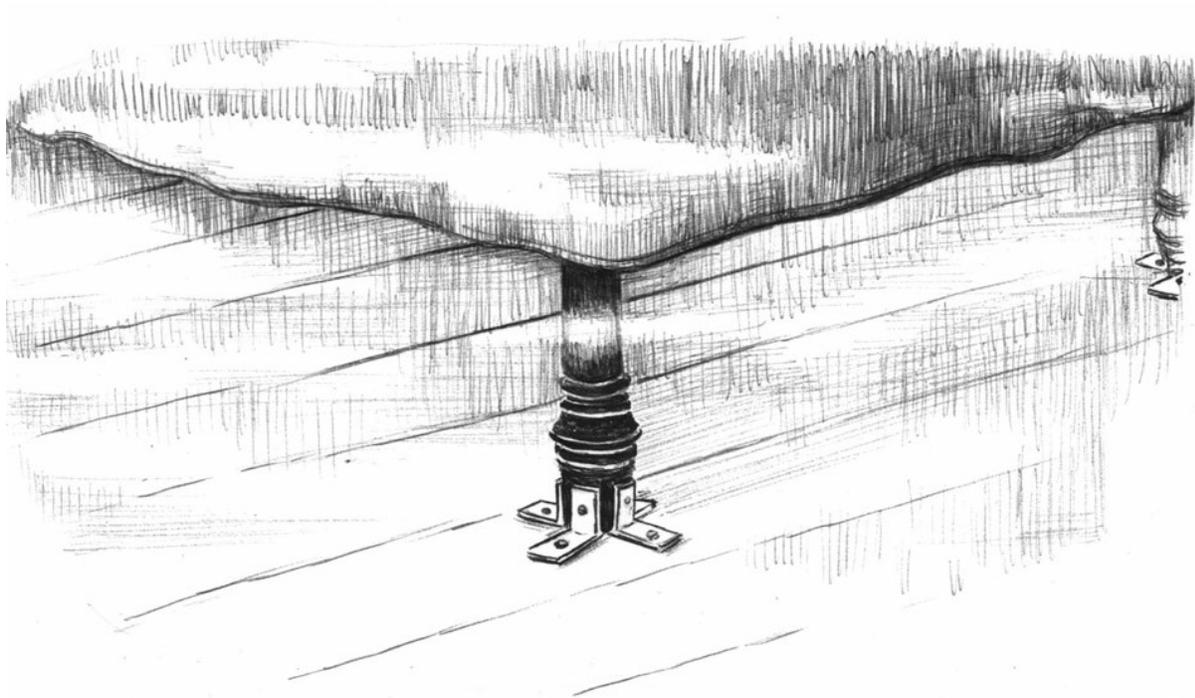
con el entrecejo fruncido por el golpe y mirando a aquel reloj traidor con recelo.

En el primer rellano se encontró con una habitación pequeña repleta de trastos viejos y con un montón de colchones grises, llenos de polvo, apilados unos encima de otros. Aquella no iba a ser la suya. Jimmy no quiso tocar nada y cerró la puerta con esfuerzo porque, a causa de la humedad por tener el mar tan cercano, estaba hinchada y no encajaba bien.

Cuando subió a la tercera planta, por fin llegó a lo que sería su habitación. Frente a la puerta había una ventana blanca que asomaba a un pequeño balcón a través del cual se podía ver el océano. En ese punto concreto, unos metros más abajo, rompían las olas con fuerza contra la parte baja del acantilado. No dejaba de ser un lugar triste, un lugar perfecto para una muerte romántica y suicida, pero tenía su encanto. Las cortinas, plagadas de agujeros, se movían sutilmente con el viento. «Por lo menos tiene luz natural», pensó.

La estancia tenía un armario enorme y pesado que quedaba a la izquierda, y la estructura de una cama envuelta en plástico que quedaba justo al lado contrario. No tenía colchón y el cabecero de hierro estaba ya sin brillo. La cama era enorme, eso sí, y Jimmy pensó que eso era un cambio a mejor. Decidió moverla para que le llegara mejor la luz de la ventana ya que le gustaba leer en la cama, preferiblemente a primera hora de la tarde, antes de que cayera el sol. Sin embargo, sucedió algo extraño cuando fue a desplazarla: la cama no se movía. Por mucho que lo intentó, parecía como...

—Pero ¿qué demonios es esto? —dijo en voz alta, hablando para sí mismo.



Las patas de la cama estaban atornilladas al suelo, algo que no había visto en su vida. Volvió a ponerse en pie y trató de mover la estructura, pero lo único que comprobó era que aquella cama, efectivamente, estaba anclada al suelo. No pudo evitar una mueca de espanto, ya que aquello de los tornillos era bastante rarito. Intentó no darle más importancia y siguió inspeccionando el resto del cuarto. Comprobó que el papel de la pared estaba muy deteriorado y le llamó la atención su color azul y los pequeños barcos blancos que tenía pintados. Ese detalle, algo infantil, fue el único que le hizo sonreír desde que había llegado a su nuevo hogar. Pero aquella sonrisa furtiva se esfumó tan rápido como había llegado.

De nuevo otra mudanza. Y de nuevo, en soledad... Se sentó encima de la cama sucia y envuelta en plástico, y pasó el resto del día entre cajas amontonadas y escribiendo notas en su desgastada libreta rojiblanca. Empezó

a dibujar los barquitos del papel de la pared, a darles vida. Al menos la tenía a ella para que escuchara sus pensamientos.

—¡Jiiimy, baja a cenar!

Debía de haberse quedado dormido sin querer. El olor de la cena subía hasta la tercera planta, y aunque no pudo identificar de qué alimento se desprendía aquel aroma, Jimmy intuyó que su madre habría preparado algún plato hecho con prisas. La voz de la señora Mortimer gritando el nombre del muchacho se coló hasta el tercer piso.

Habría preferido subir el plato a su cuarto y comer tranquilo, sin tener que escuchar a su madre parlotear sin freno mientras su padre los ignoraba, como de costumbre, sumergido en sus malditos informes. Pero, otra vez, Jimmy antepuso los deseos de sus padres a los suyos y bajó por las escaleras de su nueva casa con la mayor desgana que podía mostrar.

—¡Ya voy! —gritó.

Estaba en lo cierto. Cuando se sentó a la mesa de la cocina y vio el interior de la cacerola donde había cocinado su madre, se quiso morir. La «exquisitez» culinaria de la noche se trataba de alcachofas con aspecto gelatinoso sobre una salsa amarillenta, y rodeadas de judías de lata un tanto resacas. Su madre cocinaba bastante mal, a pesar de que pasaba mucho tiempo en casa. Aquel plato horripilante era lo que se había sacado de la manga para cenar aquel día.

—Jimmy, cariño, ¿te ha gustado tu habitación? —le preguntó sonriente mientras le servía una porción pringosa en el plato. La mujer se esforzaba por suavizar aquellos cambios con su constante buen humor, pero cada vez le costaba más arrancarle una sonrisa a su hijo. Él la miró con recelo y volvió a posar sus ojos sobre las alcachofas amarillentas.

—Sí... —respondió con una voz casi sorda.

La señora Mortimer miró a su marido para indicarle con expresivos movimientos de ojos que algo no iba bien.

—¡Psss! ¡Psss! —le silbó disimuladamente mientras miraba a Jimmy con el rabillo del ojo. Por Dios, aquel truco había dejado de funcionar cuando el chico tenía aproximadamente cinco años.

—¿Pasa algo, Jimmy? —preguntó el padre, quien por un segundo dejó el montón de folios y apuntes del trabajo que tenía sobre las piernas mientras comía, y dirigió los ojos hacia su hijo. Tenía los mofletes inflados mientras masticaba la masa intragable de alcachofas y judías.

—Umph... —Jimmy tragó deprisa, no estaba acostumbrado a que su padre le preguntara cómo se encontraba—. No sucede nada, papá —contestó, frío y seco, soltando el cubierto en la mesa—. Solo estoy cansado y quiero dormir, no tengo hambre... ¿Me puedo ir a la cama ya? —dijo, mirando a su madre, que de los dos era la única que a veces le prestaba un poco de atención.

Ella volvió a mirar a su marido, insistiendo en que algo pasaba. Él hizo un gesto moviendo los hombros, como diciendo que cuando Jimmy tuviese hambre ya comería, y señaló los papeles que tenía encima de las rodillas para dar a entender que no tenía tiempo que perder. El trabajo siempre iba primero.

—¿Ya has sacado las cosas de las cajas? Seguro que la habitación quedará muy bonita cuando la pintemos y compremos un escritorio nuevo. He visto una tienda de muebles viniendo hacia aquí esta mañana que tenía buena pinta y quiero pasar por la floristería para plantar algo en el jardín... ¿Quizá unas petunias? Ya sabes cómo me gustan —continuó diciendo Tina Mortimer para intentar retener a su hijo y que al menos se terminase la cena.

—Si a ti te apetece hacerlo...

—Jimmy, ya sé que esto no te gusta, pero tu padre...

—Ya, ya. Estoy cansado, me voy a dormir. Mañana terminaré con las cajas —contestó mientras se levantaba de la mesa y dejaba su plato con restos de comida en el fregadero—. Buenas noches.

—Buenas noches, hijo, que descanses —dijo su madre con un tono cansado y resignado.

En el fondo todos estaban cansados de mudanzas, de hacer y deshacer cajas, de acostumbrarse a nuevos sitios, nuevos vecinos y nuevos colchones sobre los que dormir, pero la señora Mortimer tenía fe en que el destino les deparaba un cambio a mejor y que sus vidas acabarían siendo estables. No obstante, le inquietaba la actitud de su hijo.

—Cariño, estoy preocupada por Jimmy. No sé qué le pasa... —susurró a su marido, mientras quitaba la mesa.

—Tiene dieciséis años, está en una edad muy complicada. Todos hemos pasado por eso. Ya se le pasará. Sé que le fastidia, pero esta mudanza era necesaria. En parte, lo hacemos por él. Si consigo que este trabajo sea un éxito, tendremos una vida mejor y mejores opciones de futuro para Jimmy. Esta es nuestra oportunidad, no podemos desperdiciarla —se justificó él.

La señora Mortimer apoyaba a su esposo en todas y cada una de sus decisiones, pero no podía evitar sentirse culpable por cómo estas afectaban a Jimmy. Quiso insistir, pero mientras buscaba las palabras, su marido se le adelantó.

—¿Me preparas un café de esos gigantes? —le preguntó mientras encendía una luz tenue en la mesa del salón contiguo a la cocina—. Me espera una noche larga...

La petición venía acompañada de una reverencia exagerada, juntando las dos manos a lo oriental y sosteniendo entre ellas su taza preferida, la misma que usaba siempre, una mueca de cariño que el matrimonio siempre se hacía para mostrar su complicidad.

La sombra y la puerta

El día siguiente amaneció frío y nublado. Por la ventana del balcón de Jimmy seguía sin verse el mar, aunque el ruido de las olas rompiendo contra las rocas evidenciaba que seguía ahí abajo. Todo era gris, desde el cielo hasta el ambiente, y daba la sensación de que el mundo se había extinguido y él era el único superviviente de todo el desastre.

Bajó a desayunar sin muchas ganas, a pesar de que la noche anterior no había casi cenado, y encontró una nota encima de la mesa de la cocina que decía lo siguiente: «Cariño, aquí te dejo el desayuno. He ido a comprar algunas cosas a la ciudad. No tardo. Mamá».

Jimmy se sirvió un poco de zumo en un vaso de plástico y después se dirigió al salón, aún lleno de cajas embaladas con grandes letras que indicaban el contenido de su interior: LIBROS, ROPA, COCINA (ahí debían de estar las tazas de desayuno) y más LIBROS. Sin duda, hubo un momento en que aquella familia gozaba de tiempo libre para leer, una época pasada que Jimmy apenas recordaba. Abrió una de las ventanas para ventilar la estancia y salió al pasillo, evitando respirar en aquel ambiente lleno de suciedad.

Decidió echarle una mano a su madre y empezar a desempaquetar algunas cajas. Cuando estaba a punto de abrir la primera, un ruido lo detuvo. Escuchó

un sonido extraño, como una especie de arañazos sobre la madera. Miró a su alrededor y oyó aquellos ruiditos con mayor intensidad. No había duda, provenían de la puerta principal que daba al porche de la entrada.

Abrió el portón para ver de qué se trataba. Pero allí no había nadie. Iba a cerrar la puerta cuando notó que algo húmedo le lamía los pies.

Jimmy dio un brinco instintivo hacia atrás. El susto se le pasó al ver que se trataba de un perro negro con una mancha blanca en el ojo y otra en la pata derecha. Tenía unos ojos muy grandes, el hocico alargado y las orejas puntiagudas, exageradamente desproporcionadas para su tamaño.

—¡Eh! ¿De dónde sales, pequeño? —preguntó Jimmy mirando alrededor del porche desierto. La niebla de aquel día era espesa y más allá de un metro de distancia la visión era nula.

Pensó que no podía dejar a ese perro solo en la calle con ese tiempo. Seguramente, se le habría escapado a algún vecino, así que, cuando la niebla pasase, volvería a salir a ver si alguien lo estaba buscando.

El animal ya lo había decidido, sin embargo. Entró enseguida en casa, sin necesidad de que él abriese la boca.

—Parece que ya conoces la casa, ¿eh, amigo? Vamos a mi habitación, que tengo mil cajas que abrir aún. ¿Tienes hambre o sed? A ver qué puedo conseguir en la cocina..., pero no te prometo nada.

El perro parecía sentirse a gusto con Jimmy y no dejaba de ir detrás de él. Le siguió a la cocina cuando fue a echarle algo de comer y al salón cuando fue a cerrar la ventana que había abierto hacía un rato. Ya en la habitación, el animal se sentó en el balcón y desde ahí lo observó mientras el chico abría todas las cajas y ordenaba sus pertenencias como podía. Había ropa, libros, sábanas y algún juguete que guardaba desde que era pequeño, como un oso azul y amarillo con un solo ojo. También encontró dos viejas fotografías de

cuando tenía ocho años, una con su familia en la playa y otra con el único amigo que había tenido.

Era un chico gordito, con una cabeza enorme que se llamaba Colman, y aunque ya no tenía contacto con él debido a sus constantes mudanzas, lo recordaba con mucho cariño. Cuando se metían con Jimmy en el colegio (algo que ocurría más veces de las que le gustaba recordar), Cabeza, como así llamaba a aquel chaval, siempre daba la cara por él.

—¡Él será flacucho y tendrá el flequillo tan largo como una chica, pero tú eres un ignorante! —gritaba siempre Cabeza a los chulos del colegio.

Más de una vez se ganó algún moratón por defender a Jimmy, pero nunca jamás se lo recriminó. Cuando estaban juntos, se pasaban las horas imaginando cómo sería su futuro, a qué dedicarían sus vidas y cuántas aventuras vivirían el uno junto al otro. Cabeza fue su único amigo de verdad.

Jimmy sintió como si una oleada de tristeza le recorriera por dentro y, por primera vez, se juntara con otra oleada distinta, esta vez de rabia. Decidió que prefería no seguir viendo aquella foto ni ningún recuerdo más. No valía la pena desempolvar viejos recuerdos de cosas que ya no iban a volver. La puso dentro de una caja con otros trastos y se subió a una silla para dejar la caja encima del armario, bien lejos. Pero al bajar de ella, algo llamó su atención. En la pared, justo al lado de la puerta, había un trozo de papel despegado. Se dirigió hacia allí y entonces se dio cuenta de que detrás del papel había unos dibujos.

—¿Qué es esto? —murmuró para sí mismo.

Tiró del papel con suavidad para no llevarse, al hacerlo, lo que había dibujado debajo; con un poco de paciencia, acabó despegándolo sin problemas. Para su sorpresa, encontró unos dibujos pintados a mano, como una especie de monstruos trazados con ceras de colores que parecían narrar una historia breve o un cuento infantil. Cuatro monstruos grandes y una chica

en medio de ellos que parecían estar bailando o cantando alrededor de una hoguera. La figura de la chica llevaba algo en la mano, un objeto alargado que sobrepasaba su cabeza y que emitía, a juzgar por los trazos, un gran brillo.

A Jimmy le pareció gracioso aquel hallazgo, casi como unas pinturas rupestres del pasado inquilino. ¿Qué significaban? ¿Cuánto tiempo llevaban ahí? ¿Quién las había hecho?

En eso estaba pensando, cuando tocaron el timbre de la puerta principal. Bajó y, a través del cristal opaco de la misma, vio la silueta alta y totalmente oscura de alguien que esperaba al otro lado. Estaba seguro de que no era su padre, que estaba trabajando, y era demasiado alta para ser su madre, así que supuso que sería el dueño del perro. Sin pensarlo dos veces, Jimmy giró el pomo de la puerta, esperando encontrarse a un lugareño amable. Pero cuando vio lo que estaba frente a él, un escalofrío recorrió su espalda.

En el porche, quieto como una estatua, había un señor bastante mayor, de tez amarillenta que mediría quizá un metro noventa. A pesar de ir tapado con una gabardina negra, larga y voluminosa, casi podía notar sus huesos puntiagudos a través de la ropa. Llevaba un extravagante bigote oscuro con las puntas en forma de rizo, pero lo que más llamaba la atención de su cara eran unos ojos diminutos y de un azul que parecía plateado. Agazapados tras las múltiples arrugas, destacaban como dos pozos oscuros que se hubieran tragado la luz de la luna. ¿Cuántos años tendría aquel ser con tan poca pinta de humano?

El hombre lo observó como intentando analizarlo, pero rápidamente desvió la mirada y focalizó la vista en un punto indefinido tras la espalda del chico.

—¿Puedo ayudarle, señor? —preguntó Jimmy mientras sujetaba la puerta con fuerza, intentando, de modo inconsciente, crear un muro entre aquel extraño y él.

—Sí... —susurró el visitante posando sus ojos sobre los del chaval, que se quedó esperando alguna palabra más, pero aquel personaje no gesticulaba, tampoco se movía, y parecía que tampoco se iba a arrancar a hablar. Tan solo se quedó quieto, con la boca cerrada y la mirada fija en él. ¿Se encontraría bien?

—¿Está bien, señor?

—Busco a un perro —respondió secamente. Jimmy no pudo detectar si su voz sonaba a enfado o a desesperación, pero sí se fijó en que una de sus manos se dirigió a su pecho. El visitante dibujó una mueca de dolor casi imperceptible.

—¿Está seguro de que se encuentra bien?

—Busco a un perro —repitió. Y eso fue todo lo que dijo.

—Sí, sí; si le he oído...

Jimmy abrió la puerta intencionadamente para que aquel chucho que había aparecido hacía un rato se dejase ver. Pero sus ojos se abrieron como platos cuando el animal, en lugar de salir del interior de la casa, apareció por el jardín y corrió a entrelazarse entre las piernas de su amo. ¿Cómo había salido?

—Así que estabas aquí... —comentó el señor al perro, como si este pudiese entenderle—. Ya es hora de irnos.

Dicho esto, el hombre de la gabardina chasqueó los dedos en un gesto que Jimmy no se esperaba, y el animal enseguida se fue con él.

—Gracias por cuidar de él, Jimmy —dijo aquel extraño una vez que ya se había dado la vuelta y había emprendido su partida.

—De na... —El chico se detuvo antes de cerrar la puerta del todo—. ¡Espere! —exclamó, sorprendido—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Me lo ha dicho Shadow —contestó el hombre mientras lanzaba una mirada cómplice al perro, que caminaba junto a sus pies. Luego clavó de

nuevo esos ojos azules y tenebrosos sobre Jimmy y añadió—: Encantado. Yo me llamo Galiz.

—En-encantado... —balbuceó Jimmy, sin saber qué decir.

El señor Galiz asintió por toda respuesta e hizo el ademán de irse, pero entonces, como si lo hubiese repensado, añadió:

—*Prepárate*, muchacho, pronto se hará oscuro.

Jimmy miró al cielo, que continuaba gris, a pesar de ser las tres de la tarde. ¿Es que en aquel maravilloso lugar al que le habían traído sus padres también iba a anochecer más temprano de lo normal? Tras estas palabras, que dejaron a Jimmy más aturdido de lo que estaba, el hombre y su perro desaparecieron. Fue prácticamente como si la niebla se los hubiera tragado.

Cerró la puerta, con los ojos aún desorbitados, y con la cara un poco pálida. La única explicación a todo aquello era que a aquel hombre le faltase un tornillo. Jimmy intentó convencerse de que solo era un señor excéntrico. Así que respiró hondo, bebió agua del fregadero de la cocina y se sentó a la mesa. Sacó su libreta del bolsillo con intención de escribir lo que había pasado, para poder recordarlo más tarde, pero su ensimismamiento le llevó a garabatear una figura que recordaba siniestramente al hombre que se acababa de marchar.

—Cariiiiño, ya estoy en caaasaaa.

La voz de la señora Mortimer irrumpió en la casa un par de horas después de la aparición del hombre siniestro.

—Hola, mamá. Pero ¿qué llevas ahí?

—Pues he comprado un poco de todo: comida, tonterías para decorar, plantas para el jardín, latas de pintura... Ay, no sé, no me acuerdo de todo. ¿Me ayudas? Aún quedan unas cuantas bolsas en el coche.

Jimmy le ayudó a descargar la compra y a ordenarlo todo mientras dudaba si explicarle lo que había sucedido esa mañana. Cabía la posibilidad de que le regañaran por abrir la puerta a un desconocido, pero tenía dieciséis años, no seis, así que ya iba siendo hora de que le trataran como a alguien de su edad. Por si acaso, se arriesgó con una media verdad.

—Mamá, antes he conocido a un vecino.

—¿Un vecino? ¿Has salido de casa mientras no estábamos?

—No, mamá, no he salido de casa —respondió de mala gana—. ¿Te lo cuento o me vas a interrumpir?

—Sí, hijo, sí, perdona. Solo que no me gusta que andes por ahí si no lo sabemos tu padre o yo. Pero, bueno, olvidemos ese detalle. ¿Quién era?

—Pues era un hombre muy alto y muy, muy raro. Se llama Galiz. Tiene un perro.

—¿No me digas que has conocido al famoso señor Galiz!

¿Así que su madre lo conocía?

Por lo que parecía, entre compra y compra, había entablado conversación con medio pueblo, y le contó a Jimmy algunos detalles del misterioso señor Galiz.

—Me han contado que vive al final de la colina, en lo más alto, en una mansión con unos cuantos siglos de antigüedad. Se ve que era un hombre que provenía de una familia que antaño gobernó esta región, haciendo negocio gracias a un puerto pesquero que hay cerca del acantilado. Pero, no se sabe bien por qué, en cuestión de años, perdieron todo el poder que tenían.

—¿En serio? ¿Y qué pasó?

—Pues nadie lo sabe. Dicen que están arruinados. Tuvieron que alquilar las propiedades que tenían para poder subsistir. Una de ellas es esta casa. ¡Qué casualidad! ¿Verdad?

Jimmy asintió con la cabeza, pero no se quedó muy tranquilo con esa

información.

—¿Y el puerto?

—Acabaron por vendérselo a un grupo de extranjeros que no lo supieron llevar muy bien. Ahora está totalmente abandonado y en ruinas. ¡Una pena!

La señora Mortimer le explicó que Galiz era descendiente de aquellos ricachones a los que nadie había llegado a conocer en persona. La historia de su familia había ido de boca en boca, pero ninguno de los habitantes de aquel lugar había conocido a nadie más que no fuese él.

—Parece un tipo bastante especial, por no decir bastante raro. Me ha dado un susto de mue...

Su madre le cortó en seco, con un gesto de la mano.

—No quiero oír nada de eso. Puede que en el pueblo también oigas rumores, gente que dice que desvaría y que a su alrededor pasan cosas extrañas. Pero nosotros no somos así, en esta familia no se cuentan chascarrillos ni se entra al trapo con la vida de las demás personas. Y menos de nuestro casero. Suficiente favor nos hace dejándonos vivir aquí con un alquiler de risa.

Tras escuchar aquel relato, Jimmy decidió salir de casa a tomar el aire y aclarar las ideas. Dejó a su madre metida dentro del horno, literalmente, mientras limpiaba con ahínco su interior. Echó un vistazo alrededor y se dejó guiar por su intuición. En la parte trasera de su casa había un jardín lleno de hierbas y ortigas con un pequeño sendero de tierra. El caminito, de apenas unos metros, llevaba justo al borde del acantilado. Allí se sentó con los pies colgando para observar cómo rompían las olas en aquel espectáculo de la naturaleza que, aunque era hermoso, no dejaba de tener un aire de amargura.

Jimmy pasó la tarde lanzando piedras al infinito, una y otra vez. Viendo cómo dibujaban ondas al caer al agua, tratando de plasmar la luz de ese movimiento en el papel sin conseguirlo demasiado.

Observaba a lo lejos a las aves, que sobrevolaban el viejo puerto pesquero que perteneció a la familia del señor Galiz. No entendía cómo esos pájaros que podían volar y ser libres se quedaban ahí, en ese sitio frío y abandonado. Si él tuviese alas, se largaría muy lejos de allí sin pensarlo dos veces. Una nube bastante negra se llevó los pocos rayos de sol que quedaban de la tarde. Si no hubiera estado en el exterior, habría pensado que alguien había dado al interruptor de la luz y le había dejado a oscuras sin avisar. De pronto, como si se hubiese activado un resorte en su cerebro, las últimas palabras de Galiz volvieron a su mente. ¿A qué se habría referido con lo de «la oscuridad»? ¿Y «preparado»? ¿Preparado para qué?

Jimmy pasó otra página de su vieja libreta con esas palabras retumbándole en la mente. Podría sacar algo de esa oscuridad y de ese gris que lo impregnaba todo en ese lugar, y que, de no ser porque él ya la traía dentro, se diría que le estaba calando hasta los huesos. Intentó plasmarlo en el papel: «Más oscuro que mis pensamientos, más adentro que en mi propia alma. Ando perdido, entre tinieblas, luchando a oscuras contra mi propia soledad».

—¡¡¡Jiiimyyy!!!

La voz de su madre avisando de que la cena ya estaba lista le sacó de su ensimismamiento. Se guardó su libreta otra vez en el bolsillo del pantalón y se dirigió hacia casa.

La cena fue como las anteriores a la mudanza: aburrida y sin mucha más conversación que la de sus padres hablando sobre cómo iba avanzando el maldito proyecto ferroviario. Parecía que su vida, la de su familia y la del universo entero giraban en torno a ello.

Un proyecto ferroviario por culpa del cual Jimmy odiaba profundamente la vida solitaria que tenía.

Una muerte y un nacimiento

El día siguiente amaneció con un diluvio. El agua chocaba contra el suelo, salpicando el barrizal y provocando una pequeña explosión de miles de puntitos de color marrón. Por si el mundo no fuera lo bastante tétrico así, una espesa niebla cubría el ambiente y se oía el incesante repicar de las campanas. Esta banda sonora gótica provenía de la capilla junto a la mansión del final de la colina. La mansión del señor Galiz.

«¿Para qué me habré levantado de la cama? Total, tampoco es que haya quedado con nadie», se preguntó Jimmy mientras jugaba con el desayuno, desganado por culpa del mismo sentimiento de vacío que le acompañaba desde la noche anterior. El timbre de la puerta principal le sobresaltó.

—¿Esperas a alguien? —preguntó a su madre, que negó con la cabeza mientras se quitaba el delantal para ir a abrir la puerta.

Jimmy no llegó a ver quién era y tampoco podía intuirlo porque no conocía a casi nadie en aquel sitio.

No tuvo que imaginar mucho, su madre no tardó en volver.

—Jimmy, cariño, tendría que acercarme a la casa del vecino... Bueno, del señor Galiz. Ha muerto esta madrugada y estaría bien que fuera a dar el pésame —soltó su madre.

La noticia impactó al chico más de lo que hubiese imaginado. Apenas conocía al señor Galiz, pero resultaba inquietante saber que aquel personaje tan misterioso ahora ya no era más que un cuerpo inerte. ¿Acaso era esa la oscuridad a la que se había referido? De nuevo, un escalofrío le corrió de pies a cabeza.

—Iré contigo.

Su madre lo miró con sorpresa, pero no dijo nada. Jimmy dejó el desayuno sin comer encima de la mesa y fue a su habitación a vestirse.

En el velatorio no había más de diez personas, contando a Jimmy y a sus padres. Resultaba evidente que el señor Galiz no había tenido muchos amigos, a pesar de que, más allá de su aspecto estafalario, no tenía pinta de mal tipo. La gente que había hecho el esfuerzo de acercarse a su casa no hacía más que contar chismes mientras tomaba té. Las pastas apenas las tocaba nadie, estaban demasiado resacas. A Jimmy le pareció que, al pobre señor Galiz, nadie le iba a echar de menos.

El salón donde habían colocado el ataúd tenía el aspecto de un invernadero. El techo era de cristal y le seguían unos ventanales gigantes contra los que chocaba la lluvia. Jimmy pensó que, vistos desde fuera, todos los presentes debían de parecerse a los muñecos que hay dentro de las bolas de nieve, solo que la nieve, en su caso, no era nieve, sino lluvia, y en lugar de un muñeco, en el centro de esta esfera había un ataúd. Esta idea le provocó un sentimiento de urgencia: deseaba acabar con aquello cuanto antes y regresar a casa.

No era la primera vez que veía a un muerto. Hacía un par de años también había acudido al entierro de un amigo de la familia, pero sí que era la primera vez en su vida que sentía la presencia de alguien a quien no podía ver con los

ojos. Pero por más que buscaba con la mirada, no encontraba nada sospechoso en aquel sitio. Tan solo notó una pequeña corriente de aire, como un soplido en la mejilla, que provenía de algún lugar inidentificable dentro de aquella estancia cerrada.

El señor y la señora Mortimer estaban entretenidos charlando con los otros asistentes al velatorio.

—Sí, sí; él se encarga de supervisar toda la construcción. Está todo el día entre papeles, pero si es para bien, que así sea —explicaba ella.

—Sí, veremos qué nos depara el futuro —añadió su esposo.

«Seguramente mudarnos de nuevo a la otra punta del mundo», pensó Jimmy. Odiaba profundamente que se comportaran así, como si el puñetero proyecto ferroviario fuese lo único importante que hubiese en este mundo. Ni con un cadáver de cuerpo presente eran capaces de cambiar de tema.

Jimmy optó por dejar que transcurrieran los minutos sentado en un sofá aterciopelado, de un tono rojo chillón, situado en un extremo de aquella sala de los horrores. Estaba bastante deteriorado por el paso del tiempo, y los diminutos agujeros que lo adornaban parecían albergar decenas de bichos en su interior. Cuando vio a una araña entrar en uno de ellos a toda velocidad, como queriendo evitar que alguien pudiese colarse en su casa, decidió levantarse, sin llamar mucho la atención, y alejarse de aquel asiento que le había empezado a provocar picores por todo el cuerpo. Sus padres, como siempre, no se dieron cuenta de sus movimientos. Podría haberse evaporado y ninguno de ellos se percataría hasta la hora de regresar a casa. Estaba seguro de ello.

El chico se estaba aburriendo como una ostra entre aquel grupo de personas extrañas a las que acababa de conocer y a las que esperaba no volver a ver en mucho tiempo. Había un par de señoras gemelas que iban vestidas prácticamente a conjunto con las cortinas y que, a simple vista,

parecían verdaderamente insoportables. No creía que nadie fuera a acercarse a saludarlas. Las gemelas eran las únicas que comían pastas resacas y criticaban entre susurros a todo el mundo, fingiendo que no lo hacían cada vez que alguien les dedicaba una mirada. También estaba presente la señora Pupisson, una trabajadora del banco de la ciudad colindante que iba a subastar algunos artículos del difunto. Por lo que se veía, si tardaban mucho en llevarse al señor Galiz de allí, también lo subastaría a él.

—¿Y de cuándo cree que data esta lámpara? —le decía la señora Mortimer.

—Por la ornamentación y los materiales utilizados, me atrevería a decir que es del siglo XVIII —respondió la experta.

Jimmy esperaba que su madre no se decidiera a comprar aquella lámpara porque lo último que quería tener en el salón de su casa era un horrible y permanente recuerdo de aquel velatorio.

Dos hombres más, de quienes el chico no recordaba el nombre, aunque se los habían presentado, ocupaban dos majestuosas butacas de piel sin abrir la boca para nada. Por último, estaban los señores Kills, una pareja de ricos holgados que hablaban de dinero como si lo hubieran inventado ellos y no dejaban de presumir de la cantidad de bienes que acumulaban en diversas localidades de la zona.

—Sí, lo compramos hace unos diez años y la verdad es que casi no vamos por allí... ¡Es lo que pasa cuando tienes siete residencias distintas! —explicaba la señora Kills al padre de Jimmy después de haberse unido a su conversación con la señora Pupisson.

Seguramente aquel matrimonio había ido al velatorio para ver qué podían pescar en la subasta y ahora le estaban inflando la cabeza a su padre.

—¡Se acabó! —murmuró Jimmy en voz baja.

Estaba empezando a sentirse atrapado en aquella estancia asfixiante y

necesitaba salir de allí. Buscó la puerta con la mirada, pero era difícil orientarse con la gente arremolinada en las paredes y se movió discretamente hasta llegar a ella. Pero se confundió y llegó a un pasillo largo y poco iluminado que llevaba a una puerta de madera con unos dibujos tallados. Tuvo que fijar bien la vista para adivinar qué eran. Las siluetas pertenecían a niños con ojos saltones, como si llevaran una máscara de madera en lugar de rostro, y tenían la boca abierta, como si estuviesen chillando. ¿Cómo alguien podía haber tallado algo tan inquietante? O peor todavía: ¿a quién se le ocurría tenerlo en casa? Pensó en la señora Pupisson. Ni siquiera ella sería capaz de vender algo así, por muy antigüedad del siglo pasado que fuera.

—Señores, señoras. Como parece que nadie más asistirá hoy al velatorio, podemos empezar la subasta de las pertenencias del difunto señor Galiz, que en paz descansa.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la voz de la señora Pupisson retumbó desde el otro lado del pasillo. A Jimmy se le encogió el corazón al pensar que era muy triste que alguien con tanto poder y dinero no tuviese a nadie a quien dejar sus riquezas.

Jimmy dejó de prestar atención a lo que la mujer repetía de forma monótona y volvió la vista a la puerta siniestra. A ambos lados, en la pared, había cuadros, decenas de ellos, llegaban hasta el techo, y todos, sin excepción, estaban llenos de telarañas. El señor Galiz estaba en ellos con distintas personas: aquí con un señor bigotudo, aquí con una señora con una extravagante boa de plumas... En uno de ellos vio algo que le resultó familiar: un perro negro con dos manchas blancas, una en el ojo y la otra en la pata. Sin duda, se trataba de Shadow, el can del señor Galiz que había aparecido en su casa el día anterior. Cuando pasó la mirada hacia otro de los cuadros que decoraban el pasillo, se fijó en que todos eran retratos del perro. Al aire libre, en estancias de la casa, e incluso acompañado por hombres que

lucían extrañas vestimentas que no sabía reconocer. Jimmy entendió que la relación entre el señor Galiz y su perro debía de ser muy profunda, dada la cantidad de imágenes que había del animal. Lo más sorprendente era que en alguno de esos retratos parecía que el perro posara como si fuese un modelo. ¿Era posible que sonriera al pintor?

Confundido, Jimmy se separó de los cuadros y miró atrás. Le había entrado la curiosidad, así que decidió seguir explorando.

Abrió la puerta de madera tallada y entró a una sala grande con ventanales que daban al jardín. El resto de las paredes estaban recubiertas de estanterías llenas de libros.

Estaba alargando la mano para sacar uno cuando vio una sombra negra pasar rápidamente a través de una de las ventanas. Con la respiración entrecortada, se acercó a la ventana, pero no vio nada. Apoyó la nariz en el cristal y, cuando estaba a punto de rozarlo...

—¡Adjudicado! —la voz de barítono de la señora Pupisson le dio un susto de muerte.

En la sala todo el mundo cuchicheó acerca de la nueva adquisición. Jimmy se dio la vuelta para volver a la sala del velatorio y comunicarle a alguien lo que había visto, pero antes de tan siquiera levantar el pie del suelo cambió de opinión. ¿Qué iba a decir? ¿Qué había visto «algo» escabullirse en el jardín, pero que no sabía qué era? Seguramente no le tomarían en serio. Para ahorrarse el bochorno de convertirse en el hazmerreír de aquella excéntrica reunión, prefirió no decir nada e ir él solo a investigar ahora que, por fin, había dejado de llover.

Salió por la puerta principal y bordeó la casa corriendo hasta llegar a la zona del jardín. El crujido de las hojas secas al entrar en contacto con la suela de sus zapatos fue extremadamente sonoro debido al silencio que reinaba en el lugar. Estaba solo, no cabía duda. Sin saber por qué, enlenteció sus

movimientos y caminó de puntillas para evitar esos crujidos que le ponían ligeramente nervioso. El chico caminaba con los cinco sentidos desplegados, pero eso no evitó que diera un bote repentino cuando un pájaro, que salió de no se sabe dónde, se le cruzó por delante de los ojos.

—¡Maldito! —refunfuñó sintiéndose ridículo.

Volvió la vista para ver por dónde se había escabullido el ave, cuando de nuevo la sombra misteriosa que había visto desde el interior de la casa apareció de forma fugaz para colarse entre unos arbustos.

Jimmy se acercó a las plantas por donde había desaparecido la sombra y de nuevo la vio pasar a toda velocidad. El chico corrió tras ella con intención de alcanzarla y resolver el misterio de su procedencia. Pero cuando dobló la esquina de la casa, no fue una sombra lo que encontró. Lo que tenía frente a él era una de las cosas más bellas que había visto en su vida. Un árbol gigante y de aspecto centenario presidía aquel jardín donde la vida seguía su curso. Y sorprendentemente, a los pies del árbol, la figura de Shadow reposaba como si le hubiese estado esperando. Le miraba directamente. A Jimmy se le desvaneció toda la inquietud de golpe y no pudo evitar pensar en la comparación odiosa entre los dos lados del cristal: a este lado, una expresión perfecta de la vida en estado puro; al otro, el sombrío velatorio y el cuerpo sin vida de Galiz. Galiz, claro. Shadow acababa de perder a su amo. Jimmy, de pronto, sintió mucha pena por él.

—¡Oh! ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó mientras el perro realizaba movimientos circulares, excitado por su presencia. Shadow miraba al chico y ladraba, como queriendo captar su atención—. Lo sé, lo sé... Siento que te hayas quedado solo, Shadow. Pero te acostumbrarás —le dijo mientras se agachaba para acariciarle el lomo—. No se está tan mal. —Esto último lo dijo casi para convencerse a sí mismo.

Al acercarse al perro, este empezó a escarbar en la tierra. Debía de llevar

un buen rato antes de que lo sorprendiera, porque el montón que había levantado era ya considerable. ¿Qué estaría buscando? Jimmy se acercó a la montaña de tierra, intentando ver qué era lo que tenía a Shadow tan enfrascado, pero la cabezota del perro no le dejaba ver bien, se movía frenéticamente a un lado y a otro. De repente, le pareció ver algo, pero...

—Jimmy, hijo, ¿dónde te has metido?

La voz de la señora Mortimer rompió el silencio que reinaba en el lugar e hizo que el chico volviese la cabeza. Prácticamente estaba oscureciendo, aunque, dado el clima tan horrible de aquel pueblo, ya no sabía distinguir en qué hora vivía. ¿Cuánto rato llevaba deambulando por aquel jardín solitario? La figura de su madre apareció de espaldas por la esquina de la casa, mirando hacia un lado.

—¡Tengo que irme, Shadow! Parece que mis padres me buscan... —dijo Jimmy con un tono de incredulidad.

Pero el perro parecía no querer que se fuera e intentaba arrastrarlo de nuevo hacia el árbol mordiéndole el pantalón.

—Vamos, chico, deja que me vaya —le dijo. Pero Shadow seguía insistiendo, aferrado a su pantalón—. Vamos, va...

Jimmy trastabilló y se cayó en el suelo, encima del montón de tierra que el perro había hecho al escarbar. Y entonces vio algo que le llamó la atención de inmediato. Un objeto reluciente y de color dorado brillaba justo en el agujero donde el animal había estado excavando. Alargó la mano, introdujo los dedos en la tierra húmeda y agarró aquella cosa helada que le provocó un escalofrío por todo el brazo. Se trataba de una pieza alargada, con una base rectangular y que parecía estar incompleta, como si se hubiese partido por la mitad o necesitase de otra parte que encajara para tener sentido. Era un objeto macizo que, sin embargo, no parecía nada pesado en la mano de Jimmy, como si

levitara. O sus ojos le engañaban, o aquello era algo fuera de lo normal. Era casi como si ese objeto tan extraño tuviese la capacidad de latir.

—¡¡¡Jiimyyy!!!

Esta vez la voz de la señora Mortimer sonó mucho más cerca, así que el chico se guardó el objeto en uno de sus bolsillos de forma instintiva y se sacudió los restos de tierra del pantalón. Echó a andar sin tan siquiera despedirse de Shadow.

—Estoy aquí —contestó con desgana al llegar al lado de sus padres—. Menuda prisa os ha entrado...

—Familia Mortimer, muchas gracias por venir —le interrumpió a sus espaldas la sonora voz de la señora Pupisson—. El pobre señor Galiz, en paz descanse ya, habría estado encantado de conocerles, seguro. Sus pertenencias ya están a buen recaudo... —mientras decía esta última frase los ojos de la señora Mortimer se pasearon de arriba abajo por los pantalones sucios de Jimmy, y se detuvieron al llegar a sus pies—, aunque lo que aún me queda por solucionar es eso... —dijo señalando hacia el suelo con cara de asco.

Hasta aquel momento, el chico no había caído en la cuenta de que Shadow estaba a su lado. La señora Pupisson hablaba de él con indiferencia, como si fuese uno de los múltiples cuadros que adornaban la casa y que pudiese ser subastado al mejor postor.

—¿Qué van a hacer con él? —preguntó, con tono de urgencia, Jimmy, verbalizando sus pensamientos sin darse cuenta de ello. No quería ni imaginar dónde podría acabar Shadow.

—Pues ya veremos... —respondió aquella mujer insoportable mientras repasaba visualmente su manicura.

Shadow se acercó sutilmente a uno de los pies de la señora Pupisson, levantó la pata y soltó un chorro de orín tan potente que le salpicó hasta la falda. Jimmy no pudo evitar reírse por mucho que las reglas del decoro no lo

permitiesen. Su padre le lanzó una mirada fulminante para que se callara, pero su madre también tuvo que taparse los labios para que su carcajada pasase inadvertida.

—¡Qué perro tan maleducado! Malo y malo, nadie te va a querer, que lo sepas —gritó Pupisson.

—¡Nos lo quedamos! —sentenció Jimmy en un arrebato de espontaneidad muy impropio de él. Se negaba a abandonar al perro a su suerte, y menos después de haber visto «el cariño» que aquella mujer le tenía.

—¡Ni lo sueñes! —replicó el señor Mortimer, mirando a su hijo como si estuviese loco.

—Pues no es mala idea, cariño —contestó su esposa, quien miró a su marido haciéndole un guiño—. A Jimmy le vendrá bien tener un amigo.

El chico sintió una punzada de dolor: incluso sus padres tenían claro que estaba más solo que la una. Su padre resopló resignado y, con cara de poco entusiasmo, hizo un gesto con los hombros que indicaba aprobación. Su soledad había servido para algo. Shadow se quedaba con ellos.

La señora Mortimer había aparcado enfrente del supermercado, un edificio rosa y verde lima que en lo alto tenía unas ventanas de madera y un cartel colgando de dos cadenas oxidadas en el que se podía leer HOUSE REIGNS. Shadow necesitaba comida y una mantita sobre la que dormir, así que Jimmy y su madre se fueron de compras para que a su nuevo inquilino no le faltase de nada. El señor Mortimer se quedó en casa, ya que tenía trabajo que terminar, y ya había perdido bastante rato yendo a aquella pantomima de velatorio. Ni los ojos demandantes de su esposa ni el ceño fruncido de su hijo le hicieron cambiar de opinión.

Mientras la madre discutía con el reponedor qué tipo de pienso podía ser el

mejor para el perro, Jimmy intentaba sin éxito que su nuevo amigo hiciera algo.

—¡A por esa pelotita! ¡Ladra, Shadow! ¿La patita?... ¿Nada?... —repetía en voz alta sin conseguir resultados.

El perro lo miraba fijamente, completamente quieto, como si todo lo que le proponía le pareciese un disparate y estuviese examinándolo extrañado.

Por fin salieron del supermercado, caminando a toda prisa para evitar mojarse con la lluvia, que había vuelto a arremeter. Soltaron las bolsas en el asiento del copiloto y la señora Mortimer puso en marcha el coche para dirigirse a casa.

—¿Crees que se subirá a mi cama por la noche? —preguntó Jimmy, ya de camino.

—Creo que será mejor que duerma en el garaje, Jimmy; si no, lo malacostumbraremos.

—Pero ¡si está diluviando! El garaje tiene goteras y terminará llenándose de agua todo el suelo. ¡Se pondrá enfermo!

—Jimmy...

—Hace frío, mamá. Solo hasta que cambie este tiempo... —suplicó.

—Está bien... —dijo ella con resignación—. Pero no lo malacostumbres, ¿eh? Cuando pasen las lluvias, tendrá que dormir en el jardín. Tu padre y tú le podréis hacer una caseta. Seguro que os divertiréis haciéndola juntos.

—Sí, seguro —soltó Jimmy sin intención de disimular la ironía de sus palabras. Mantuvo la cabeza girada hacia la ventanilla, de manera que su madre no vio cómo apretaba la mandíbula por la rabia contenida. Pero la señora Mortimer se había dado cuenta, evidentemente, de la amargura en la voz de su hijo.

—Si todo sale bien, en unas semanas, quizá menos, papá tendrá mucho

más tiempo que ahora, Jimmy. Tienes que entender que lo hace por nuestro bien, hijo —le explicó en tono conciliador.

«Lo que faltaba, el que tiene que entender soy yo», pensó él sin mover un centímetro la cabeza para mirar a su madre. Llevaba años oyendo ese cuento, y ya no se creía ni una de las palabras que le decían sus padres. Estaba harto de promesas que nunca se hacían realidad. Miró por el espejo retrovisor y vio a Shadow masticando una pelota ferozmente. Por lo menos ahora tenía un nuevo amigo con el que pasar las horas.

—¡Ya estamos en casa, Roger! —anunció la señora Mortimer mientras soltaba las bolsas en la encimera de la cocina.

El padre de Jimmy estaba en el salón, como la mayoría del tiempo, escondido entre montañas de papeles, carpetas y la eterna taza de café que su mujer limpiaba cada día un mínimo de diez veces. Habría sido más inteligente que su padre quisiera beber en otra taza que no fuera aquella. Pero no.

—Jimmy, ¿por qué no os secáis un poco tú y Shadow mientras yo preparo la cena?

—Vale, ahora nos avisas... —respondió el chico sin mirarla y sin tan siquiera saludar a su padre.

Cuando llegaron a la tercera planta, Shadow sorprendió a Jimmy lanzándose a la carrera y dando un salto sobre la cama. Eso respondía a su pregunta sobre dónde iba a dormir el perro... ¡Ni que les hubiera entendido! Jimmy lo siguió y se sentó a su lado, acariciándole el lomo y sonriendo al saber que aquella noche dormiría acompañado. Al acomodarse en la cama, notó que algo se le clavaba en la pierna y se acordó de lo que había guardado

en el bolsillo. En su mano, el trozo de hierro que Shadow había desenterrado en el jardín de Galiz brillaba, a pesar de la oscuridad de su habitación.

Lo miró con detenimiento y esta vez le pareció que era una llave, pero estaba rota. La inspeccionó con más cuidado, acercando los ojos tanto que la visión se volvió borrosa. Un ladrido de Shadow le sacó de su ensimismamiento.

—¿Por qué te atrae tanto esta cosa? —le preguntó sin esperar respuesta—. Está sucia y rota, no sirve para nada.

La hora de la cena pasó, como siempre, sin mucho de lo que hablar. La única diferencia para Jimmy era que esta vez había alguien que lo miraba fijamente desde el suelo. Con toda probabilidad, Shadow esperaba a que cayese algo de la mesa para poder saborear también lo que la familia comía, pero su madre le había prohibido terminantemente que le diera nada al perro.

—Mamá, ¿de verdad que no puedo darle ni un trozo de hueso?

—Hijo, ya has oído a la dependienta... Hasta que sepamos cómo son sus deposiciones, nada de nada.

—¿Cómo van a ser? Marrones, como las de todos los perros.

—Jimmy, por favor —intervino el señor Mortimer con la mirada puesta en un documento que mantenía junto al plato—. No hace falta entrar en detalles.

—Perdona, papá, a veces olvido que estás aquí..., como casi no hablas... —dejó caer el chico con intención.

—No cambies de tema, hijo. Ni se te ocurra darle comida al perro, solo faltaría que se nos pusiera malo —le advirtió su madre con rotundidad mientras colocaba los platos en la mesa.

Tras la cena, en la que el señor Mortimer no levantó la vista de unos informes, Jimmy y Shadow subieron a su cuarto para descansar. El chico no

tardó en meterse en la cama y, bajo las sábanas y con la luz de una linterna, escribió sobre su nuevo amigo en la libreta que desde aquella tarde contaba con un adorno que pendía de ella.

Cuando terminó, se dirigió a Shadow y comenzó a contarle historias sobre los lugares en los que había vivido.

—Mira, ¿ves esta casa? —le dijo, señalando una de las páginas centrales de la libreta donde decenas de garabatos se mezclaban con algunas frases sueltas—. El vecino de al lado tenía la mala costumbre de robarnos la basura..., menudo friki. —Siguió pasando páginas—. ¿Y esta otra? Olía tan mal que juraría que la habían construido sobre un cementerio. Menos mal que tan solo estuvimos un par de meses viviendo allí. Aunque, bueno..., ¿qué más da? Siempre estoy solo...

Nunca había hablado de aquello con nadie, así que sin darse cuenta se sumergió en un monólogo seguido atentamente por la mirada de Shadow. Pero al rato se sintió un poco idiota hablándole a un perro que, como era de esperar, no estaba entendiendo nada de lo que le decía. Así que prefirió iniciar un juego en la penumbra, lanzándole una pelota para que fuera a por ella. El perro no se movió ni una sola vez de la cama, así que el chico, aburrido y cansado, se tapó con la sábana, apagó la luz y cayó dormido fulminantemente mientras los ojos de Shadow no se apartaron de él.

La cama del revés

A la mañana siguiente, la niebla y las nubes del día anterior habían desaparecido por completo. También se habían esfumado sus padres, ni rastro de ellos en toda la casa. Debían de haber bajado a la ciudad. Pero ahora Jimmy ya no estaba solo. Tenía a Shadow. Un paseo con él parecía una buena idea.

Pero antes de cruzar el umbral de la puerta, se detuvo y dudó. No tenía correa, podría escapársele muy fácilmente. Pronto vio que su miedo no tenía fundamento. Aquel perro parecía tener una fobia extraña a moverse y, efectivamente, caminó pegado a él por el caminito que recorrieron durante un buen rato.

Su paseo mañanero terminó, como el día anterior, en el acantilado. Pero esta vez el sonido de gritos y carcajadas llamó la atención del chaval, quien ya se había acostumbrado al silencio permanente. Un grupo de jóvenes, más o menos de su edad, jugaban a la pelota en la playa adyacente a las rocas.

Jimmy no pudo evitar sentir una punzada de tristeza en el estómago. El destino le había hecho nacer en una familia donde lo importante no eran los sentimientos, sino el trabajo. Y él vivía aquella realidad como una maldición.

Así que lo mejor que podía hacer era regresar a su casa y olvidarse de esos chicos.

Se levantó de la roca en la que se había sentado y buscó a Shadow con la mirada para indicarle que se iban. El chucho le observaba con una expresión más propia de un humano que de un perro.

—¿Qué pasa, chico? —le susurró a la vez que le ponía la mano en la cabeza.

Shadow le mantuvo la mirada y de repente, sin que Jimmy lo esperara, salió corriendo a través de rocas y matorrales en dirección a la playa donde estaban aquellos chicos.

—Pero ¿adónde vas? —le gritó Jimmy sin dar crédito a lo que veían sus ojos. El perro corrió sin detenerse, así que tuvo que salir tras él lo más rápido que pudo, deseando alcanzarle antes de que llegase a la playa. Intento fallido. Shadow ya estaba allí abajo y le había robado la pelota a uno de los muchachos.

—¡Eh! Tú eres el que vive en la casa blanca de la colina, ¿verdad? —exclamó uno de los chavales mientras cogía la pelota que el chucho andaba mordisqueando.

—Sí —contestó Jimmy. ¿Había sonado muy seco? No estaba acostumbrado.

—No suele venir mucha gente nueva por aquí. Yo me llamo Marcos —le dijo con tono amable.

—Jimmy... Me llamo Jimmy.

—¿Sabes que somos vecinos? Bueno, vivo a unos veinte minutos de tu casa, pero se puede decir que estamos bastante cerca —le explicó entre risas.

—Ah..., qué bien... —respondió Jimmy con una timidez absoluta, paralizado por el hecho de tener que hablar con alguien de su edad a quien no conocía.

—¿Quieres jugar? Puedes ser de nuestro equipo, aunque te aviso que vamos perdiendo...

—Tengo que irme —anunció cogiendo a Shadow en brazos con intención de salir corriendo de allí.

—Venga —dijo el chico, tirándole la pelota—. ¡No somos tan malos como parece!

Pero como él no estaba acostumbrado a tener amigos, y tampoco a que esos amigos le lanzaran pelotas, no la vio venir y la bola le dio en la frente y le dejó una buena marca roja. Se quedó mirándolos a todos con cara de estúpido. Si por fuera se veía como se sentía por dentro, debía de tener pinta de ser el mayor pringado en kilómetros a la redonda.

—¡He dicho que no!

Su voz sonó más dura de lo que pretendía. Los nervios le habían jugado una mala pasada. No esperó a ver la reacción de los chicos. Ahora lo único que quería era desaparecer de allí cuanto antes. Cogió a Shadow y se fue andando a toda prisa hacia la colina. Sus pies iban lo más rápido posible, aunque intentó no echarse a correr para no parecer que huía de algo.

—¡Vale, chico raro! ¡Hasta otra...! —gritó Marcos con cara de extrañado, y luego le lanzó la pelota a otros dos amigos.

Jimmy respiró tranquilo cuando llegó de nuevo a lo alto del monte. «Zona segura», pensó. Hizo lo que tenía que hacer, sin más. ¿Para qué iba a hacer nuevos amigos en aquel lugar? Lo más probable era que dentro de poco tiempo tuviera que irse de nuevo a cualquier otra parte del mundo por culpa de sus padres. No quería crear lazos que pudieran hacerle más daño, así que alejarse de aquellos chicos era lo mejor que podía hacer. Tenía que apartarse de ellos por mucho que le doliera. No quería sufrir más.

Cerró la puerta de casa con más fuerza de la necesaria y se sentó en el primer peldaño de la escalera. Sentía que todavía le ardía la cara y lo único

que quería era gritar. Se levantó y dio un puntapié a la barandilla de madera, aunque estaba tan ofuscado que no percibió dolor alguno.

Agradeció estar solo porque no tenía ganas de hablar con nadie. Estaba harto de sentirse así, muy harto. La tristeza se había apoderado de su ánimo, y no tenía ganas de hacer nada. Los ojos de Shadow permanecieron inmóviles sobre Jimmy y, de vez en cuando, apoyaba su cuerpo contra el del muchacho, como si intentase animarlo. Se tumbó en el sofá verde del salón y ahí pasó un buen rato mirando al techo fijamente, intentando no pensar.

Cuando sus padres llegaron de la ciudad, al atardecer, él seguía tumbado en el sofá, donde finalmente se había quedado dormido. Se incorporó algo aturdido justo cuando su padre irrumpía en la estancia comentando la reunión que había tenido con los inversores del ferrocarril.

—¡Necesito un día más! ¿Creen que soy una máquina? —preguntó al aire con tono furioso—. ¡Maldita sea! ¡Me dan ganas de mandarlo todo a la mierda! —añadió mientras se sentaba a la mesa del salón, que, como era habitual, estaba invadida por sus papeles.

—No te preocupes, Roger, seguro que lo conseguirás —le consoló su mujer con paciencia—. Ya verás como con una taza de té lo ves todo mejor.

Jimmy ni siquiera tuvo que fingir que no oía nada de aquella conversación, no quería hacerse ilusiones. Su padre no abandonaría el trabajo por mucho que le presionaran. Era adicto a él. Para despejarse, cogió su cuaderno e intentó centrar su atención en el papel para escribir algo que no tuviese que ver con el odio que le tenía al maldito ferrocarril, pero las palabras no venían a su mente y, por más que lo intentaba, solo podía oír a lo lejos la voz de su padre repetir: «Me dan ganas de mandarlo todo a la mierda».

«A mí sí que me dan ganas de mandarte a...», pensó Jimmy.

Y estaba a punto de decirlo en voz alta cuando un hocico húmedo acarició su mano. Era Shadow. Parecía que el perro había notado su necesidad de

distraerse y había sucumbido a las demandas de Jimmy por primera vez. Le estaba acercando una pelota para que se la lanzara y poder traérsela de vuelta. Y así lo hizo. Después de un rato de idas y venidas, el chico había logrado olvidar la presencia de sus padres y tan solo se preocupaba de lanzar la pelota verde cada vez que Shadow se la traía de vuelta. Por eso ni se fijó en que su madre entraba en la estancia con una bandeja en la que llevaba la tetera humeante y unas tazas de porcelana.

¡Ploooof! La madre de Jimmy pisó la pelota sin darse cuenta, perdió el equilibrio y derramó todo el contenido de la bandeja sobre una de las carpetas del padre, lo que desató en él la furia que llevaba acumulada. El hombre se levantó de la silla como si tuviese un resorte pegado al cuerpo e intentó rescatar los documentos empapados de té hirviendo.

—¡Lo siento, papá, ha sido sin querer! —se excusó Jimmy al instante.

—¡Tardaré horas en volver a hacer todo esto! —exclamó echándose las manos a la cabeza. La vena que tenía en la frente palpitaba como si fuese a explotar.

—Roger, cálmate, él no tiene la culpa... —apostilló la señora Mortimer con tono agudo, intentando rebajar la tensión que se había creado en décimas de segundo.

—¡Claro, él nunca tiene la culpa de nada! —respondió con ironía, dirigiéndose esta vez a su mujer, como si Jimmy se hubiese evaporado y ya no estuviese presente en la habitación.

—Roger, por favor, te pido que te calmes...

—Papá, de verdad que yo... yo lo siento, estaba jugando con Shadow y no me he...

Por primera vez en mucho tiempo, el padre de Jimmy lo miró. Pero fue una mirada de esas que preferirías que no te hubieran dedicado.

—¿Que lo sientes? ¿Me dices que lo sientes? Y ahora cómo llego a tiempo

a la entrega que me están reclamando, ¿eh? ¿Me lo puedes decir?

De pronto, el chico sentía que estaba lejos, muy lejos, de aquellas dos personas que en realidad eran sus padres. La angustia por lo que acababa de ocurrir le había dejado paralizado, y no sabía cómo reaccionar.

—Roger, cariño, ha sido un accidente, ha sido culpa del perro...

La madre no fue consciente del rumbo que iban a tomar sus palabras hasta que no vio la tonalidad rojiza de las mejillas de su esposo, quien seguía mirando a Jimmy con furia, y ahora también al perro.

—¡Necesito trabajar! No necesito a un chucho poniendo la casa perdida y molestando... ¡Llévate al perro de aquí! ¡Lo quiero fuera de aquí ahora mismo! —dijo el señor Mortimer a gritos.

De repente, un resorte se activó dentro de Jimmy. Sí, había metido la pata, pero aquella no era la forma de arreglarlo.

—¡No! ¡Shadow no se va a ningún sitio! —intervino con un potencial vocal que dejó sorprendidos a sus padres. Su paciencia se había terminado—. ¡Nunca me haces caso! Siempre estás metido en tus papeles, tus proyectos y tu puñetero tren. Y cuando me haces caso, ¿es para gritarme y echarme la culpa de tu mal día? Ya te he dicho que lo siento ¿qué más quieres que haga?

Jimmy sonó, por primera vez en su vida, desafiante. Y ahora que había empezado, nadie le iba a callar.

—¡No tengo la culpa de que tu proyecto no funcione! Pero no importa, todos decidís por mí y a nadie le interesa cómo me siento. ¿Me habéis preguntado alguna vez qué me parecía tener que cambiar de colegio, de profesores o de habitación cada dos por tres? ¡No! Ya sé que tu trabajo es más importante que yo, de eso ya me di cuenta hace tiempo... A veces me pregunto por qué decidisteis tenerme.

—¡Guau!

Parecía que Shadow estaba de acuerdo.

Hasta él mismo se quedó perplejo por sus palabras. Jamás se habría imaginado diciéndole algo así a su padre, y menos con aquel tono y con aquella furia que durante tanto tiempo había tenido contenida. Tenía los dientes apretados y su mirada encendida brillaba tanto por la rabia como por las lágrimas que amenazaban con caerle por las mejillas. Pero no, Jimmy no iba a llorar.

—Pero ¿quién te crees que eres para hablarme así? ¡Soy tu padre!

Las palabras del señor Mortimer sonaron con contundencia y, aunque ya no gritaba, el tono de severidad que había adoptado era mucho más serio que el que tenía con los gritos.

Jimmy se quedó callado. Observó a su padre de una forma distinta, como si fuese la primera vez en su vida que lo veía, como si no lo conociese. Aguantó uno, dos, hasta tres segundos callado, posando sus ojos chispeantes sobre el rostro de quien, hacía unos años, le enseñaba a dar chutes a un balón en el jardín trasero de casa. Desde luego, aquel hombre ya no tenía nada que ver con su padre.

—Pues solo espero una cosa: si el día de mañana soy padre, no quiero ser como tú —respondió Jimmy. Antes de que sus padres pudiesen reaccionar, se fue corriendo de la sala y subió las escaleras hasta su habitación como si lo llevase el viento: sin freno y sin control.

Jimmy se encerró en su cuarto, y ahí dejó aflorar libremente aquellas lágrimas que durante tanto tiempo llevaba guardando. Lloró con ganas, con fuerza, con sentimiento. Estaba triste, avergonzado, enfadado, rabioso..., pero, en el fondo de su alma, se sentía liberado. Aquella era la primera vez en su vida en la que había dicho lo que sentía sin miedo a represalias o a

decepcionar a sus padres. Había sido Jimmy, el de verdad, el que llevaba dormido mucho tiempo en su interior.

En el salón, sus padres seguían con la cara desencajada por el capítulo que acababan de vivir. La señora Mortimer miró con ojos acusadores a su esposo, quien se había quedado callado y con la mirada baja, perdida en los tablones de madera del suelo.

—Mejor me marchó, así ya puedes trabajar tranquilo —dijo tajante la mujer, recogiendo los pedazos de la taza de té.

Al cabo de un rato, Jimmy escuchó a alguien llamar a su puerta con suavidad.

—No voy a regañarte, solo quiero hablar —anunció su madre desde el otro lado de la puerta.

Pero él no contestó. Hacía tiempo que se había acostumbrado a no necesitar a nadie cuando se sentía mal, ¿por qué iba a hacerlo ahora? Sacó su libreta del bolsillo y se puso a garabatear dibujos absurdos sin ton ni son. Tras tres series de golpes con los nudillos, la señora Mortimer debió de entender que su hijo no le iba a abrir y Jimmy escuchó cómo sus pasos se alejaban por las escaleras.

Se quedó mirando la puerta y en un ataque de rabia lanzó su libreta contra ella. Tras el choque con la madera, el cuaderno cayó al suelo y quedó abierto con algunas hojas dobladas. Pero ahí estaba Shadow, dispuesto a agarrarla con la boca y acercársela de nuevo. El perro le había seguido tras la pelea y él no se había dado ni cuenta.

—Eso, vete, ojalá os pierda de vista durante un rato —dijo Jimmy hablándole a la puerta—. Gracias, Shadow.

El chico se tumbó de lado, acomodó la cabeza en el cojín y pasó el brazo por encima del animal, dejando que le lamiera la cara y parte de las orejas. Y

así fue como a Jimmy se le fueron cerrando los ojos hasta que cayó sumido en un profundo sueño.

Una sacudida violenta hizo que Jimmy abriera los ojos de golpe. ¿Qué había sido eso?

Su habitación había empezado a cubrirse de una espesa humareda verde que emergía de debajo de la cama y que se iba apoderando poco a poco de toda la visibilidad de aquellas cuatro paredes. El chico no sabía si estaba despierto o si seguía soñando, por lo que su gesto natural fue el de frotarse los ojos para ver con claridad lo que creía estar viendo.

De repente, otra sacudida. La cama parecía tener vida y con cada nuevo movimiento el mueble se balanceaba como un bote en medio de una tormenta. Un objeto pequeño y brillante salió disparado de debajo de la cama y cayó directamente sobre la mano derecha de Jimmy. Aunque no podía ver lo que era por culpa de la extensa humareda, notó enseguida que se trataba de algo de metal con una base plana y una parte punzante.

—¿Un tornillo? —fue lo que dijo Jimmy cuando lo palpó y se dio cuenta de que, además de puntiagudo, también estaba ardiendo.

Aquellas palabras parecieron activar un resorte que hizo que una lluvia de tornillos como el que sujetaba en su mano cayese sobre la cama, haciendo que gritase de manera ahogada por el miedo. Jimmy no entendía nada de lo que estaba ocurriendo y un miedo terrible se apoderó de él. Se sentía tan aterrado que fue incapaz de moverse y salir corriendo de allí. Estaba completamente perdido.

Poco a poco, la cama comenzó a moverse y a Jimmy le pareció que el suelo se separaba cada vez más de él. La cama se estaba elevando. Seguía en su habitación, sí, pero una inmensa oscuridad se abría bajo sus pies mientras

la cama se balanceaba en el aire. El chico se agarró a los barrotes del cabecero intentando decidir qué hacer. Y de repente, sin tan siquiera esperarlo, la cama giró sobre sí misma de una forma tan veloz que a Jimmy casi no le dio tiempo a darse cuenta de que se había puesto boca abajo. Ese movimiento brusco hizo que se asiera aún con más fuerza a los barrotes del cabecero; algo le decía que aquello no iba a terminar ahí. Y, en efecto, así fue. La cama, ya en su posición normal, empezó un descenso en caída libre a través del agujero negro en el que se había convertido el suelo, como si cayese por un túnel infinito. Jimmy permaneció inmóvil por miedo a caerse, y siguió sin ser capaz de gritar.

La sala de los espejos

Jimmy estaba completamente alucinado. No comprendía nada de lo que había ocurrido en los últimos minutos en su propio cuarto. Tenía los ojos tan abiertos que parecía que se le iban a salir de las cuencas, pero el estupor por lo que estaba sucediendo le había paralizado por completo. No podía gritar, no podía ni hablar, ni tan siquiera podía moverse. Por suerte, sus dedos lo tenían más claro que él y se habían quedado firmemente agarrados a los barrotes de la cama, que, sin saber por qué, seguía descendiendo por algún lugar extraño que el chico no podía identificar.

¿Por dónde estaba cayendo? Sus ojos no alcanzaban a identificar nada de lo que lo rodeaba, pero si algo tenía muy claro era que ya no estaba en su habitación. El armario, la mesilla de noche, la lámpara y el escritorio que su madre le había regalado habían desaparecido por completo, aunque no estaba seguro de si el que había desaparecido del cuarto era él en vez de los muebles.

Tenía la sensación de estar deslizándose por un agujero sombrío y húmedo, cuya oscuridad se veía interrumpida por pequeños golpes de luz que parecían disparos al aire. Tenía miedo, mucho miedo, y no solo porque no sabía dónde estaba, sino porque no tenía ni idea de hacia dónde se dirigía. ¿Había muerto

y aquel era su camino hacia el cielo? Aquello no tenía pinta de ser un paraíso celestial. En un momento de pánico, se acordó de las últimas palabras que había dicho antes de dormirse y se le ocurrió que quizá el sitio al que iba a ir a parar fuese el purgatorio.

El viento era incesante, como si una ventisca proveniente de algún lugar subterráneo luchase por empujar su cama de nuevo hacia el exterior. Ya no había techo, ni tampoco había suelo. Perdido en medio de la nada, Jimmy solo recobró el habla cuando notó una sensación de calidez en la mano y, aún sin poder ver qué era, supo enseguida que se trataba del perro.

—¡Shadow! —gritó aterrado, sin atreverse a mover un dedo por miedo a descolgarse de los barrotes del cabezal y caer en picado—. ¿Qué está pasando? ¿Dónde narices estamos?

El animal se había agarrado con los dientes a la manta que cubría el colchón y permanecía al lado del chico sin moverse un solo milímetro. Pero no parecía tener miedo. De hecho, parecía que se había acercado a la mano del muchacho para que sintiera que no estaba solo en aquella locura de viaje.

La cama, Jimmy y Shadow seguían perdiendo altura y la velocidad que adquirirían era cada vez mayor. El chico gritó, pero su voz quedó completamente ahogada. Era inútil, nadie le iba a oír. La respiración empezó a agitársele y tuvo la necesidad de abrir la boca para coger algo de aire porque sentía que se ahogaba. Estaba sufriendo un ataque de pánico. La cabeza le daba vueltas y notaba cómo los dedos le empezaban a flojear. Notó que estaba perdiendo la lucha contra sus párpados y sintió que sus dedos se separaban del metal de los barrotes. Jimmy tuvo la certeza de que su paso por la vida había llegado a su fin.

Un golpe contra una superficie elástica hizo que recobrarla la conciencia.

Rebotó un par de veces contra lo que parecía una malla de goma, blanda, pero con la resistencia suficiente para no ceder con el peso de su cuerpo, y finalmente cayó al suelo. Estaba algo adolorido y no podía ver muy bien, así que extendió el brazo derecho a tuestas para intentar calcular las dimensiones del lugar donde se encontraba.

—¿Shadow...? —susurró, casi con miedo. ¿Y si estaba solo en mitad de aquella nada desconocida?

De repente, una luz verde comenzó a colarse por unos agujeros diminutos que provenían de lo alto de dondequiera que estuviese. Cada vez fueron apareciendo más, tanto por encima de la cabeza de Jimmy como por los costados. Era como si él estuviera dentro de una caja de cartón y alguien estuviera agujereándola con un alfiler. El chico miraba de un lado a otro, intentando averiguar si había alguien más ahí que manejase aquellos rayos luminosos que empezaban a romper la oscuridad. Cuando la intensidad aumentó, por fin pudo ver lo que había a su alrededor y comprobar que, efectivamente, estaba en una sala que no reconocía.

La habitación tenía forma circular y toda ella estaba decorada con espejos que se reflejaban entre sí, creando una ilusión óptica infinita que a Jimmy le inquietó aún más. Cuando elevó la mirada, se dio cuenta de que el reflejo de su cuerpo también se proyectaba en el techo. Los espejos estaban por todas partes, forrando todas y cada una de las paredes que formaban la sala. La única zona que se salvaba de aquel juego de reflejos era el suelo, completamente negro.

Su cama había desaparecido. Se giró para buscar a Shadow, pero lo que encontró en su lugar no era su perro. Lo que vio fue una cosa para la que no estaba preparado: un reflejo que le heló la sangre en un instante y que le hizo retroceder de su posición de un bote.

Un ser de una especie desconocida, que parecía un perro deforme, pero que

era más alto que él. Estaba de pie delante de él, totalmente erguido, y mientras las patas sobre las que se sostenía eran más bien cortas y anchas, las otras eran más alargadas y le colgaban desde los hombros, como dos brazos humanos, solo que con morfología animal. Tenía el pelaje largo y tupido, de color negro, y unos ojos brillantes de pupilas diminutas que ocupaban parte de su cara. Las orejas, puntiagudas, eran del tamaño de la cabeza de Jimmy, y los dientes y colmillos de la bestia relucían con tal intensidad que parecían cuchillos afilados a punto de ser empuñados. Lo único en lo que se asemejaba a Shadow era en las dos manchas que tenía en el ojo y en la pata.

El chico quiso gritar, pero no pudo. Cerró los ojos a modo de protección y se arrodilló en el suelo tapándose la cabeza con las manos. No podía más. ¿Qué demonios era aquel monstruo?

—Jimmy, tranquilízate... —dijo aquella criatura con la voz pausada, intentando infundir calma—. Soy yo, Shadow.

El muchacho abrió los ojos de nuevo y observó con estupor al ser monstruoso que tenía ante sí. No sabía qué era lo que más le sorprendía, que fuese capaz de hablar o que pretendiese ser Shadow.

—Jimmy, ¿estás bien?

Silencio. El chico ni siquiera pestañeaba. Estaba en shock, le temblaban las piernas y el corazón le latía a una velocidad que cualquiera diría que se le iba a salir del pecho. Los dientes le castañeteaban, y no era precisamente de frío.

—Jimmy, por favor, reacciona. ¿Te has hecho daño? —insistió el animal.

—¿Qué...? ¿Dónde...? ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Quién? —balbuceó sin llegar a terminar ninguna frase.

—Vamos, tranquilízate, ¿vale? Sé que es difícil asumir esto, pero... —Shadow se detuvo y cambió el discurso—. No voy a hacerte daño, así que no tienes que tenerme miedo —le dijo con las dos patas superiores levantadas y

acercándose a paso lento hacia el lugar donde Jimmy seguía tirado en el suelo.

—¡No te acerques más! —gritó el chico arrastrándose hacia atrás.

—He dicho que no voy a hacerte daño. Tranquilízate, por favor.

—¡¿Que me tranquilice?! ¿Cómo quieres que me tranquilice? ¿Qué es todo esto? ¿Dónde estoy? ¿Quién diablos eres tú? ¿Qué narices hago hablando con un monstruo?

Soltó una pregunta tras otra, descargando la tensión y los nervios que le habían mantenido inmóvil y callado hasta ese momento. Pero en realidad le daban igual las respuestas. Lo único que quería era salir de ahí.

—Entiendo que estés asustado, pero te repito que no voy a hacerte daño..., y a nadie le gusta que le llamen monstruo.

Shadow no se movió del sitio.

—¿Jimmy?

El chico miró a su alrededor intentando encontrar alguna salida. Nada. Allí no había puertas ni ventanas, tan solo hileras de espejos colocados en círculo. Estaba atrapado. Tras unos largos minutos de silencio, pareció resignarse a su nueva realidad.

—¿Dónde estoy? —preguntó de forma más relajada, haciendo un esfuerzo por entender y asumir lo que estaba ocurriendo.

—Sé que estás aturdido, y esto te va a sonar un poco extraño...

—No puede ser más extraño que estar hablando contigo —le cortó Jimmy sin miramientos.

—Lo sé, créeme que lo sé... Pero no debes preocuparte, no te voy a hacer daño.

—Sí, eso ya me lo has dicho... —respondió con voz apagada. Querría haber sonado más insolente, pero la verdad era que estaba muerto de miedo —. ¿Me puedes decir dónde estoy?

El perro le dirigió una larga mirada antes de contestar.

—Estamos en el Mundo de las Pesadillas.

—¿El mundo de qué? —se alarmó Jimmy. La sensación de miedo que había conseguido reprimir durante los últimos minutos volvió a apoderarse de él, incluso con más fuerza.

—De las pesadillas —repitió Shadow—. Verás, Jimmy, desde que el mundo es mundo, este se ha dividido en dos partes: la de la luz y la de la oscuridad. Hay mundos que muy pocos seres son capaces de percibir más allá del suyo, mundos que jamás creerías que existen o que solo están en tu imaginación. Pero la verdad es que todos ellos están conectados y son tan reales como el tuyo... o como el mío —terminó Shadow, señalando la habitación donde se encontraban.

El chico escuchaba e intentaba procesar toda la información que la versión monstruosa de Shadow le estaba dando. ¿Era posible que existiesen mundos distintos, paralelos o en otra dimensión? No sabía qué pensar, pero desde luego aquel era un lugar debajo de su cama, pero no dentro de su habitación, ¿podía decirse que estaba debajo de su mundo? ¿Era otro mundo? Desde luego, era el lugar más extraño en el que había estado nunca. Y de forma súbita, sin saber decir por qué, una imagen vino a su mente y le llevó a hablar casi sin pensar.

—¿El señor Galiz era un monstruo también?

Aquel hombre excéntrico parecía venido de otro mundo, y con lo que Shadow le estaba contando, la idea le había dejado de parecer descabellada por completo.

—No exactamente —contestó Shadow con una sonrisa perruna en los labios—. Galiz fue nuestro último guardián. Él era el encargado de custodiar la entrada al Mundo de las Pesadillas.

—¿Un guardián? —repitió sorprendido.

—Sí. Los guardianes son personas con una sensibilidad... especial, digamos. Son seres que nacen para custodiar y mantener el equilibrio entre los mundos que, bajo ningún concepto, deben mezclarse. Y ahora que Galiz ha fallecido la puerta está abierta y sin nadie que la vigile...

Jimmy se quedó pensativo, analizando lo que le acababa de decir. Aunque su mente intentaba encontrar un razonamiento lógico a todo aquello, empezaba a creerse toda esa historia del Mundo de las Pesadillas. Y si era cierta, cosa cada vez más probable, al menos ya sabía algo más que hacía unos minutos atrás. De repente, se le ocurrió una idea. Su mente empezaba a despertarse.

—¿Por eso estoy aquí? —preguntó—. Como ahora no hay guardián, debemos de haber caído por accidente en este mundo... ¿Verdad?

—Sí, algo así... —dijo Shadow—. Es una situación delicada, así que tienes que hacerme caso y seguir las normas del Mundo de las Pesadillas.

—¿Por dónde se vuelve a casa? —Jimmy no quería seguir escuchando.

Shadow se quedó callado unos segundos.

—No tienes que preocuparte, yo cuidaré de ti mientras encontramos la forma de salir de aquí —respondió finalmente mientras tendía una de sus garras hacia Jimmy para ayudarlo a levantarse del suelo—. Tú me salvaste de un final horrible el día del velatorio de Galiz, así que ahora me toca a mí devolverte el favor.

El chico se quedó quieto mirándolo e intentó encontrar alguna semejanza entre aquel monstruo y su perro. No se parecían físicamente el uno al otro, pero el monstruo con el que estaba hablando tenía la misma expresión en la mirada que en su momento vio en Shadow, una expresión noble y sincera que habría reconocido en cualquier lugar del mundo (incluso en otro mundo, como era el caso). Era un ser deformado y bastante tenebroso, sí, pero su mirada era limpia. Y estaba tendiéndole una mano.

Así que se aferró a ella y se puso en pie por primera vez. La sala de los espejos seguía siendo enorme e infinita, pero ya no le producía la angustia que en un primer momento sintió.

—¿Subes? —preguntó Shadow mientras señalaba su descomunal espalda.

Jimmy asintió con la cabeza, y se subió al lomo del perro más gigante que había visto en su vida.

—Te recomiendo que te agarres de mi pelo, esto no va a ser un paseo.

El chico le hizo caso, y comprobó que aquel pelaje era mucho más grueso y áspero que el de antes, cuando tenía forma de perro normal.

—¿Y ahora qué? —preguntó mientras miraba a su alrededor sin encontrar una puerta por la que salir de aquella sala.

—¡Ahora voy a enseñarte mi mundo! —contestó Shadow con la mejor de sus sonrisas.

El perro pegó su frente a uno de los espejos y murmuró unas palabras que Jimmy no asociaba a ningún lenguaje conocido. Para su sorpresa, el cristal comenzó a derretirse ligeramente, con lo que a Jimmy le dio tiempo a ver la metamorfosis que el animal sufrió en cuestión de segundos.

Sus ojos se volvieron completamente blancos y una de sus garras se fundió como si fuese la cera de una vela. Unas luces verdes comenzaron a salir disparadas de lo que había sido su gigante pezuña para estrellarse en círculos concéntricos contra el resto de los espejos que estaban repartidos por la sala.

Lejos de tener miedo, Jimmy contemplaba el proceso maravillado y sin soltarse de la melena blanca de Shadow. No sabía lo que estaba ocurriendo, pero desde luego era un espectáculo para la vista de cualquier humano.

Shadow seguía sumido en su trance mientras susurraba repetidamente una palabra que a Jimmy le sonó a «alado». Y en ese momento, como por arte de magia, el espejo se evaporó y quedó un hueco vacío por el que Shadow se lanzó sin dudar. Era la entrada al Mundo de las Pesadillas.

El morador de gatos

La adrenalina se apoderó del cuerpo de Jimmy. El miedo y la incertidumbre que le habían invadido al inicio habían ido desapareciendo, y ahora sentía como si alguien hubiese encendido una bengala en su interior. Nunca antes se había sentido tan vivo como ahora.

Atravesar el agujero en el espejo fue como un soplo de aire fresco. La temperatura parecía haber descendido unos diez grados de golpe, con lo que la piel se le erizó y tuvo la necesidad de apretar su cuerpo contra el de Shadow para buscar el calor que desprendía.

Cuando el animal puso la pata en el suelo, su cuerpo se precipitó velozmente hacia delante, como si una fuerza invisible los expulsara del sitio de donde venían.

—Ya hemos llegado —dijo Shadow mientras se agachaba para que Jimmy pudiese bajar.

El lugar del Mundo de las Pesadillas al que fueron a parar parecía, a simple vista, una ciudad plagada de edificios de tres y cuatro plantas. Las casas estaban pegadas unas a otras, aunque de las ventanas no se desprendía ninguna luz. Jimmy y Shadow se encontraban en una plaza circular que tenía una torre enorme justo en el centro, y que estaba rodeada de bloques de

cemento. El moho y la vegetación se entremezclaban de manera que, a simple vista, aquello parecía un jardín lleno de plantas. Pero cuando Jimmy se fijó bien, se dio cuenta de que los arbustos eran de un color grisáceo, dando la sensación de que estuviesen muertos.

La plaza estaba sumida en la completa oscuridad, en el cielo no había una sola estrella y por las calles de aquel sitio no había nadie. Los edificios que podía ver eran de cemento y tenían los tejados de pizarra, con lo que todo lo que se veía era negro y oscuro. Lo único que daba un punto de luz a esas calles tan apagadas eran unos cubos con un fuego color verde estratégicamente colocados en cada una de las esquinas, a la altura de los tejados. Gracias a ellos, pudo hacerse una idea de cómo de grande era la plaza y las calles que la rodeaban.

Jimmy intentó guardar cada uno de esos detalles en su retina. Cuando ya tuvo una panorámica de todo lo que había ante ellos, giró el cuerpo y volvió la cabeza para comprobar, sorprendido, que en el lugar donde debía haber un agujero, o al menos el otro lado del espejo, ahora solo había una pared de piedra. ¿Dónde estaba el hueco por el que habían accedido al Mundo de las Pesadillas?

—¡Increíble! —dijo sin moverse ni un centímetro. Miraba tras de sí hacia el lugar donde ya no había puerta de regreso a su mundo. Por primera vez, no le pareció tan alarmante. Al fin y al cabo, en su casa no había nada que le hiciera feliz.

—Vamos, Jimmy, no puedo llevarte encima todo el día. Soy un perro, no un carruaje... —comentó Shadow con tono burlón.

—Uy, sí, perdona —respondió el chico apresuradamente. Hizo un movimiento para coger impulso y descender de encima de Shadow, pero cuando sus pies tocaron el suelo, su cuerpo cayó desvanecido como si fuese un muñeco de trapo.

Jimmy había perdido el conocimiento y Shadow sabía que aquello no era buena señal. El animal recorrió las calles de aquella ciudad apagada con la velocidad de un rayo. Sus garras golpeaban con fuerza las piedras que había en el suelo, provocando que los charcos de agua estancada salpicasen con virulencia. Se movía con determinación. Dobló una esquina y por fin encontró la casa donde podría pedir ayuda.

Se detuvo frente a una puerta de madera negra que tenía tallados dos ojos enormes. Brillaban considerablemente a pesar de la oscuridad, y se movían de un lado a otro, observando los movimientos de cualquier recién llegado. En el centro de la puerta también se distinguían unos bigotes, pero estos se movían de forma circular, como las aspas de un ventilador. El pomo estaba ubicado justo en medio, con lo que se necesitaba la aprobación de los ojos que escrutaban a los invitados para poder acceder a la casa. De lo contrario, los bigotes no permitirían que ninguna mano llegase hasta la parte central de la puerta para girar el pomo.



Shadow permaneció quieto, observando la edificación mientras esperaba ser reconocido por las pupilas que le escudriñaban sin pudor alguno.

Las paredes exteriores de aquella casa eran irregulares, por lo que le conferían un aspecto deforme. Pero lo que más llamaba la atención era que, en lugar de adobo o rebozado, estaban cubiertas de gatos negros que se apelotonaban unos encima de otros, formando un manto tenebrosamente oscuro por toda la fachada. A Shadow le daban repelús, pero no tenía tiempo para remilgos ni para encararse con ellos.

—¡Catpier! ¡Abre, por favor! ¡Soy Shadow! —gritó con todo el aire que sus pulmones de monstruo le permitieron, ya que no podía dar golpes en la puerta si quería conservar sus patas intactas.

En el interior de la casa se oyó un fuerte silbido, como si alguien hubiese pisado a la vez las colas de medio centenar de gatos. El sonido fue tan agudo que a Shadow le dolieron los oídos y se vio forzado a bajar sus orejas puntiagudas para evitar que le dolieran más.

—¡Abre la puerta! ¡Es urgente, por favor! —repitió con desespero.

Oyó unos pasos en el interior que se acercaban poco a poco a la entrada, mientras una voz refunfuñaba entre maullidos.

—¡Yaaa voouuuuy! Santa monstruosidad, ¿qué escándalo es este?

La puerta se abrió con unos cuantos crujidos y un chirrido casi tan molesto como el maullido coral que hacía unos segundos había herido los tímpanos de Shadow.

—¡Catpier, rápido!

—¡Shadow! ¿Cómo tú por estos lares gatunos? —preguntó desde el otro lado de la puerta. Al darse cuenta de que sostenía a alguien en sus hombros, sus ojos se abrieron como platos y se apresuró a dejar hueco entre su cuerpo y el marco de la puerta para que accediera al interior de la casa—. ¡Pasa, pasa,

querido amigo! —le dijo sin quitarle a Jimmy los ojos de encima—. ¿Quién es este? ¿Qué ha pasado?

Catpier, el morador de gatos, no llegaba a un metro de altura, pero su excéntrica figura resultaba más llamativa que la de algunos monstruos de tres metros. De cara blanca y hocico sonrosado, lucía unos bigotes de gato impecables que brillaban por encima del pelaje negro que cubría su cuerpo. Sus ojos eran azules y enormes, y sus gafas de pasta también tenían un tamaño considerable. De hecho, ocupaban casi toda su cara. Llevaba una chaqueta de traje oscura con corte de pingüino y un sombrero de pelo que parecía hecho con piel de gato, por macabro que suene. Una larga cola negra que salía de la copa del sombrero y se movía de un lado a otro remataba el conjunto.

Resultaba evidente que el orden no era uno de los puntos fuertes de Catpier. El salón al que Shadow había entrado con Jimmy en sus hombros estaba lleno de cacharros, trastos y montañas de objetos curiosos que seguramente serían reliquias de colección. Al morador de gatos le gustaba hacerse con cachivaches de lo más valiosos, aunque luego no se molestara en conservarlos como se merecían. Apartó los gatos de encima de la mesa principal de la estancia a base de manotazos, haciendo que los felinos saltaran de un lado al otro emitiendo bufidos que erizaban el pelaje de cualquiera. Algunos incluso salieron despedidos por las ventanas de la sala, mientras que otros quedaron sostenidos de uno de los múltiples brazos de la lámpara que colgaba del techo.

Cuando la mesa estuvo despejada por completo, Catpier hizo una indicación a Shadow con una de sus patas para que el perro tumbase a Jimmy sobre la superficie. Luego le observó con cautela sin saber muy bien qué era lo que tenía que hacer.

—Cuéntame, amigo... ¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó mirando al

chico de arriba abajo.

—Galiz murió hace tres noches y la puerta se ha activado... Pero el chico ha perdido la consciencia al llegar aquí. No lo entiendo, Catpier, no lo entiendo... Tienes que ayudarme a reanimarlo, no sé qué le ocurre...

—Santa monstruosidad, Shadow... Entiendo tu preocupación —dijo, y luego bajó la voz para hablar en susurros por miedo a que Jimmy, que seguía inconsciente, despertase y pudiese oír algo que no debiera—. ¿Se ha desmayado al entrar en contacto físico con nuestro mundo? —preguntó, dirigiendo una mirada cómplice a su amigo—. Ven, ayúdame a moverlo para ponerlo en la posición correcta.

Cuando los dos monstruos arrastraron el cuerpo de Jimmy sobre la mesa, algo cayó al suelo y chocó contra las baldosas de cerámica del salón con un estrépito metálico. Catpier inclinó la cabeza para ver qué era aquel ruido y, cuando detectó de qué se trataba, su mirada cambió por completo.

La libreta de Jimmy, su fiel compañera de viaje, que guardaba todos los secretos y su forma de sentir, se había resbalado de su bolsillo y había ido a parar al suelo. Pero lo que había provocado el estruendo era el objeto brillante que el chico había encontrado en el jardín del señor Galiz, que seguía colgando de las anillas del cuaderno.

Los ojos de Catpier quedaron clavados en el suelo y Shadow, que estaba al otro lado de la mesa, tuvo que dar un rodeo para ver qué era lo que había atraído la atención de su amigo. Antes de que Catpier tuviese tiempo de reaccionar, Shadow se agachó y recogió la libreta de un zarpazo. El movimiento hizo que el morador de gatos saliera de su ensimismamiento.

—Catpier, esto es muy importante —dijo el perro mirándole a los ojos—. Él no puede saber que Jimmy está aquí, ¿queda claro?

—¿Te refieres a...? —respondió Catpier sin atreverse a terminar la frase. Shadow asintió con expresión severa.

—Sería horrible...

—Sería lo peor que nos podría pasar. Ghoul no debe saber ni que no hay guardián, ni que Jimmy está aquí. —Bajó mucho el tono de su voz para decir esto último—: Y menos aún que tiene la llave...

Esta última frase fue pronunciada con toda la intención del mundo. No le bastaba decir más para que su amigo entendiera a qué se refería.

—Descuida, amigo, tienes mi palabra, ya lo sabes —dijo en tono solemne—. Que el alma de ese demonio se pudra en el inframundo hasta el fin de los tiempos.

—Esperemos que sí, que se pudra. Al menos hasta que Jimmy regrese a casa. ¿Puedes ayudarlo a volver en sí?

El morador de gatos volvió la atención al muchacho inconsciente.

—Parece una parálisis metamórfica... Es muy poco frecuente, pero no es nada que yo no pueda arreglar en un pispás —replicó mientras se frotaba las patas, queriendo transmitir serenidad—. Ahora mismo me pongo gatos a la obra.

Catpier encendió una pipa de madera de color blanco. Un maullido salió de su garganta y se dispuso a entonar su fórmula de sanación.

—¡Pequeñoos! —gritó mientras agitaba un cascabel enorme que había cogido de un armario—. ¡A danzar!

Los gatos de toda la casa se pusieron en movimiento. Comenzaron a correr de un sitio a otro, desde el tejado hasta el interior de la casa, sacudiendo polvo a su paso y derribando los trastos apelotonados en todas las estanterías. En cuestión de segundos, los animales habían invadido la estancia. Rodearon los muebles como si se movieran al ritmo de una danza que Catpier marcaba con el siseo de su voz.

—Sssiii la la la... Ziiiiii... Siii la la la... Ziiiiii...

El cuerpo de Jimmy empezó a elevarse unos centímetros en el aire hasta acabar levitando. Sus ojos se abrieron de golpe para mostrarse totalmente blancos. Poco a poco, y al ritmo del siseo de Catpier, las pupilas y el iris se le fueron dibujando como si alguien estuviese pintando sobre un lienzo en blanco.

El chico volvió a descender hasta quedar tumbado sobre la mesa y, en ese momento, los gatos entraron en escena para ejecutar su parte del ritual. De uno en uno, se acercaron a la boca de Jimmy y le lanzaron su propio aliento para insuflarle la energía que la parálisis que sufría le había quitado.

Poco a poco, el muchacho comenzó a moverse, primero con ligeros movimientos y luego con unas sacudidas un poco más fuertes. Volvió a elevarse en el aire, esta vez a pocos centímetros de la mesa, para caer de forma repentina sobre la tabla donde había reposado hasta entonces. Los gatos salieron despavoridos, como si acabase de entrar en la sala el mismísimo diablo, y el último correteo cesó cuando la puerta de la calle se cerró de golpe.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó Jimmy, despertando de su letargo—. ¿Por qué me duele la cabeza y tengo un sabor como a atún en la boca?

Estaba aturdido y le pesaban los párpados, como si hubiese dormido durante horas y horas. Se incorporó poco a poco y se sentó en el borde de la mesa, dejando que sus piernas colgasen como si estuviese en un columpio.

—Nada grave. Te desmayaste y el señor Catpier, un viejo amigo mío —dijo Shadow dirigiendo su mirada hacia el morador de gatos—, te ha reanimado.

Su respuesta sonó tranquila, con un tono de despreocupación que restaba importancia a todo lo que había ocurrido.

—¿El señor Catpier? —fue lo único que atinó a decir.

El asombro y la inquietud volvieron a apoderarse de él, y más teniendo en cuenta que lo último que recordaba era haber traspasado un agujero tras ver derretirse un espejo. Su mente intentó escarbar un poco más en sus recuerdos y, de pronto, la imagen de sus padres apareció en su mente. ¿Y si no volvía a verlos nunca más?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la voz de Catpier:

—Querido Jimmy, encantado de conocerte. Soy el señor Catpier, el morador de gatos —dijo de carrerilla—. Es un trabajo difícil el mío, no creas que es sencillo controlar a tanto gato. Aunque por suerte son bastante independientes, bueno, unos más que otros, porque los siameses tienen la costumbre de dormir bajo techo, y tú no sabes cómo se me pone la casa por las noches... Ay, ya estoy hablando demasiado, ¿verdad? Te pido disculpas. Me lío a hablar y hablar y hablar... y se me va el gato al cielo... —se interrumpió Catpier a sí mismo.

—No, no, al contrario... Gracias por ayudarme —respondió Jimmy aún sin atreverse a bajar de la mesa. No veía tan claro como le gustaría, y se sentía inseguro con la idea de poner los pies en el suelo.

—No hay de qué, muchacho. Por cierto, ¿tienes hambre? ¿Te apetece algo? Tengo puré de espinas de sardinas, o tal vez te gusten más los ratoncitos en escabeche. Están en conserva, pero tienen un gustito..., mmm..., para relamerse los bigotes.

—Hummm... gracias, pero no tengo hambre —respondió, intentando disimular su cara de asco.

—Debemos llegar al Bosque de los Greenslers —interrumpió Shadow—. Allí encontraremos las respuestas que necesito... necesitamos, vaya —afirmó de forma atropellada.

—Me temo, amigo mío, que esta vez no va a ser tan sencillo. El camino se ha vuelto muy peligroso... —le informó Catpier mientras se acariciaba la

cola con lentitud a la vez que una sonrisa pícaro inundaba su cara. Pero una zarpa negra salió del gorro y le arañó la mano sin previo aviso—. ¡Como vuelvas a hacer eso, te cortaré la cola! ¡Lo juro! —gritó muy enfadado. Se quitó el gorro para lanzar contra un sofá al gato que se alojaba en su interior, y dejó al descubierto su cabeza con una inmensa calva.

—¿Qué pasa en el camino? —preguntó Shadow, intentando reconducir a su amigo de nuevo hacia lo que era realmente importante.

—Ay, sí, perdona. ¡El Ferro Vía! ¡Tenéis que coger el Ferro Vía! Una manada de monstruos licántropos han invadido parte del sendero, y ha habido tantos ataques que lo mejor será que lo evitéis.

—¿El Ferro Vía? —repitió Jimmy, quien ya había recuperado casi por completo la visión, pero seguía tan perdido como si no viese nada.

—El Ferro Vía es lo mejor de nuestro mundo, una maravilla de la técnica, el transporte más popular, el mejor medio de locomoción: el tren... —le explicó Shadow.

«¡Lo que me faltaba!», pensó Jimmy, aunque no se atrevió a decirlo en voz alta para no parecer descortés. Ni en ese mundo irreal podía librarse de los dichosos trenes. Se limitó a asentir como seña de que comprendía lo que le decían.

—Es lo mejor, aunque para ello necesitaréis dos billetes Colmillun, y son bastante difíciles de conseguir... —se lamentó Catpier.

—¿Cómo de difícil? —insistió Shadow, que parecía no tener paciencia con el carácter divagador de su amigo.

—Casi tan difícil como dejar mi casa sin un solo pelo de gato...

—¿Y no hay nada que podamos hacer para conseguirlos? —preguntó Shadow con un deje de urgencia en la voz.

Catpier se quedó pensativo mientras se tocaba uno a uno los pelos del

bigote. Permaneció así durante un minuto, sesenta segundos en los que ninguno de los tres habló.

—¡Espera! —gritó de repente—. Conozco a alguien que me debe algún favor... ¿Sabes llegar al mercado de los animuls?

—Hace tiempo que no lo visito..., pero creo que sí —respondió Shadow.

—Perfecto —dijo Catpier acariciándose de nuevo los bigotes—. Deberéis encontrar a Torkel Mifú. Es uno de los magnates del mercado y seguro que puede conseguir un par de Colmillun para vosotros... Decidle que vais de mi parte. Ese sinvergüenza no va a poder negarse...; si no, le recordáis que...

—Muchas gracias, amigo. Así lo haremos —interrumpió Shadow antes de que Catpier les explicara con detalle sus oscuros negocios con ese tal Torkel Mifú—. ¡Vamos, Jimmy!

El chico seguía en la misma posición que había adoptado al incorporarse, y sus manos estaban firmemente agarradas a la superficie de la mesa.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el perro.

—No sé... —respondió sin levantar la mirada del suelo—. Es solo que... —tomó aire para seguir— ¿estás seguro de que estaremos a salvo?

—¡Jimmy, escúchame! —empezó Shadow arrodillándose delante de la mesa donde estaba sentado el chico—. No es malo tener miedo. Lo que es de valientes es luchar contra él —declaró mirándole a los ojos—. Vamos a volver a casa, te lo aseguro.

Sus palabras reconfortaron a Jimmy de la misma manera que sucedió en la sala de los espejos. Era como hablar con alguien lleno de sabiduría, y su voz siempre le transmitía calma.

Jimmy dio un salto y por fin tocó el suelo con sus pies. Esta vez no hubo desmayo, así que se sintió seguro de nuevo. Se dio media vuelta y miró al morador de gatos, quien había contemplado la escena en un discreto segundo plano.

—¿Volveré a verle, señor Catpier? —preguntó el chico antes de salir de la casa.

—¡Por supuesto, Jimmy! Los mundos son un pañuelo —le contestó guiñando un ojo.

Jimmy y Shadow partieron dejando atrás aquella casa en forma de torre mal construida, cubierta de gatos de todo tipo que maullaban sin parar. La ciudad seguía a oscuras y sin ninguna estrella en el firmamento, pero las fogatas verdes de las esquinas les sirvieron de guía para salir de aquel lugar.

La aldea de los animuls

Aquella ciudad era mucho más grande de lo que Jimmy había imaginado. Llevaban casi una hora recorriendo calles y doblando esquinas, y todavía no habían salido de la población. La oscuridad de la noche seguía reinando y su única guía, además del instinto de Shadow, eran las luces verdes que ejercían de farolas.

Tras todo ese rato a lomos de Shadow y con el viento azuzándole la cara sin compasión, el chico estaba más espabilado que nunca. Jimmy mantenía los ojos abiertos y prestaba atención a todo lo que pasaba ante ellos. Aquel universo mágico superaba con creces el de cualquier película, leyenda o cuento que le hubiesen explicado nunca. Todo lo que veía parecía una distorsión de la realidad, realmente era «otro» mundo.

Por fin, tras cruzar una plaza de forma triangular y doblar por una de sus esquinas, se encontraron ante un paisaje completamente rocoso. Estaban abandonando la ciudad. Jimmy se dio la vuelta para observar lo que dejaban atrás, y la estampa que contemplaron sus ojos le provocó una gran sensación de desasosiego. Un cúmulo de chimeneas deformadas sobresalía por encima de un manto luminoso de color verde que Jimmy identificó como los puntos de luz que les habían ayudado a guiarse. El humo que desprendían creaba una

especie de nube grisácea que se fundía con el negro de la noche, y a partir de ahí ya no se veía nada más. La oscuridad lo rodeaba todo, como si aquella ciudad estuviese acorralada por la infinita negrura.

Una luna verde apareció en el cielo, aunque Jimmy no se dio cuenta del momento exacto en que se hizo visible ante ellos. Era como si hubiese estado ahí arriba todo el rato, pero sin poder ser vista...

Anduvieron durante bastante tiempo siguiendo un camino de tierra rojiza que estaba rodeado de... ¿vegetación?

Un golpe seco hizo que Jimmy se sobresaltara. Shadow había frenado con tanta fuerza que estuvo a punto de caer rodando al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó, jadeante, el chico, que había evitado la caída agarrándose con fuerza al pelaje de su antigua mascota. No habían hablado durante todo el recorrido y ahora se le hizo raro escuchar su propia voz. Sonaba algo distinta, como si fuera un poco más grave de lo normal.

Shadow no respondió, sino que se limitó a alzar la cabeza para mostrarle el paisaje que se abría ante sus ojos. Un lago enorme, de aguas cristalinas de tono rojizo, se extendía por todo lo ancho de la llanura a la que acababan de llegar. Más allá del agua, no se veía nada: ni montes, ni árboles...; no había nada, aparte del lago. Podría ser un océano, perfectamente. Pero no hay océanos rojizos. El color del agua le recordó a la caldera de un volcán enorme, solo que en vez de lava estaba cubierto por una superficie de agua en calma. Era de una belleza infinita, aunque hubo algo más que llamó la atención del chico.

—¡Petunias! —exclamó con los ojos iluminados por el reflejo del agua y dejando la boca abierta de asombro—. ¡Son petunias! —E intentó alargar la mano para coger una.

Jimmy no pudo evitar que su pensamiento se fuera hacia su madre, pero Shadow le pegó en la mano con su garra.

—No exactamente... Bueno, tienen forma de petunia, eso sí, pero si intentaras cogerlas con la mano se desvanecerían como si fuesen de arena. Son solo una ilusión —le explicó Shadow.

Jimmy se quedó callado y mantuvo la mirada sobre aquel lago en llamas donde flotaban las florecillas. Estaba familiarizado con todas y cada una de las flores que su madre cultivaba con esmero solo para tener que dejarlas atrás cuando se mudaban de casa. El hecho de encontrarse con aquellas petunias en un lugar tan inesperado le acababa de provocar una punzada en el estómago. Sin embargo, no dijo nada. Permaneció mudo, con la vista clavada en el paisaje que se extendía ante ellos.

—Me temo que mi olfato me ha tomado el pelo —interrumpió Shadow a los pocos segundos—. Por aquí no podemos seguir, pero debería haber un camino cerca...

El animal husmeó de izquierda a derecha durante unos minutos hasta que encontró lo que buscaba. Tras un árbol de varios metros de altura y copa frondosa apareció un puente colgante. Jimmy tuvo que inclinar tanto la cabeza para calcular su altura que el cuello le crujió por el movimiento. El puente estaba hecho con tablones de madera, tenía forma de zigzag y atravesaba lo que parecía ser un afluente del lago rojo que acababan de ver. Lo que el chico no logró ver fue lo que sostenía aquellas maderas, ni tan siquiera sus barandillas.

—No estarás pensando en subir ahí, ¿verdad? —preguntó Jimmy con miedo a escuchar una afirmación de la boca de Shadow.

—¿Tienes otra idea para llegar hasta el otro lado? —respondió su antigua mascota con una media sonrisa.

—Yo no me subo ahí ni loco —declaró el chico con esa voz que seguía sonándole más grave de lo normal.

—No hace falta que te subas... Ya lo haré yo por los dos. ¡No te sueltes!

Jimmy no pudo reprimir un grito, que provocó una ligera risa en Shadow.

—¡Eh! ¡Avisa!

—Si te avisara de todo, tardaríamos el doble en hacerlo. Reconoce que eres un poco protestón... —le dijo con sorna.

—Y a ti te falta tacto —repuso Jimmy con tono de reproche.

Shadow no respondió. Siguió caminando por el puente con suma delicadeza, ya que los tablones de madera que pisaba parecían muy magullados y podrían ceder si el ritmo de sus pasos se aceleraba. Por suerte, el puente no cedió.

Cuando puso las patas sobre tierra firme, Jimmy pudo ver lo que les esperaba al otro lado del monte. Un inmenso poblado ocupaba el corazón de otro valle extenso. Toda la zona central quedaba iluminada por pequeños puntos de luz de distintos colores que hacían que el centro del valle brillara sin cesar.

—Bienvenido a la aldea de los animuls —dijo Shadow para que Jimmy se situara y, sin dejarle tiempo de reacción, empezó a descender la colina en la que se encontraban para adentrarse en el poblado. El cielo que cubría la aldea estaba lleno de farolillos que flotaban en el aire como si fuesen fogatas rojas que volaban sin apagarse jamás. El chico observó todo aquello con asombro.

A medida que se acercaban, un rumor de voces se adueñó del ambiente tranquilo.

Una marabunta de cuerpos se movía de un lado al otro, haciendo que aquel poblado pareciese un nido de cucarachas que correteaban sin parar. Lejos de parecerle monstruoso, se le antojó una de las cosas más bonitas que había visto jamás. A diferencia de la siniestra luz verde de la ciudad oscura de la que venían, aquellas luces voladoras le infundieron una sensación de calidez y seguridad que no había sentido en mucho tiempo.

Los animuls eran unos monstruos con pelajes largos acabados en punta, y

cuyos extremos quedaban iluminados por unos pequeños puntos rojizos. Tampoco eran muy altos, tan solo unos centímetros más que el señor Catpier, y tenían unos colmillos laterales enormes que sobresalían de las comisuras de los labios. De hecho, cada uno de esos dientes afilados se enroscaba por encima de su cabeza y acababa con la punta a la altura de la espalda.

Jimmy los observaba como si estuviese en un espectáculo de circo sin darse cuenta del descaro de su mirada.

—¿Y tú qué miras? —le espetó uno de aquellos seres en la cara mientras cambiaba de color y se volvía totalmente amarillento. El animul dedicó una mirada de enojo al muchacho y se perdió entre la muchedumbre sin volver la vista atrás.

Shadow estalló en una risotada que dejó aún más aturdido al chico.

—¿De qué te ríes? ¿Y qué...qué... qué ha sido eso? —preguntó con desconcierto.

—Parece que le has cabreado... —respondió Shadow con tono burlón.

Luego le explicó que cuando un animul se enfadaba cambiaba inmediatamente de color, de manera que todo el mundo podía percibir que estaba enojado. Además, los ojos se les achinaban y el ceño les quedaba fruncido con una expresión de desagrado.

Jimmy bajó del lomo de Shadow para poder moverse con mayor soltura, pero lo cierto era que costaba caminar un metro en aquel lugar lleno de monstruos que colapsaban cualquiera de los caminos que se pudiesen tomar. Unos bajaban por una calle ancha, otros la subían sin seguir ningún tipo de orden, y luego estaban los que se cruzaban en diagonal para perderse por otros callejones mientras emitían unas luces rojizas que parecían señales de alarma.

Se fijó en que la ciudad estaba llena de puestecitos de venta, como si aquel lugar fuese un mercado gigante. Había ropajes extravagantes, figuritas de

monstruos hechas de cristal, armas puntiagudas de todos los tamaños y formas posibles, plantas medicinales y un sinfín de objetos que no acababa de identificar.

Lo que más le llamó la atención fueron unas jaulas gigantes de forma redondeada que albergaban unos pájaros que no había visto en su vida. Las aves estaban quietas, sin mover un solo músculo del cuerpo, hasta el punto de que el chico se preguntó si estarían vivas o habían sido disecadas.

—Que no te den pena, están mejor ahí dentro —le dijo Shadow como si le acabara de leer el pensamiento.

—Pero ¿están vivas? —preguntó sin apartar la vista de las jaulas.

—¡Claro! ¿Cómo van a vender pájaros muertos? ¿Quién los compraría?

—¿Y cómo van a estar bien ahí? Si ni se mueven... —replicó Jimmy con tristeza.

—Chico, tienes que empezar a aprender que en el Mundo de las Pesadillas nada es lo que parece. Esas aves, por ejemplo, deben estar encerradas porque, de lo contrario, explotarían y morirían. Son una especie de pájaro muy codiciado, y uno de los productos que más se solicita en este mercado... Se dice que dan buena suerte si los llevas contigo, ¿sabes?

—Pero si no pueden volar...

—Es que si vuelan, se mueren, Jimmy. Los cazan cuando aún no han salido del cascarón y, aunque suene extraño, les salvan la vida. Así es como funciona aquí —le explicó amablemente Shadow—. Además, como te explote uno cerca, despídete de tu oído durante un buen tiempo. En realidad, estos pájaros son tan peligrosos que están prohibidos en algunas ciudades. Yo prefiero tenerlos lejos.

Jimmy le escuchaba como si le estuviesen contando un cuento de fantasía. Asintió por inercia, pero no entendía nada de lo que ocurría a su alrededor.

En el mercado de los animuls podías encontrar cualquier cosa que

buscases, y si no la tenían, siempre había alguien dispuesto a inventarla por un buen precio. Sin embargo, lo que Jimmy y Shadow buscaban no era tan fácil de encontrar. El lugar estaba llenísimo de monstruos, y ellos dos no tenían idea de cómo era el tipo al que intentaban localizar.

—¿Conoce a Torkel Mifú? —preguntó Shadow a un animul azulado que parecía un poco alterado. Este le gruñó en todo el morro y se marchó corriendo sin mirarle a la cara.

—Vaya, parece que no soy el único que mete la pata... —comentó Jimmy mientras reía por lo bajini.

—Estos animuls son más complicados que los orcos, que ya es decir. No solían ser tan asustadizos, se puede decir que alguien ensombreció mucho las cosas para este pueblo...

Al oír ese nombre, se hizo el silencio a su alrededor y unos cuantos animuls de los que había a su lado se giraron para mirar con quinientos ojos a todas partes. A Jimmy no le dio tiempo a preguntar quién era aquel que con su nombre hacía temblar a los animuls porque Shadow había seguido andando con paso rápido, sin volver la vista atrás, sin darse ni siquiera cuenta del efecto de sus palabras.

Los dos amigos recorrieron las calles y las tiendas de la aldea preguntando a todo aquel con el que se cruzaban, pero nadie tenía ni idea de dónde encontrar a Torkel Mifú.

—Yo ya no puedo más, Shadow —se quejó Jimmy con las piernas adoloridas—. ¿Por qué no descansamos un poco?

—¿Descansar? No tenemos tiempo de descansar si queremos llegar a... —se interrumpió como si fuera a meter la pata—. Ya seguiré yo, descansa tú un rato si lo necesitas, pero si ves a alguien, no dudes en preguntarle.

—¿No irás a dejarme solo...?

—Tenemos que seguir buscando, Jimmy, y si tú no puedes, lo haré yo. Tú

preocúpate de no hacer enfadar a nadie más —le dijo guiñándole un ojo.

—¡Ni se te ocurra! —El chico gritó tan alto que algunos de los animuls que circulaban cerca de ellos se giraron para mirarlos.

Jimmy se sorprendió de su propia voz. Casi como si quien hubiera gritado fuera un desconocido o uno de aquellos animuls. No había querido chillar de aquel modo, pero una fuerza incontrolable se había apoderado de él solo de pensar en quedarse solo en un lugar tan irreal y extraño como aquel. Si Torkel Mifú vivía en aquella aldea, se dijo, tarde o temprano lo iban a encontrar.

Con un suspiro se apoyó contra la pared de piedras que había tras él y se dirigió a Shadow. Intentó controlar su ánimo, dejando caer las palabras suavemente:

—¿Seguro que no conoces a nadie a quien podamos preguntarle dónde vive Torkel Mifú?

De repente, Jimmy notó una vibración en su cabeza que le hizo dar un salto hacia delante y girarse para averiguar qué la había provocado. Sin embargo, ahí no había nada.

—Chico —le pareció escuchar en un susurro.

—¿Quién me habla? —preguntó con los músculos en tensión.

—Creo que necesitas ayuda. —De nuevo el susurro que parecía estar justo detrás de su oreja.

—¿Quién...? —Jimmy giraba sobre sí mismo, pero por más que mirara, allí no había nadie.

—Yo, aquí..., en la pared.

El muchacho acercó la cara al muro de piedras y vio como una de ellas se movía ligeramente. Justo en medio, había una pequeña grieta horizontal desde donde salía aquella voz aguda que podría haber sido la de cualquier niña.

—Eres tú el que busca a Torkel Mifú, ¿no es cierto? —le preguntó la piedra de la pared.

Jimmy no daba crédito a lo que veían sus ojos. Sí, se había cruzado con un monstruo con forma de gato, con un lago de color rojo y con unos seres que cambiaban de color cuando se enfadaban. Incluso había asimilado que su perro se hubiese transformado en un animal deforme y que le hablara como si fuese su guía turístico. Pero que una pared se dirigiera a él en su idioma era lo que le acababa de dejar definitivamente sin habla.

—Sí, así es —intervino Shadow, claramente menos sorprendido que él y con voz de desespero—. ¿Tienes idea de dónde está?

Sin embargo, la roca no le respondió.

—¡Eh, pedazo de gotelé! ¿Puedes decirnos dónde vive?

Nada. La piedra siguió muda, y Shadow soltó un soplo y se dirigió a Jimmy.

—¿Puedes preguntárselo tú? Parece que a mí no me oye.

—¿Cómo? —dijo el chico con cara de incredulidad.

—Parece una piedra mágica. Son un poco aburridas, pero tienen respuesta para todo lo que se les pregunta. Lo que ocurre es que solo se activan cuando quieren y con quien quieren, y por lo visto conmigo se está haciendo la interesante. ¿Se lo preguntas tú? —insistió.

—Eh... sí, claro, claro —contestó Jimmy algo aturdido—. Señora piedra, ¿sabe dónde está Torkel Mifú?

—Claro, yo lo sé todo. Y soy señorita —puntualizó con una vocecilla cantarina.

—Al grano —intervino Shadow impaciente.

—Señorita, ¿dónde está Torkel Mifú? —repitió Jimmy.

—Tienes que cruzar la plaza central y girar por una callejuela iluminada

por telas de araña de colores. Al final de ese desvío hay una puerta camuflada entre unos matorrales. Esa es la casa de Torkel Mifú.

—Gracias —dijo Shadow sin esperar respuesta de la roca—. Jimmy, vámonos. —Y de nuevo echó a andar sin mirar atrás.

—Muchas gracias —añadió Jimmy mientras corría para seguir a su amigo.

—De nada, chico, solo tenías que preguntar —respondió la roca—. Por cierto, dile a tu amigo que lo de levantar la patita junto a las paredes y hacer pis no es nada cortés... A ver si aprende modales —añadió antes de volver a quedarse completamente inmóvil.

Llegaron al desvío con una rapidez admirable, teniendo en cuenta la cantidad de seres que correteaban por aquella aldea. Caminaron a toda prisa por aquel callejón que parecía interminable, hasta que encontraron los arbustos y, tal como les había dicho la piedra, una puerta escondida tras ellos.

La abrieron con cuidado y accedieron al interior de aquel lugar oscuro con un extraño olor a humedad. Jimmy no veía muy bien por la falta de luz, así que prefirió mantenerse agazapado tras el cuerpo de Shadow, quien se movía con más atrevimiento que él.

—¿Torkel Mifú? ¿Estás ahí? —gritó el perro sin obtener respuesta. Suspiró de nuevo y cogió aire con los pulmones, como si fuese a derribar las paredes de aquel lugar de un solo bufido—. ¡Torkel Mifú, sal de donde estés! ¡Tengo un negocio que proponerte! —gritó con todas sus fuerzas.

La palabra «negocio» pareció ser la clave. De repente se oyó un murmullo a la izquierda de donde estaban, y una voz ronca emergió de la oscuridad como por arte de magia.

—Psss, psss... Aquí... —indicó antes de salir de su escondite para personarse ante Jimmy y Shadow—. ¿Queréis una ganga? ¡Tengo lo último en criaturas salvajes! Mirad esta planta maravillosa, se come a sí misma en un acto de hermosa valentía. ¡Vamos, pequeña! —le dijo a una especie de cactus

color lila que tenía unas protuberancias de las cuales salía un líquido hediondo.

Torkel Mifú era otro tipo de monstruo distinto a los animuls, de una especie que Jimmy todavía no había visto. También tenía pelaje, aunque no tanto como Catpier, y llevaba un pañuelo en la cabeza que no transmitía ni un ápice de seriedad. Su cuerpo delgado estaba cubierto de abalorios que le daban aspecto de chamán, aunque sus ojos rojos como la grana daban bastante miedo, sobre todo si se veían reluciendo en la oscuridad.

La planta, al contrario de lo que el discurso de ventas decía, no movió ni una protuberancia y, de comerse a sí misma, no hizo ni el amago.

—Vaya, parece que hoy no tiene hambre —comentó Torkel Mifú, dejando a un lado la planta—. ¿Qué os parecería este ejemplar de...?

—Necesitamos tu ayuda —soltó Shadow a bocajarro, saltándose todas las normas de cortesía cuando alguien intenta venderte algo.

—Todos necesitan mi ayuda, y yo siempre tengo algo para todos —dijo con voz hipnotizante mientras buscaba la mirada de Jimmy.

El chico no se atrevía a mirarle a los ojos porque le recordaba a una serpiente venenosa. Como si se hubiera dado cuenta de lo que pensaba, el monstruo soltó una carcajada cuyo eco resonó en la estancia y siguió vibrando en el ambiente cuando volvió a hablar.

—Tengo los mejores artículos humanos... ¿Queréis una peluca rubia? ¿Unas botas de agua? —decía mientras señalaba un expositor que tenía tras él.

—No queremos nada de eso —le interrumpió Shadow para que dejara de hablar de una vez—. Lo que necesitamos es llegar al Bosque Greenslers y, según tengo entendido, la única forma segura de hacerlo es con el Ferro Vía.

—Mmm... Ya veo... —contestó Torkel Mifú frunciendo el ceño—. ¡Podéis largaros entonces! Los billetes Colmillun no son para cualquiera.

—Pero Catpier dijo que usted nos los daría —intervino Jimmy. Por la mirada que le echó Shadow, no había sido buena idea mencionar al gato.

—¿Catpier? —repitió, alzando el tono de voz—. ¡Dile a Catpier que deje de mandarme gente para pedirme cosas gratis! ¡Yo no soy un centro de caridad! —soltó totalmente indignado.

—Pero... —Shadow no tuvo tiempo de justificarse antes de que Torkel Mifú volviera a hablar.

—Esos billetes son muy valiosos y están muy cotizados —continuó mientras la furia le deformaba los rasgos de la cara—. No pienso regalarlos a cambio de nada, solo os los daría si... —pero no tuvo tiempo de acabar la frase.

La voz de Torkel Mifú quedó interrumpida por una explosión a unos metros de donde estaban. Jimmy se sobresaltó y se arrojó hacia el cuerpo de Shadow, que lo cubrió con una pata mientras que con la otra apartó la humareda que se había creado en la habitación. De repente, otro impacto. Algo cayó desde el cielo, atravesando el techo e hiriendo de muerte a la planta carnívora de la que tanto había presumido Torkel Mifú.

Una lluvia de explosiones inundó la sala de la casa de aquel vendedor, aunque con tanto polvo y humo era difícil determinar de qué se trataba. Los gritos del exterior se colaban por las ventanas de la vivienda, así que Jimmy comprendió que se estaba produciendo un ataque que provenía del cielo. Un bufido de Shadow le indicó que aquello no era buena señal.

—¿Ghoul? —preguntó Jimmy, atemorizado y mencionando lo primero que le vino a la mente. Ni siquiera tenía claro de dónde había salido aquella palabra, fue como si algo desde un rincón de su cabeza luchara por imponerse.

Torkel Mifú lo miró como si hubiera mentado al propio diablo y Shadow le

lanzó una mirada interrogativa, pero el chico no tuvo tiempo de explicarse porque su antigua mascota lo mandó de un zarpazo bajo una mesa.

—¿¡Frígidos!?! ¡Otra vez no! ¡Maldita sea! —exclamó Torkel Mifú, quien parecía muerto de miedo y buscaba un lugar en el que resguardarse para no acabar herido durante el ataque.

Los frígidos resultaron ser unos monstrositos malvados que se alimentaban del caos y la destrucción que generaban con sus ataques. Caían del cielo como bombas en plena guerra y se multiplicaban al llegar al suelo, haciendo que tras la primera explosión se sucedieran otras menores a su alrededor. Los nuevos seres que aparecían tras el primer impacto resbalaban por cualquier estructura para llegar hasta los puntos más profundos de la tierra y así provocar con sus explosiones el mayor de los desperfectos. Eran la definición misma de una explosión en cadena.

Jimmy observaba la escena desde debajo de la mesa. Se asomó a una de las ventanas y vio cómo toda la aldea corría despavorida de un lado a otro bajo un cielo que no dejaba de descargar bolas explosivas. Shadow no parecía asustado, no dejaba de mirar a un lado y a otro, revolviendo cajones y trasteando en las alacenas. No había ni rastro de Torkel Mifú por ninguna parte.

—Shadow, ¿qué pasa? —preguntó Jimmy con voz asustada y sin atreverse a mirar a su alrededor.

El perro se apartó para mirarle fijamente a los ojos.

—¡Ayúdame a buscar los billetes!

Aprovechando el caos que reinaba, ambos removieron todo lo que había en aquel cuarto en busca de los codiciados billetes Colmillun. Torkel Mifú se había escondido bajo tierra al comenzar el ataque y seguramente no volvería a aparecer en la sala hasta que los gritos y las explosiones dejaran de oírse. Una vez que se habían reproducido tres veces, los frígidos se volvían grises y

se apagaban como una llama. Tenían que aprovechar el poco tiempo del que disponían.

De pronto, y sin saber por qué, Jimmy se fijó en una pequeña mesa que estaba debajo de un espejo y sobre la cual había todo tipo de objetos extraños. El chico hizo caso a su corazonada. Dentro del cajón, sin embargo, solo había dos folios en blanco, con un extraño membrete de colmillos. Qué raro. Algo le había hecho abrir ese cajón, habría jurado que allí iba a encontrar los billetes y no papeles en blanco... Iba a guardar aquellos papeles inservibles de nuevo cuando Shadow, que le estaba observando desde la otra habitación, le interrumpió.

—¡Los he encontrado! ¡Sí, sí! ¡Cógelos! Vámonos. ¡Rápido! —dijo, señalando los folios desde el otro lado de la habitación.

La intensidad del ataque de los frígidos había disminuido considerablemente, lo que significaba que la mayoría de esos seres malévolos se había desintegrado. Sin embargo, Shadow corría a toda prisa con Jimmy asido a su pata, intentando salir de aquella aldea lo más rápido posible antes de que hubiese un segundo ataque.

Llegaron a una explanada llena de hierbas color púrpura. Sobre las hierbas, como si se tratara de un embarcadero invisible, reposaban unas cuantas embarcaciones colgando de unas lianas. No era posible ver a qué se sujetaban aquellas lianas, de tan arriba como subían hacia el cielo. Jimmy sintió que el corazón le daba un vuelco cuando Shadow dio un enérgico salto para subir a una de las barquitas. El chico volvió a tener esa sensación de vértigo que experimentó al cruzar el puente colgante.

—¡Al lago abierto! —gritó mirando hacia el cielo, y como por arte de magia, la embarcación empezó a moverse como si surcase los mares, solo que en vez de sobre el agua iban por el aire. El chico volvió a sentir esa sensación de vértigo que tuvo al cruzar el puente colgante.

—¿Qué es esto? —se atrevió a preguntar al fin Jimmy, a quien el pecho se le movía agitado después de lo que acababa de vivir.

—Este es el modo de transporte que usan los animuls, una forma de traer las mercancías más extravagantes del Mundo de las Pesadillas hacia su aldea. Tan solo tienes que decirles dónde quieres ir y ellas te llevan. ¡Son fantásticas! ¡Viva el transporte público! —respondió Shadow de carrerilla.

Desde lo alto de su curioso medio de transporte aún se podían ver las luces de colores de los farolillos que sobrevolaban la aldea, aunque la mayoría de ellos se habían apagado con las explosiones recientes.

Jimmy observó el espectáculo en silencio, asimilando lo que acababa de pasar. Ya no había modo de negar que el Mundo de las Pesadillas podía ser un lugar muy muy peligroso. ¿Conseguirían salir de allí? En la sala de los espejos le pareció que no sería una tarea difícil, pero desde que atravesó el cristal a cada paso que daba veía cómo su camino de regreso a casa se complicaba aún más. ¿Qué sería lo siguiente?

—Shadow, ¿crees que podremos salir de aquí si...? —empezó a preguntar de repente, como si su boca se hubiera puesto a hablar en voz alta sin su permiso.

El animal lo miró asintiendo, pero no dijo nada. El chico iba a retomar la pregunta, pero justo en ese momento la embarcación empezó a descender y acabó posándose sobre una extensión de agua que había aparecido sin que se diera cuenta. Shadow mordió la cuerda hasta que se rompió, agarró unos remos que había colocados en los laterales de la embarcación y le pasó uno a Jimmy.

—¿Me ayudas? —le pidió con una sonrisa—. A partir de aquí vamos a tener que remar. Así llegaremos más rápido.

Al cabo de unos minutos la calma invadió el espacio. Sin embargo,

Shadow no dejó de mirar a un lado y a otro, con lo que Jimmy entendió que su compañero seguía en alerta.

Navegaban por un océano inmenso bajo un cielo oscuro y sin estrellas. El vaivén de la embarcación resultaba relajante, y a Jimmy se le cerraban los ojos sin querer.

—Deja el remo, ya sigo yo. Descansa un poco, que debes de estar agotado —le dijo Shadow—. Tú ya has hecho bastante trabajo por hoy, encontraste los billetes Colmillún.

Jimmy quiso negarse, pero no tenía fuerzas. Depositó el remo en el interior de la embarcación y se tumbó con las piernas encogidas, como solía hacer en su casa.

—Sabía que estaban ahí... —comentó, arrastrando las palabras y manteniendo los ojos cerrados.

—¿Qué?

—Los billetes... No sé por qué, pero yo sabía que estaban ahí, en ese cajón...

Y tras pronunciar esas palabras, cayó dormido en cuestión de segundos, relajando los músculos que habían soportado tanta tensión en las últimas horas.

Shadow se volvió hacia él y lo miró con ternura.

—Descansa, Jimmy, esto no ha hecho más que empezar —le dijo en voz baja.

El Ferro Vía

—Jimmy, despierta, ya hemos llegado.

La voz de Shadow se coló en sus sueños hasta el punto de que no sabía si era real o producto de su imaginación. Por un momento pensó que estaba en su cama y que todo aquello lo estaba soñando. No quiso deshacerse del sueño, porque era divertido, así que no abrió los ojos. Pero quería asegurarse de que era un sueño y de que, al final, podía seguir en su cama, sano y salvo. Así que abrió los ojos poco a poco, como si se le hubiesen pegado los párpados. Alzó un brazo para protegerse del reflejo de unas luces que no sabía de dónde venían mientras se desperezaba y volvía en sí. El sueño era real, seguía en el reino de las pesadillas. ¿Cuánto rato había dormido?

—¿Qué hora es? —dijo con la voz ronca por culpa del sueño.

—La hora de coger el tren. El Ferro Vía está a punto de llegar —respondió Shadow mientras le revolvió la cabellera.

Se incorporó con dificultad y se sentó en uno de los tablones de madera, pero cuando vio lo que había a su alrededor, se quedó quieto de golpe, paralizado. ¿Por qué seguían rodeados de agua?

—¿Y dónde está el andén? —preguntó receloso.

—Espera unos segundos y verás —le dijo su amigo con una sonrisa

misteriosa.

Jimmy paseó la mirada por el agua que los rodeaba en busca de alguna pista que le despejara las ideas. Tras unos segundos de desconcierto, vio como unas pocas burbujas empezaron a brotar a unos metros de distancia de ellos. El movimiento era tan sutil que parecía que no se trataba de otra cosa que un pez cerca de la superficie, pero muy pronto el borboteo comenzó a crecer y, en cuestión de segundos, aquellas aguas en calma se habían convertido en una auténtica efervescencia. ¿Qué era aquello?

Jimmy miró a Shadow de forma instintiva, pero este, lejos de parecer alterado, le hizo un movimiento con la pata en señal de tranquilidad. El agua se movía cada vez con más fuerza y la barca se balanceaba de un lado a otro, pero el perro no parecía inmutarse. De repente, un enorme raíl negro de metal emergió del fondo del mar y pasó por encima de sus cabezas. Inmediatamente después, un tren se hizo visible desde las entrañas del océano, dejando tras de sí una oscuridad inmensa que teñía el agua del mar. La máquina desprendía un humo tosco y denso que se elevaba hacia el cielo, y que inundó todo el ambiente hasta casi no dejar visibilidad.

Jimmy había visto muchos trenes a lo largo de su vida, ya fuese en persona o en los bocetos que su padre acumulaba en casa, pero ninguno de ellos tenía una locomotora como aquella. Una enorme boca plagada de colmillos ocupaba la parte delantera de aquel vehículo metálico que parecía sacado de una feria de los horrores. Teniendo en cuenta que estaban en mitad del océano, cualquiera habría dicho que era el pariente mecánico de un tiburón. El hierro que recubría su estructura estaba viejo, oxidado y corroído como consecuencia del contacto con el agua, y centenares de algas verdosas colgaban de la parte que iba adherida a los raíles como si fuesen una enredadera. Pero lo más llamativo, a pesar de lo terrorífico de la locomotora, era la imagen que se proyectaba desde el interior. Una atmósfera cálida,

anaranjada, se percibía a través de las ventanillas del Ferro Vía, que estaban decoradas con unos hierbajos que florecían desde su base. En medio de la humareda que había levantado, aquellos puntos de luz vibrante destacaban aún más en todo aquel amasijo de hierros. Era como un lobo gigante con alma de cordero mimosín.

—Son velas —le susurró Shadow al oído al darse cuenta de cómo Jimmy contemplaba el espectáculo—, así es como se ilumina el Ferro Vía.

En aquel momento, un chirrido estridente hizo que Jimmy volviese la vista hacia la boca delantera. Las hileras de dientes se habían separado y de ellas había salido una extensa lengua metálica que se había acomodado sobre las aguas a modo de plataforma para acceder a su interior.

Ignorando la cara de estupefacción de Jimmy, Shadow se puso en pie en la barca y le tendió la pata para que hiciese lo mismo. El chico se incorporó como un autómatas, con los ojos clavados en la lengua que, por ahora, se había quedado quieta sobre el agua. Pensó en su padre por un momento, en qué diría sobre ese modelo de tren lunático, pero se obligó a apartar ese pensamiento de su mente. Al fin y al cabo, aunque quisiera describírselo, no le escucharía.



—Es hora de entrar —le dijo Shadow con tono solemne, como si el tren fuese un templo al cual había que acceder con respeto.

—¿Por aquí...? —Jimmy señaló la lengua de metal. Sabía que la respuesta de su compañero sería afirmativa, pero necesitaba hacer la pregunta por si aún quedaba una mínima esperanza de que aquel no fuese el acceso al interior del tren.

—Pues claro —respondió Shadow con tono tranquilo—. No sufras, no se moverá hasta que todos estemos sentados.

Jimmy y Shadow salieron del bote, pusieron los pies sobre la monstruosa plataforma y caminaron a lo largo de la fría y oscura pasarela, adentrándose en las fauces de aquel tren surrealista. Parecía que ahí dentro no había nadie más que ellos. El chico pudo escuchar una melodía que provenía de algún lugar cercano, aunque no sabría decir de dónde, y que le recordaba a las marchas fúnebres que había oído en la radio. Sacudió la cabeza para desprenderse de esa horrible música.

Cuando parecía que su recorrido por la lengua metálica y oscura no iba a

terminarse nunca, Shadow se detuvo.

—Mmm..., creo que es aquí... —dijo el monstruo mientras comprobaba algo en el billete que, evidentemente, seguía en blanco.

De repente, apareció una puerta en uno de los laterales de la plataforma sobre la que caminaban. Era de hierro forjado y tenía dos grandes cristales. Jimmy quiso mirar adentro, pero los cristales estaban tan empañados por el vaho —al fin y al cabo estaban dentro de una boca— que ni siquiera pudo ver su propio reflejo. Se acercó para mirar más de cerca, su nariz casi tocando el cristal. De repente, la sombra de dos manos apareció en el otro lado y el chico se apartó de un salto.

—¿Qué es eso? —preguntó con aprensión.

—«Eso» es el revisor —contestó Shadow—. Coloca el billete en la palma de tu mano y sostenla delante de ti.

Jimmy observó cómo lo hacía él, y solo entonces se atrevió a hacer lo mismo con su billete.

—¿Así? —consultó dubitativo.

—Perfecto. Ahora coloca el pulgar en el centro del billete y no tengas miedo.

—¿Qué no tenga...? ¡Auch!

Jimmy no pudo acabar la frase, ya que un pinchazo en la yema del dedo le sobresaltó. Fue un minúsculo mordisco que derramó una sola gota de sangre. La sangre de Jimmy era roja, como la de todo ser humano, mientras que la de Shadow era azul y contenía unos diminutos puntitos plateados que la hacían brillar en aquella oscuridad.

Así que para eso servían los colmillos del membrete, para morder a los pasajeros. A Jimmy solo le dio tiempo a ver cómo volvían a resguardarse dentro del billete que seguía sujetando, antes de que Shadow siguiera con el ritual.

—Ahora debes colocar la mano donde te ha mordido encima de la mano que está en la ventana. Así el revisor puede comprobar que el billete te ha mordido correctamente.

Jimmy imitó a su amigo de nuevo y las puertas del tren se abrieron con un chirrido que indicaba que les faltaba ser engrasadas.

—Pero ¿esto no es peligroso?

—No, simplemente es el protocolo. ¡Ya estamos dentro! —le respondió Shadow con una sonrisa de satisfacción.

A pesar del escozor que sentía aún en su pulgar, Jimmy no se distrajo por el dolor y se dedicó a observar con detenimiento el interior del Ferro Vía. Los vagones estaban llenos de asientos negros, tan viejos y polvorientos que hasta daban un poco de repelús. En los laterales del vagón había diversas lámparas con velas en vez de bombillas y el rastro de cera de velones ya derretidos le daba al lugar un aire de decadencia que a Jimmy le hizo recordar la mansión del señor Galiz.

—Ten cuidado, son traicioneras —le dijo Shadow mientras buscaba donde sentarse—. A veces se derriten en mitad del camino, y si las gotas de cera te caen encima, te pueden dejar calvo.

—Ah... —dijo Jimmy apartándose disimuladamente de las velas.

Desde el interior del tren no se escuchaba nada más que sus pasos y unos extraños golpes huecos que provenían de la parte de abajo del vagón. Jimmy dedujo que serían las vías crujiendo mientras el tren tenía los motores encendidos. Acercó la nariz a la ventanilla para verlas pasar bajo ellos y de nuevo se acordó de su padre: si viajara con ellos, ya habría sacado su libreta y estaría haciendo cálculos sobre cuánto podía costar un desarrollo tecnológico como aquel. Tuvo que reconocer, aunque solo para sí mismo, que por primera vez en mucho tiempo echaba de menos a su padre.

Shadow eligió unos asientos que estaban al final del pasillo, en el primer

vagón. El chico no puso objeción, aunque refunfuñó un poco mientras sacudía el polvo que cubría las butacas. Cuando se dio cuenta de que, por muchos manotazos que diera, aquello seguiría igual de sucio, optó por sentarse y acurrucarse con la cabeza apoyada contra el cristal de la ventana. Su amigo se sentó frente a él, aunque quien iba de espaldas a la marcha era Jimmy.

A los pocos minutos, el tren dio tres silbidos y emprendió su camino hacia las profundidades del mar. El chico se agarró instintivamente a los reposabrazos de su asiento, como si estuviese en una montaña rusa a punto del descenso.

Iba a volverse loco en aquel mundo donde nada funcionaba como en el suyo. Aunque viajaban por el fondo del mar, podía ver perfectamente cómo la aldea de los animuls y las montañas que irradiaban una luz rojiza se alejaban cada vez más de ellos, haciéndose diminutas con cada segundo de su marcha. Miró a su alrededor, pero no había ningún otro viajero.

—Oye, Shadow, ¿por qué vamos solos?

—Ya te dije que el Ferro Vía era un tren especial... Seguramente haya más viajeros, pero tú no puedes verlos, y ellos a nosotros tampoco. Digamos que es un transporte que ayuda a viajar de incógnito —le explicó a la vez que le guiñaba un ojo.

Jimmy lo miró con incredulidad, pero asintió de forma automática. Un bostezo se escapó de su boca. ¿Cómo podía tener tanto sueño si se había pasado la noche durmiendo?

—¿Qué hora es? —preguntó por segunda vez a Shadow. El perro había evitado responderle la primera vez, cuando estaban en la barca.

—No sé qué puedes hacer con esa información —le dijo.

—¿Qué hora es? —insistió el chico.

—Las cinco de la madrugada —le respondió su amigo con total

normalidad.

Jimmy se incorporó de un salto. ¡No podía haber pasado tanto tiempo! Si lo que Shadow decía era cierto, solamente faltaban unas pocas horas para que sus padres se levantaran y se dieran cuenta de que él no estaba en su cama... De hecho, su padre estaba a cinco minutos de que le sonara su despertador.

—¡Tenemos que volver! ¡Rápido!

—¿Y ahora qué te pasa? —inquirió su amigo.

—¡Mis padres! ¿Qué les voy a decir cuando regrese a casa después de haber pasado la noche fuera? Me van a castigar para toda la vida —soltó a toda velocidad. Si sus padres ya habían estado enfurecidos antes de que desapareciera, no quería ni pensar lo que pasaría si no le encontraban en su cuarto por la mañana.

—Para el carro, Jimmy. No te agobies. En el Mundo de las Pesadillas, los ciclos horarios son otra historia. Las horas de aquí no coinciden con las de tu mundo. De hecho, puede que tus padres ni siquiera se hayan ido a dormir aún... —expuso Shadow como si aquello fuese totalmente lógico.

—¿Va en serio o me lo dices solo para que no me estrese? —replicó Jimmy con recelo. Le daba la sensación de que su antigua mascota era más que capaz de mentirle por su propio bien.

—Que no, hombre, te lo digo de verdad. Aquí los días pasan más rápido mientras que en tu mundo el reloj avanza con mucha lentitud. Para que te hagas una idea, tres días del Mundo de las Pesadillas equivalen a una noche del tuyo.

—¿De veras? —se sorprendió Jimmy.

—Ya te lo dije antes, chico. Aquí nada es lo que parece... —respondió Shadow con tono triunfal.

Jimmy le sostuvo la mirada unos segundos y notó que su agitación se empezaba a calmar. Por lo menos no debía sufrir por si sus padres descubrían

que no estaba en la cama. En realidad, no solo le preocupaba el castigo que le podían poner si se enteraran. Sabía que si no lo veían en casa, se preocuparían muchísimo. Bueno, por lo menos su madre. Lo de su padre ya era otra historia.

El chico volvió la cabeza para mirar por la ventanilla y siguió sumido en sus pensamientos, recordando la discusión que hacía unas horas había tenido con su padre. No tardó en quedarse dormido con la cabeza apoyada en el cristal mientras el paisaje pasaba velozmente al otro lado de la ventana.

El traqueteo del tren hizo que Jimmy se despertase después de haber dormido un buen rato. Le despertaron los ronquidos sonoros de Shadow, que estaba sumido en un profundo sueño. Ya había amanecido y el cielo pintaba colores anaranjados con un punto rojizo que lo hacía aún más hermoso.

El Ferro Vía había vuelto a la superficie bordeando un acantilado bajo el cual seguía habiendo agua. Pasaron por delante de unas montañas tan altas que llegaban al cielo. Los acantilados eran abismales, y la mayoría albergaba cataratas que derramaban con fuerza agua que acababa mezclándose con la del mar.

Jimmy no había dormido muy bien y seguía teniendo algo de sueño, pero un paisaje como aquel merecía ser visto por lo menos una vez en la vida. Quién sabía si ese era su último día en el Mundo de las Pesadillas. Tenía que empaparse de todo lo que viera antes de regresar a su triste realidad.

De repente, Shadow habló en sus sueños.

—¡Cuidado!... No puede saber que está aquí... ¡No, Ghoul!

El monstruo se revolvió haciendo una serie de movimientos espasmódicos que provocaron una sensación extraña en Jimmy. Pero lo que le dejó completamente sorprendido fue oír de nuevo ese nombre que no sabía bien a qué o a quién se refería, pero que estaba seguro de que no presagiaba nada bueno: Ghoul.

La verdad era que Shadow lo estaba pasando bastante mal en su sueño. Jimmy no pudo evitar una mueca irónica al pensar que su compañero pudiera estar teniendo una pesadilla precisamente dentro del Mundo de las Pesadillas. ¿A qué se refería con todos esos comentarios? ¿Y Ghoul? ¿Dónde había oído ese nombre por primera vez?

El chaval deshizo mentalmente el camino que habían seguido hasta sentarse en el Ferro Vía. Durante su trayecto en barca no habían hablado con nadie, y en la aldea de los animuls tan solo entraron en contacto con Torkel Mifú y con aquella piedra habladora. Pero Jimmy estaba seguro de haberlo oído ya con anterioridad. De hecho, cuando llegaron a casa de Torkel Mifú fue él mismo, Jimmy, quien pronunció aquel nombre, casi sin saber por qué como si ya estuviera alojado dentro de su memoria por alguna razón...

De repente, las imágenes se amontonaron de forma atropellada en su mente. Se vio a sí mismo inconsciente sobre la mesa de la casa de Catpier, y a Shadow junto al morador de gatos hablando entre susurros. Entonces supo que fue ahí, en ese preciso instante, cuando había oído por primera vez el nombre de Ghoul: «Ghoul no puede saber que está aquí», «Ghoul no debe saber que no hay guardián, ni que Jimmy está aquí. Y menos aún que tiene la llave...».

Las frases le llegaban a la mente con total claridad, como si las estuviese escuchando en ese preciso instante. ¿Cómo era posible que tuviera recuerdos de las cosas que pasaron mientras él estaba inconsciente? ¿Quién era Ghoul?

Estaba completamente desconcertado. Otra vez. Esa horrible sensación de no saber lo que estaba pasando ni lo que iba a suceder le acompañaba desde que puso un pie en el Mundo de las Pesadillas.

El Mundo de las Pesadillas. Es ahí donde estaba. Por mucho que el tiempo pasara diferente y que nadie le echara de menos ahí arriba, lo cierto era que estaba atrapado en un mundo del que no sabía ni cómo funcionaba ni, lo que

era peor, cómo podía salir de él. Jimmy sintió como un sudor frío se apoderaba de él e instintivamente levantó la mano para acariciarse la frente. Pero al tocarse la piel, notó que algo estaba mal. Algo estaba mal en su tacto. No en su cara, sino en su mano. El tacto aquel no se parecía en nada a sus dedos suaves y pequeños. Abrió los ojos rápidamente y se le entrecortó la respiración cuando contempló su propio brazo extendido delante de él.

¿Dónde estaba su mano? ¿Por qué tenía la piel áspera y unos dedos largos y de color amoratado? ¿Qué le estaba ocurriendo?

—¡Shadow! —gritó con todas sus fuerzas mientras lo sacudía con aquella mano que no reconocía—. ¡Despierta! ¡Shaaadow!

—¿Qué pasa? —preguntó el monstruo después de dar un brinco del susto.

—¡Esto! ¡Esto pasa! —dijo blandiendo su mano frente a la cara del perro.

Jimmy estaba pálido y tenía los ojos tan abiertos que parecía que le iban a explotar. Su antigua mascota, sin embargo, no pareció para nada alarmado; se le escapó un suspiro.

—Está bien, chico... —Tomó aire y añadió—: Tenemos que hablar.

—¿Qué está pasándome, Shadow? ¿Qué es... esto? —dijo refiriéndose a su mano.

—Verás, Jimmy... —El monstruo se detuvo, como si no supiera cómo continuar, pero tras unos segundos de silencio confesó—: No he sido del todo sincero contigo..., pero creo que debes saber la verdad.

Jimmy aguardó impaciente el resto de su explicación, pero el monstruo desvió la vista hacia la ventana y respiró profundamente un par de veces como si ordenase sus pensamientos. Pero el chico no podía esperar más. Necesitaba respuestas y las necesitaba ya.

—¿Quién es Ghoul? —preguntó a bocajarro cuando se cansó de esperar la explicación del perro.

—¿Por qué crees que tiene algo que ver? —inquirió Shadow con el ceño

fruncido.

Jimmy tuvo ganas de reírse: o el monstruo le tomaba el pelo o ahora era él quien no comprendía nada.

—¡Porque no soy idiota! ¿¡Quién es Ghoul, Shadow!?! —repitió con una furia similar a la que mostró el día de la gran discusión con su padre.

El monstruo se volvió a mirar el interior del vagón y comenzó a hablar:

—Cuando Galiz murió... —empezó sin atreverse a mirarle a los ojos—, la puerta hacia el Mundo de las Pesadillas quedó desprotegida. ¿Te acuerdas de que te conté que él había sido nuestro guardián? Bueno, pues la figura del guardián es muy necesaria. Él es quien se encarga de custodiar la entrada al Mundo de las Pesadillas.

—Por eso pude entrar yo... —dijo Jimmy, recordando su descenso con la cama del revés.

—No se trata solo de quién puede entrar si la puerta queda deshabitada, sino de quién puede salir —apostilló Shadow antes de continuar.

Jimmy tragó saliva y siguió escuchando.

—En el Mundo de las Pesadillas existe, como en todos los mundos, un delicado equilibrio entre el bien y el mal. Hace años, muchos años atrás, un ser oscuro, regido por la maldad y la destrucción, quiso hacerse con el poder del guardián y salir al exterior para sembrar el caos en el mundo real.

—Ghoul —dijo Jimmy; ahora empezaba a entender qué estaba conjurando al pronunciar esa palabra.

—Se trata de un monstruo con un enorme poder que domina las artes de la magia negra. Ese monstruo es Ghoul. Su poder ha ido aumentando mientras la puerta estaba desatendida, se ha ido alimentando de las pesadillas que tenemos antes de ir a dormir, de los malos pensamientos que tenemos mientras estamos despiertos, de la rabia que nace de nuestra impotencia

cuando nos enfadamos con nuestros seres queridos..., de todas las cosas malas que pasan por nuestra cabeza cuando no pensamos dos veces...

Jimmy le observaba con la mandíbula apretada, mientras las palabras de Shadow se iban asentando en su cabeza, se iba dando cuenta de que muy probablemente él mismo había estado alimentando a ese monstruo con toda su rabia contenida. Él había sido parte del problema, y ahora sentía que debía ser parte de la solución. Pero no podía evitar pensar en cómo le había estado engañando Shadow hasta entonces.

—Gracias a este poder que ha ido acumulando, Ghoul tiene bajo su dominio a muchos seres que, como él, buscan que nuestro mundo sea gobernado por las peores pesadillas, por el mal. Y no solo eso, sino que su gran deseo es salir al exterior, a tu mundo, para hacer que las leyes del mal reinen en toda la Tierra. Solo de esa manera su poder sería infinito. Y estuvo a punto de conseguirlo.

—¿Y qué pasó?

—Que al final conseguimos contenerlo. No hemos podido acabar con él, ni retenerlo, pero sí hemos podido esconderlo donde nadie pueda dar con él, o lo que es mejor: donde él no pueda encontrar a nadie de cuyo miedo y rabia pueda alimentarse. Ghoul fue desterrado a un lugar horrible donde no puede recibir ayuda de nadie porque nadie quiere acercarse a ese sitio: el Inframundo. Se trata de una zona alejada de la civilización, un sitio oscuro y solitario, el sitio donde merece estar.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo y con el hecho de que mi mano se haya transformado en esto? —preguntó con un tono de desconfianza.

—La muerte de Galiz se produjo antes de lo previsto, antes de que encontrara a un sustituto para ejercer su labor como guardián. ¿Recuerdas el objeto metálico que desenterré en el jardín? —le planteó.

Jimmy se limitó a asentir con la cabeza. Cada vez tenía más claro que

detrás de toda esta situación había un plan y que ese plan se había tramado con él dentro, pero sin incluirlo.

—Pues es parte de la llave que mantiene la puerta del Mundo de las Pesadillas cerrada. La otra mitad está escondida en un lugar seguro. Ghoul debe de haberse enterado del fallecimiento de Galiz, no sé cómo, y me temo que está ejerciendo su poder oscuro para hacerse con las dos mitades...

El chico miraba a un punto fijo en el asiento de Shadow y trataba de procesar la información que le acababa de dar.

—No sé qué intenciones tiene, Jimmy, pero estoy seguro de que son nefastas para todos. Ghoul quiere conseguir la llave completa para erigirse como nuevo guardián y entrar y salir del Mundo de las Pesadillas, para que el odio y el rencor y el miedo puedan circular libremente de un lado a otro. ¿Te das cuenta? Jamás podrías apartar un mal pensamiento de tu cabeza, ni siquiera al consultarlo con la almohada, ni siquiera con el pasar de los días se te iría la tristeza... Él siempre podría hacerla volver a aparecer, con un golpe de la llave. ¡Y eso no puede ser!

—No entiendo nada... —murmuró Jimmy—. ¿Por qué yo? ¿Por qué me mostraste el trozo de llave a mí?

—Yo sabía que Galiz se nos iba, y creo que él también lo intuía, aunque en ningún momento lo hablamos. Por eso me escapé aquel día que llovía tanto y aparecí en tu casa, bueno, en realidad la casa de Galiz. Que estuvieras allí era una señal. Quería conocerte, ver cómo eras... Él estaba enfermo y el tiempo se me acababa...

—¿El tiempo para qué?

A cada respuesta que obtenía, Jimmy se desconcertaba más. La información se iba agolpando en su cabeza y trataba de ordenarla con rapidez para reconstruir ese rompecabezas en el que se hallaba inmerso sin querer.

—Para saber que tú eras el elegido.

—¿Cómo que el elegido? ¿Elegido para qué? —preguntó con el tono más inquisitivo que había usado en su vida.

Shadow lo miró con ternura antes de decir en voz suave, pero muy clara:

—El elegido para ser el nuevo guardián.

Se hizo un silencio sepulcral. Jimmy mantuvo la mirada fija en el suelo, procesando las palabras que no podía creer que acabase de oír. ¿Él, el elegido para ser el guardián?

—Pero yo...

El perro retomó su explicación, sin dejarle continuar.

—Debes confiar en tu destino, Jimmy. Todos tenemos uno, nacemos con él, nos guste o no. Pero hay mucho miedo dentro de ti y debes dejar que la luz entre en tu interior... De lo contrario, la oscuridad se hará dueña de tu vida.

Jimmy siguió mudo, pero levantó la vista para mirarlo con cara de perplejidad.

—Te aseguro que volveremos a tu mundo lo antes posible. Estamos a punto de llegar al Bosque de los Greenslers, donde estarás a salvo. Ahí encontraremos lo que necesitamos para salir de aquí. Pero tenemos que ser rápidos. No creo que los frígidus sean el único ataque que Ghoul nos tiene preparado.

«Los frígidus...» Con tanta información Jimmy casi había olvidado aquel nombre y a aquellos seres que, hacía unas horas, habían estado a punto de destruir la aldea de los animuls.

—El ataque de los frígidus... ¿Venían a por mí? —preguntó.

El pánico se había empezado a apoderar de él, pero ahora otro sentimiento nacía en su interior: una frustración arrolladora por todo lo que Shadow le había estado ocultando.

—Si Ghoul sabe que no hay guardián y sabe que estás aquí... Creo que está recuperando sus poderes y seguramente querrá hacerse con la llave, pero nosotros tenemos que evitarlo, Jimmy.

—¿Nosotros? —preguntó incrédulo, levantándose de un salto—. ¡Yo no tengo nada que ver con esto! No quiero enfrentarme a nadie ni tener nada que ver con esta locura, yo solo quiero irme a mi casa, ¿entiendes?

El chico palpó, con la mano que aún tenía aspecto humano, la llave que había en su bolsillo y dio un paso atrás.

—Pero no puedes, Jimmy. Tú eres el elegido. Por eso tienes la mitad de la llave contigo. Y por eso debes buscar la otra mitad antes de que Ghoul consiga salir de su prisión; de lo contrario, estaremos todos acabados.

Con cada palabra de Shadow, el muchacho sentía que la sangre le hervía dentro del cuerpo, y sin ser del todo consciente, dio un paso atrás hacia la salida.

—¿Y mi mano?! ¡¿Qué me dices de esto?! —le gritó, fuera de sí, señalándose su nueva mano de monstruo.

Jimmy dio otro paso más hacia atrás, sentía la necesidad de alejarse de Shadow, que le había estado engañando todo ese tiempo.

—Tienes razón. No te lo he explicado todo.

Su tono volvió a ser solemne y la pausa que había hecho tras su última frase indicaba que lo que iba a decir era algo importante. Por suerte, no había más viajeros que pudieran estar presenciando aquella conversación. Bueno, al menos que él pudiera ver.

—Te traje aquí para que te convirtieras en el nuevo guardián y algo no está yendo bien... Lo de los fríos ha sido un aviso, pero, por lo que veo, la cosa puede ir a más.

—¿A más? ¿Qué más puede pasar? —La voz del chico sonó mucho más grave de lo habitual.

—Jimmy, te estás convirtiendo. Tu voz, tu capacidad para recordar lo que ocurrió mientras estabas desmayado, tu sexto sentido para encontrar los billetes Colmillun, todo ese sueño que tienes de repente... y ahora tu mano...

—¿Que me estoy convirtiendo? ¿En qué?

Shadow volvió a quedarse callado, con la mirada hacia el suelo. Luego levantó la cabeza y esta vez sí se atrevió a mirar a Jimmy a los ojos y a responder su pregunta.

—En monstruo.

El accidente liberador

Jimmy se apoyó en uno de los asientos vacíos que había al otro lado de los que él había ocupado con Shadow. Se sentó en el reposabrazos de uno de ellos para no perder el equilibrio. Aquello era demasiado.

—Tenemos que darnos prisa —dijo el perro.

El chico lo miró completamente confundido.

—Tenemos tres días para encontrar la otra mitad de la llave y salir de aquí. De lo contrario...

—¿Tres días? ¿De qué me estás hablando? —interrumpió con cara de extrañeza.

—Bueno, un poco menos... El tiempo empezó a correr en el momento en que llegamos aquí, a mi mundo. Pero no debes preocuparte —añadió con la clara intención de no asustar más al chico—. Confía en mí, por favor.

—¿Que confíe en ti? ¿Me pides que confíe en ti? ¿Cómo te atreves a...? —explotó Jimmy, furioso y fuera de sí.

—Tranquilízate, esto tiene solución, créeme... —Shadow hizo ademán de acercarse a él, pero el chico lo apartó de un manotazo. Con su mano de monstruo le había dado más fuerte de lo que había pretendido y el perro cayó sobre los asientos, dejando escapar un aullido lastimero.

—¡No puedo tranquilizarme! Tú me has arrastrado hasta aquí sin que yo te lo pidiese y, aun así, confié en ti, ¡y mira lo que me ha pasado! No solo me has engañado, ¡sino que me has puesto en peligro! Creí que podía fiarme de ti, pero has hecho lo mismo que los demás: prometer cosas que no vas a poder cumplir. Mentiras, mentiras y más mentiras.

Jimmy corrió por el pasillo sin mirar atrás. La rabia contenida hizo que las lágrimas brotaran de sus ojos y resbalaran por sus mejillas enrojecidas a causa de su agitación. Volvió a mirarse la mano que se había transformado y, sin decir nada más, salió disparado del vagón, decidido a alejarse de Shadow todo lo que pudiera. Recorrió los vagones vacíos sin parar tan siquiera a mirar si su antigua mascota lo seguía, y cuando llegó al último vagón, bloqueó la puerta que lo separaba del resto del tren. No quería saber nada de nadie. Lo único que deseaba era llorar, desahogarse y estar solo. Se sentó con las rodillas contra el pecho, poniendo los pies encima del asiento en el que estaba sentado. Dejó que su mirada se perdiera en el paisaje mientras algunas lágrimas le iban emborronando la visión. Por eso tardó en reaccionar cuando vio un objeto negro que se acercaba a ellos desde el cielo. Se frotó los ojos con la mano de humano que aún conservaba, y no dio crédito a lo que vio: los fríos volvían al ataque, y esta vez sabía que iban a por él.

El primero de los impactos cayó sobre el cartel que indicaba la siguiente parada: EL BOSQUE DE LOS GREENSLERS. El tren tan solo sufrió un leve golpe, pero en cuestión de segundos el cielo se llenó de seres que se dirigían claramente hacia ellos.

Jimmy desbloqueó la puerta y salió corriendo por el pasillo. Cuando estaba a solo unos metros de llegar al vagón de Shadow, el impacto de un frío cayó sobre el techo donde estaba el animal.

—¡Shadow, Shadow! —gritó el chico desesperadamente mientras golpeaba la puerta que le separaba del vagón donde estaba el monstruo. La runa del techo había bloqueado el acceso y le impedía abrir la puerta para poder ir a buscarlo. Miró por la ventanilla que había en el centro de la puerta para intentar valorar las consecuencias del ataque.

Bajo una nube de polvo apareció la silueta de Shadow, inconsciente en el suelo, debajo de la fila de asientos donde lo había dejado.

—¡Shadow! ¡Son los frígidos! ¡La puerta está atascada! —dijo el chico de un tirón, intentando dar rápidamente toda la información para que el perro pudiese reaccionar.

Y acto seguido se abalanzó hacia la puerta maciza que los separaba para tratar de derribarla.

Justo en aquel momento el tren comenzó a desestabilizarse como si fuese un balancín. Jimmy tuvo tiempo de agarrarse a uno de los asideros de hierro de la pared y pudo permanecer en equilibrio sin hacerse daño. Por suerte, su nueva mano de monstruo le dio la fuerza necesaria para soportar aquel envite inesperado.

Los impactos seguían produciéndose a lo largo de todo el tren, unos con más fuerza que otros, y cada vez había más polvo que impedía ver con claridad. Por el momento, parecía que los frígidos estaban en su primera transformación y que la guerra se desarrollaba en el exterior, pero era cuestión de minutos que aquellos seres consiguieran entrar en los vagones, y entonces... Jimmy no quería pensar lo que podía pasar. Tenía que haber alguna manera de salir de ahí.

Un chirrido estridente le indicó que el tren estaba siendo separado de las vías. Las chispas que saltaban iluminaban el exterior como si fuesen pequeños fuegos artificiales, pero el chico no quiso ni mirarlas: tenía que actuar de inmediato. Intentó alcanzar otro asidero para poder avanzar por el

tren, pero antes de que pudiera seguir adelante otro impacto, el más potente hasta el momento, hizo que el tren se sacudiera de tal manera que Jimmy salió disparado hacia el fondo del vehículo. Un frígido había impactado en mitad del vagón y había abollado el techo, que ahora prácticamente tocaba los asientos. El pasadizo solo podía recorrerse yendo agachado, y una nube de polvo reducía por completo la visibilidad.

Jimmy tuvo que arrastrarse por el suelo, lo que le sirvió para pasar desapercibido en el caso de que los frígidos estuviesen buscándolo a través de las ventanas. Avanzó a rastras, subiéndose la camiseta hasta la nariz para protegerse del humo. Estaba yendo de esta guisa entre los asientos cuando, de repente, un nuevo impacto incendió la fila que acababa de dejar atrás. Mientras trataba de protegerse de las llamas, sintió una punzada lacerante en la pierna y, a continuación, notó algo líquido y caliente recorriéndola. Le estaba sangrando. Pero tenía que seguir adelante. Necesitaba tiempo para pensar en algo que le ayudase a salir de ahí con vida y rescatar a Shadow, y cuanto más rato permaneciera invisible para sus atacantes, mejor.

De pronto, otro movimiento le sorprendió, pero este no tuvo nada que ver con un impacto. Jimmy vio en primer plano cómo los vagones de delante del tren se inclinaban, al mismo tiempo que unos chorros de agua penetraban por las grietas resultantes de las explosiones. La parte trasera del Ferro Vía seguía en posición horizontal sobre los raíles, pero la otra mitad, que aún continuaba unida a la zona donde él estaba, se había sumergido en el agua que bordeaba el acantilado por el que circulaban... Ahora el agua estaba entrando en los vagones. Y Shadow yacía inconsciente en uno de ellos.

—¡Shadow! —gritó el muchacho con desesperación.

El agua se colaba a una velocidad sorprendente, y en el exterior se seguían oyendo explosiones de menor intensidad. Quizá, con un poco de suerte, los

frígidos habían llegado ya a su tercer estadio y no podrían seguir sembrando el caos durante mucho más tiempo.

—¡Aguanta! ¡Te voy a sacar de ahí! —gritó Jimmy con la esperanza de que el perro le oyera. Pero Shadow no respondió, y el chico se puso más nervioso todavía.

De repente, escuchó unos chillidos a su espalda que le helaron la sangre y se volvió para confirmar sus peores sospechas: los frígidos habían entrado en el tren. Tan solo un vagón le separaba de aquellos monstruos asesinos, y a través de las ventanillas de las puertas, pudo ver perfectamente cómo lo miraban con ojos encendidos y una sonrisa burlona. Eran pequeños, de patas cortas y cuerpo redondeado, y sus alas, similares a las de los murciélagos, les daban un aspecto terrorífico.

Se acercaban a él con paso ceremonioso, saboreando la victoria que acababan de conseguir. Emitían un zumbido metálico, un grito agudo parecido al lamento de cien *banshees*. «Esto es el fin», pensó el muchacho, intentando que el pánico no se apoderara aún más de él mientras esperaba la llegada de aquellos seres para iniciar una lucha cuerpo a cuerpo.

Jimmy no podía más, aquella situación lo superaba. Él no había pedido ir a ese mundo de lunáticos y tampoco tenía ni idea de cómo funcionaba. Sintió que el miedo se agarraba a su cuerpo y lo paralizaba, quiso dar un paso atrás, pero no lo consiguió. Era como si su mente y su cuerpo se hubieran desconectado. Cerró los ojos y se preparó para lo peor. Dicen que cuando estás a punto de morir, toda tu vida pasa delante de tus ojos. Jimmy no vio toda su vida, solo vio los últimos años, los años de los portazos y las malas caras, los años de las interminables mudanzas y la incomunicación con sus padres. Pero pensó que, si iba a morir, no era ese el recuerdo que se quería llevar. Y se forzó a mirar más atrás. Hubo un tiempo en que era feliz, en que su padre le llevaba en hombros y le enseñaba todos y cada uno de los detalles

de los trenes, un tiempo en que le montó la maqueta más alucinante de tren eléctrico que ningún niño habría podido pedir, con cambio de raíl, con guardavía, con llave maestra en la cabina..., con cada uno de los detalles. Su madre estaba allí también, con la taza de café en la mano, sonreía y no tenía que hacer malabares para que padre e hijo se sintiesen contentos. Jimmy se quedó con ese momento. Si de él dependía, iba a escoger un momento feliz.

Sin embargo, cuando los chillidos de los fríos sonaron tan cerca que hasta le dolieron los oídos, el que encabezaba el grupo fue repelido por una fuerza invisible que le impidió seguir avanzando. La potencia con la que salió despedido hizo que golpeará al resto de sus compañeros que venían tras él, haciendo que cayeran uno tras otro en un majestuoso efecto dominó.

El chico se quedó sorprendido por lo que acababa de pasar, y aunque no entendía qué era lo que había hecho retroceder a esos seres malignos, no tuvo dudas de que aquella era su oportunidad para salir de allí con vida.

—¡Shadow! —gritó apresuradamente.

Se dio la vuelta y pegó el cuerpo al suelo para poder reptar por el pequeño pasadizo que había quedado tras la explosión que hundió el techo.

El vagón donde estaba el perro tenía cada vez más agua.

—¡Shadow! —chilló de nuevo mientras corría hacia la puerta bloqueada.

Intentó forzarla sin éxito, le dio patadas y hasta la golpeó con una de las lámparas que arrancó de la pared gracias a la increíble fuerza física que tenía ahora. Nada. Era imposible abrir aquella maldita puerta.

Un estruendo metálico hizo que se encogiera, esperando que ocurriera algo como cuando el rayo anuncia la llegada del trueno. Y, en efecto, tras el ruido llegó el descenso.

El Ferro Vía se partió en dos y los vagones que pendían del borde del acantilado cayeron y desaparecieron bajo el agua. El grito de Jimmy durante la caída quedó ahogado en cuanto se introdujo bajo las aguas, pero a pesar de

la fuerza del impacto, ningún golpe logró hacerle perder el conocimiento. Cuando por fin pudo dejar de dar vueltas, vio con una perfección asombrosa cuál era el camino de salida.

Llegó a la superficie del agua en cuestión de segundos y, rápidamente, abrió los ojos para mirar a su alrededor. Los fríos seguían ahí arriba, volando como si fuesen cuervos negros a la espera de una nueva víctima. «Pero ese no voy a ser yo», pensó Jimmy mirando hacia el cielo.

Observó la parte de la máquina que estaba en las vías y, de pronto, como si hubiese tenido una revelación, supo lo que debía hacer.

—Es como lo que hace papá... —dijo en un susurro—. ¿¡Cómo no se me ha ocurrido antes!?

Cogió aire y volvió a sumergirse en las aguas rojizas que habían engullido parte del Ferro Vía. Nadaba a toda prisa porque sabía que el tiempo jugaba en su contra, pero esta vez tenía muy claro adónde debía ir.

Cuando era pequeño y su padre tan solo era un ayudante del ingeniero encargado de los ferrocarriles, pasaba largas horas escuchando las historias que le contaba sobre su trabajo. Le mostraba mapas, planos y croquis, y le dibujaba las tripas de los trenes para que supiera a la perfección cómo funcionaba la maquinaria de aquellos vehículos que unían ciudades e incluso países.

¿Cómo no se había acordado hasta entonces? Jimmy sabía que en una trampilla situada en el techo de cada vagón había una llave maestra con la que se podían desbloquear las puertas en caso de accidente. Tan solo tenía que hacerse con ella y liberar a Shadow de su prisión bajo el agua. Tenía que conseguirlo fuese como fuese.

Se adentró en el vagón partido y empezó a registrar el techo. Estaba seguro

de que encontraría la tapa de la trampilla y, efectivamente, al cabo de unos segundos dio con ella. Ahora solo tenía que abrirla. ¿Qué demonios podía usar?

Sin pensarlo dos veces, se palpó el bolsillo trasero de su pantalón. Su libreta permanecía en el mismo lugar donde la había dejado, y el pedazo de llave que llevaba atado a las anillas, también.

Manipuló el alambre que sujetaba la llave a toda prisa, con tan mala suerte que, cuando por fin la tuvo en sus manos, gran parte del cuaderno se le escurrió por entre los dedos. Se fue flotando a cámara lenta, como si tuviese vida propia y nadase lejos de él.

Jimmy reaccionó rápido y empezó a sumergirse en dirección de las páginas perdidas, las vio flotar hacia el fondo del mar, vio sus dibujos de la habitación, vio un boceto que había hecho de la playa una mañana, otra de las hojas donde había garabateado un retrato de su madre junto a sus plantas..., pero los papeles nadaban mucho más rápido que él, y se esparcían en todas direcciones. Y él tenía el tiempo contado si quería rescatar a Shadow. Por mucho que le doliera, tenía que renunciar al cuaderno. Lo había perdido para siempre, y con él, parte de su vida. Tenía que elegir: o ir a por la libreta o rescatar a Shadow.

Escribiendo un nuevo comienzo

Jimmy no lo dudó ni un segundo, así que abrió la trampa, sacó la llave maestra y, con la mayor facilidad del mundo, desbloqueó aquel pedazo de metal que no permitía el paso.

Shadow yacía aún inconsciente sobre los primeros asientos que se encontró. ¿Habría llegado demasiado tarde?

Lo agarró por debajo de los brazos y tiró de él con fuerza hasta conseguir sacarlo de los vagones del tren. Rápidamente, nadó hacia la superficie, elevando el cuerpo del perro para que su cabeza fuese la primera en recibir el oxígeno que le faltaba.

Jimmy nadó unos metros en la misma dirección que seguían los raíles del Ferro Vía, y por fin encontró una playa donde parar. Salió del agua arrastrándose por la arena y tirando del enorme cuerpo de Shadow, que seguía sin reaccionar. No tenía nociones de primeros auxilios, pero sabía que debía presionar en su pecho para intentar reanimarlo.

Jimmy empezó con la maniobra, pero Shadow seguía sin moverse. Su desesperación iba en aumento, y lo que en principio era un masaje cardíaco acabó convirtiéndose en una sacudida de golpes contra el pecho del animal. Ahora una de sus manos era monstruosa y su fuerza ya no era humana.

—¡No puedes dejarme así, Shadow! —dijo de forma desesperada al comprobar que no respiraba—. ¡No debiste mentirme! ¡Nunca debiste traerme a este mundo! ¡Yo no soy el elegido! ¡Yo no puedo hacer nada! ¡Y ahora tampoco puedo hacer nada para salvarte! ¡Despierta, Shadow! ¡Despierta! ¡Perdona! Es todo culpa mía... Yo alimenté al monstruo con mi odio, yo atraje a los fríos, yo...

Un sonido ronco hizo que Jimmy levantara la cabeza del pecho de Shadow de forma súbita. El perro había empezado a echar agua por la boca y su cuerpo volvía a moverse. ¡Estaba vivo!

—¡Shadow! —exclamó Jimmy entre lágrimas y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Chico, casi me ahogo, pero ¡por culpa de tus golpes! Son peores que el agua en los pulmones. ¡Menuda fuerza! —respondió entre tosidos.

La cara de Jimmy se iluminó por completo y se abrazó a Shadow todo lo fuerte que pudo, sorprendiendo al animal. Él también lo abrazó y, mientras lo hacía, le acariciaba la nuca para que se tranquilizara.

—Lo has hecho, Jimmy... —le dijo sin soltarse de sus brazos.

—¿El qué? —preguntó Jimmy secándose las lágrimas de los ojos.

—Has hecho que el miedo tenga miedo de ti. Sabía que escondías mucho valor dentro de ti, amigo, eres un auténtico héroe.

Jimmy sonrió tímidamente, agradecido por aquellas palabras que jamás nadie le había dedicado. Atrás quedaron sus dudas, su enfado y la rabia por que el perro no se lo hubiera contado todo desde el principio.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, alguien le había llamado «amigo». Las palabras se le clavaron en el alma y sintió una enorme gratitud, como si una gran ola de calma invadiera su cuerpo.

—¡Gracias, Shadow! —respondió con un gesto de complicidad—. Parece que hemos despistado a esos fríos...

—¡Por supuesto que sí! ¡Se han ido! ¡Te han tenido miedo!

Jimmy bajó la mirada y se observó la mano que había evolucionado y que ahora tenía unas pequeñas garras, en lugar de uñas. La tocó para saber qué se sentía al rozar algo así, y se quedó concentrado en la sensación que le producía aquella nueva parte de su cuerpo.

—¿Estás bien? —quiso saber Shadow.

—¿Crees que seré feo de monstruo? —preguntó mientras esbozaba una pequeña sonrisa pícaro que dejó descolocado a su amigo.

—Haremos todo lo posible para no llegar a saberlo. Tenemos tres días antes de que la transformación sea completa. —Shadow se quedó pensativo y añadió entre risas—: Oye, ¿me estás llamando feo?

La risa de uno contagió al otro y se metieron en un bucle de carcajadas que se podrían haber oído a kilómetros de distancia. Jimmy no recordaba haber vivido una escena así desde hacía mucho tiempo. Por fin, a pesar de tener una mano de monstruo y de estar perdido en el Mundo de las Pesadillas, había sido capaz de reír.

El Bosque de los Greenslers

Jimmy y Shadow salieron de aquella playa por un sendero de piedras chiquititas de múltiples colores. Una media hora después de emprender la marcha, y ya con las ropas casi secas después del accidente del Ferro Vía, se encontraron ante lo que era, indudablemente, el acceso al Bosque de los Greenslers.

Frente a ellos apareció la puerta principal, colosal, de madera y con las iniciales GS grabadas. Dos estatuas gigantes, construidas con troncos de árboles y piedra maciza gris, se erigían, una a cada lado, como guardianes que custodiaban la entrada al territorio de los greenslers. Eran tan altas que Jimmy habría jurado que podían eclipsar la luz del sol.

Sin embargo, lo que le dejó totalmente boquiabierto fue lo que caía de sus cabezas y les cubría el rostro por completo. En vez de caras, las dos estatuas lucían unas caretas de madera con un enorme agujero en la parte baja que se asemejaba a una boca gritando.

Desde fuera, aquel lugar parecía gigantesco. Una muralla enorme rodeaba el inmenso bosque cuyas dimensiones eran imposibles de calcular. De los muros que lo protegían caían cascadas de agua que, antes de romper en el suelo, se transformaban en charcas, que se mantenían intactas, a pesar de los

litros de agua que se derramaban sobre ellas. Un fenómeno natural imposible en el mundo de Jimmy, pero totalmente real en el universo donde se encontraba ahora.

Esas charcas, semejantes a lagos en miniatura, eran de un color verdoso y desprendían pequeños destellos sin necesidad de que la luz del sol incidiera en ellos.

—Impactantes, ¿verdad? —soltó Shadow refiriéndose a las estatuas que vigilaban la puerta de entrada.

Aquel no era el primer escenario sorprendente con el que se encontraba el muchacho. Sin embargo, el ambiente que se respiraba en la zona de los greenslers tenía algo especial.

—¿Qué son? —preguntó con gran curiosidad.

—Se llaman Fortaleza y Prosperidad, y podríamos decir que son las dos almas de este bosque. Llevan en pie desde los tiempos más remotos, protegiendo el pequeño universo de los greenslers dentro del Mundo de las Pesadillas.

—¿Protegerlo? —inquirió el chico con expresión de sorpresa.

—Este sitio es un lugar sagrado porque aquí reina la madre naturaleza, como en tu mundo. En el Mundo de las Pesadillas también se esconden los sueños más felices, aquellos que te quitan el sueño, pero para bien; esas cosas maravillosas que todo el mundo desea, pero solo la gente buena de verdad debería conseguir. Los greenslers son capaces de ver lo que más anhela tu corazón y, según cómo, hacerlo realidad, así que puedes imaginar que ese poder necesita una buena protección. Fortaleza y Prosperidad se encargan de custodiarlos, emiten una energía especial desde sus raíces, una energía que recorre la tierra y que mantiene vivo el Bosque de los Greenslers. Sin esa energía, nada de lo que esconden sus murallas podría seguir con vida...

—Pero ¿quién podría querer hacer algo contra un sitio así? ¿Ghoul?

—Bueno, él y otros seres que tampoco se caracterizan por ser muy amigables... Mucha gente querría acceder a estos sueños, pero no todo el mundo puede cruzar sus puertas. Tan solo algunas almas tienen permiso para ello, ¿sabes? Almas que estén limpias, por así decirlo.

Jimmy seguía observando a Fortaleza y Prosperidad con detenimiento, analizando cada uno de los rincones tallados en aquellas rocas. Eran verdaderas obras de arte; en su mundo, en el mundo real, estarían catalogadas como valiosas piezas de museo. Aunque, pensándolo bien, aquel también era ahora su mundo.

—Observa, Jimmy, la magia del Mundo de las Pesadillas... —le susurró Shadow con calma. Acto seguido, le dio la espalda para encararse con aquellas dos figuras que les frenaban el paso hacia el atrayente universo de los greenslers—. ¡*Misna!* —soltó en un grito seco, y levantó una de sus patas para dibujar un círculo en el aire. Gracias a ese movimiento, la magia se activó.

Las cuencas de los ojos de las caretas de Fortaleza y Prosperidad se encendieron con una luz brillante y verdosa que las llenó por completo. El agua que caía de las murallas de piedra comenzó a inundar todo el suelo, haciendo que las charcas que hasta entonces habían permanecido inamovibles se expandieran como una enorme mancha que amenazaba con cubrir todo el terreno. En cuestión de segundos, Jimmy y Shadow quedaron completamente rodeados del líquido verdoso que caía por los barrancos y se fundía con el mar.

—¿Qué...? —Al chico se le agitó la respiración cuando se dio cuenta de que, una vez que había alcanzado sus pies, el agua comenzaba a trepar por sus piernas como si fuese una cortina transparente. En un abrir y cerrar de ojos, pasó de los tobillos a la cintura, y de la cintura al cuello. Casi sin darse cuenta, Jimmy y Shadow quedaron completamente envueltos por una especie

de traje de agua que, lejos de ahogarlos, les proporcionaba una sensación de frescor muy agradable.

El chico sintió como si el bullicio del mundo quedase aparte, en otro lugar, y bajo esa cobertura de agua solo estuviese él consigo mismo. Lejos de sentirse solo o atrapado, abrazó la sensación de paz que le había traído el agua y, por primera vez, se relajó. El miedo que había sentido hasta ahora le había impedido escucharse a sí mismo, pensar en sus deseos y en sus anhelos más profundos. De repente, vio claro que era afortunado por haber caído en el Mundo de las Pesadillas, y aunque no tenía la certeza de que alguna vez pudiese escapar de allí para regresar a su vida normal, cada vez valoraba más las sensaciones que aquella experiencia le estaba proporcionando. También recordó a sus padres, la rabia de los últimos días que había pasado con ellos y cómo se habían despedido.

Lo único que podía percibir era el sonido del agua recorriendo su cuerpo en una profunda conexión espiritual con la naturaleza. De repente, escuchó una voz dulce y cálida que, a través del agua, sonaba como si fuese un eco lejano.

—Hola, almas de la luz. Yo soy Prosperidad. ¿Qué os guía por nuestro sendero? —preguntó la voz.

—Estamos aquí porque necesitamos vuestra ayuda —respondió Shadow. De nuevo, la voz del monstruo llegó a través del líquido que lo envolvía, pero a Jimmy le pareció que sonaba incluso más lejana que la estatua.

—Bienvenidos al Bosque de los Greenslers, yo soy Fortaleza. Jimmy, nos alegramos de que hayas llegado hasta aquí.

El chico estaba embelesado y no podía hacer otra cosa que mirar a un lado y a otro, como un recién nacido descubriendo el mundo.

—Antes de dejarte entrar debemos hacerte una pregunta, saber lo que tienes en tu interior.

Jimmy asintió maravillado, la sensación de paz era enorme, habría entregado su alma a aquellos seres si se lo hubieran pedido.

—¿Es este el lugar donde más deseas estar?

El chico no respondió inmediatamente. Se hizo el silencio. Shadow lo miró.

—No —dijo, y su voz le sonó clara por primera vez, a pesar del murmullo del agua que le envolvía.

Su amigo lo miró alarmado, temiendo que las estatuas no fueran a dejarles pasar. Fortaleza y Prosperidad, sin embargo, sonrieron.

—Lo que más deseo es volver a casa. Lo deseo con toda mi alma. Sé que mi vida no es envidiable, pero hay veces en las que uno tiene que perder las cosas para darse cuenta de cuánto le importan. Y yo no quiero acabar perdiendo nada. —Al decirlo, se percató de que escoger es siempre renunciar y que, si volvía a casa, nunca volvería a ver las maravillas del Mundo de las Pesadillas—. Yo no quiero perder nada, ni de aquí ni de allí —añadió, por si las estatuas querían oírlo.

Shadow sonrió y le puso la mano en el hombro, parecía que su compañero le entendía.

—Puedo ver que tu alma es pura —afirmó Fortaleza.

—Tenéis permiso para adentraros en nuestro mundo —sentenció Prosperidad.

Tras sus palabras, la estatua emitió un suspiro que hizo que las corrientes acuáticas retrocedieran hasta volver a formar las charcas iniciales al pie de la muralla. La ropa de Jimmy y el pelaje de Shadow quedaron completamente secos; parecía que el líquido nunca hubiese tocado sus cuerpos. Entonces la puerta empezó a moverse como si luchase por desencajarse, hasta que un pequeño rayo de luz indicó que aquel portón, al fin, se estaba abriendo para ellos.

Fortaleza y Prosperidad se mantenían firmes ante la entrada de madera, que, una vez abierta, dejó a la vista un frondoso bosque con la variedad de verdes más bonita e inmensa que los ojos humanos de Jimmy habían contemplado en su vida. El mundo de los greenslers les daba la bienvenida.

Anduvieron por un pequeño sendero de arena, estrecho la mayoría del tiempo, que a cada uno de los lados tenía árboles que se alzaban hasta perderse en el cielo. Sus copas eran alargadas y tupidas, aunque dejaban que los rayos de sol se colaran entre sus hojas con formas dispares que no seguían ningún patrón.

Tras lo que a Jimmy le parecieron unos veinte minutos (aunque no podía estar seguro, porque, en aquel mundo, el tiempo tenía sus propias reglas), llegaron a un pequeño círculo de arena que estaba perfectamente delineado por una ristra de árboles espigados, distintos a los demás y en mitad del cual había un árbol chiquitín. Lo que llamó la atención de Jimmy fue ver que los troncos estaban repletos de dibujos tallados, unas siluetas que rodeaban algo parecido a una hoguera. Los dibujos le resultaron familiares, aunque no supo identificarlos con nada.

Cuando Jimmy y Shadow se acercaron, una brisa sopló y erizó la piel del muchacho. Vistos de cerca, aquellos dibujos tenían formas humanas, pero, al igual que Fortaleza y Prosperidad, no tenían caras, sino más bien unos agujeros en lo que parecían ser unas bocas que clamaban al cielo.

Los ojos de Jimmy se posaron sobre el árbol más pequeño, que quedaba justo en el centro del círculo. Sus hojas eran de un verde más vivo que las demás y estaban salpicadas de diminutas flores rojas que le daban un aspecto alegre y vital. Aquel árbol en miniatura destacaba por su belleza y también por la figura que llevaba grabada en su tronco: era la única cuyo cuerpo no estaba decorado con dibujos como los de los demás. Jimmy sintió la necesidad de tocarla y alargó el brazo para pasar la mano por sus surcos.

De pronto, la tierra comenzó a temblar. Primero fue una pequeña sacudida a la que siguieron otras más fuertes, cada vez más seguidas. A su vez, los árboles empezaron a emitir unos sonidos graves que provenían del suelo, como si sus raíces hablaran. Jimmy no pudo evitar sobresaltarse. ¿Qué estaba ocurriendo?

Shadow posó una de sus enormes manos sobre la espalda del muchacho a la vez que le miraba a los ojos.

—Son ellos, los greenslers.

Jimmy se fijó, estupefacto, en lo que le señalaba: las siluetas en los troncos de los árboles comenzaron a moverse y a salir de la madera, como si las ilustraciones de un libro escapasen de sus páginas.

Al principio, al chico le parecieron ramas andantes pero, poco a poco, aquellas criaturas fueron generando una piel un tanto morena de la que resaltaban tatuajes que les ocupaban todo el cuerpo. Jimmy cayó en la cuenta de que llevaban impresos en sus extremidades los mismos dibujos que tenían cuando eran figuras talladas en los troncos. La madera de donde procedían había quedado lisa e intacta, como si allí no hubiese habido jamás un solo surco.

La piel de los greenslers era dura y gruesa, y sus cabelleras eran de color verde, como si del cráneo les naciesen tiras de hierbas que se trenzaban a la altura de la nuca y les caían por encima de los hombros. Algunas hojas adornaban sus cabezas, dando la sensación de que eran una extensión con vida propia del mundo natural que los rodeaba. Sus rostros estaban cubiertos con unas caretas del estilo de las que lucían las estatuas Fortaleza y Prosperidad, aunque a diferencia de aquellas dos, las de los greenslers permitían expresiones faciales como las de los seres humanos.

Y es que, de todos los monstruos con los que se había ido encontrando en las últimas horas, los greenslers eran los que más se parecían a él.

Por lo que se podía deducir de sus escasos ropajes y sus movimientos, todas aquellas criaturas eran machos, a excepción de una de ellos. Su cabellera estaba repleta de flores rojas, las mismas que adornaban la copa, y su trenza era mucho más larga que la de sus semejantes.

El silencio reinó en mitad de aquel paraje natural, y parecía que nadie iba a atreverse a pronunciar una palabra. Jimmy notaba cómo el corazón le latía a mayor velocidad que hacía un rato, pero en ningún momento sintió miedo.

Por fin, la chica greensler se decidió a pasar a la acción. Se acercó poco a poco al centro del círculo donde Jimmy y Shadow estaban encerrados, manteniendo un paso firme que se detuvo al llegar ante el chico. Le miró directamente a los ojos y un escalofrío recorrió la espina dorsal del joven.

Jimmy sostuvo la mirada azulada que se escondía tras la gruesa careta de madera. La intensidad con la que le miraban aquellos ojos le habría resultado incómoda en cualquier otra situación, pero en este instante solo deseaba retirar la careta y descubrir cómo era, en realidad, el rostro que había tras ella. Sin embargo, fue la chica la que actuó primero.

—¿Eres humano? —le preguntó, alargando su mano en el aire.

—Sí... —respondió él con un hilo de voz y sin moverse un centímetro. No sabía si aquello de ser humano sería algo bueno o malo, y por un segundo temió haber metido la pata al confesarse de esa especie.

Sin quitarle los ojos de encima, la chica le agarró la mano con delicadeza y la extendió en el aire, haciendo que la palma quedase orientada hacia ella. Después colocó su mano frente a la de Jimmy, haciendo que ambas palmas quedasen pegadas la una con la otra. Una pequeña descarga eléctrica recorrió el cuerpo del chico.

—¡Increíble! —exclamó por fin la greensler con un tono de emoción—. Soy Linfa, la líder del poblado de los greensler. Te doy la bienvenida, chico humano, a nuestra casa y a nuestro mundo.

Jimmy sintió alivio al ver que la actitud de aquellos seres era completamente pacífica.

—¡Shadow, amigo! ¡Me alegro tanto de verte! Hacía mucho que no nos visitabas... —dijo la líder con una sonrisa de oreja a oreja, mostrando una familiaridad con el monstruo que Jimmy desconocía que existiera. ¿Por qué la voz de Linfa le parecía la más dulce que había escuchado nunca?

—Tanto que no sé ni cómo me recuerdas... ¡Me alegro mucho de volver a veros a todos! Aunque, la verdad, me habría gustado que las circunstancias fuesen más propicias... —respondió Shadow con semblante serio.

—Lo sé, y la Suprema os está esperando. Iremos con ella de inmediato. A todos nos vendrá bien tomar un té.

¿Un té? Jimmy no entendió nada de esas frases cruzadas. ¿En serio habían llegado hasta el Bosque de los Greenslers para tomarse una infusión? Tampoco sabía a qué se referían con lo de «la Suprema», pero no le cupo duda de que enseguida lo averiguaría.

Shadow dio un paso al frente y estrechó sus manazas con las de la líder de los greenslers en señal de agradecimiento. Ella volvió a dedicarle una sonrisa y le habló con un tono lleno de preocupación.

—Son tiempos oscuros, Shadow. Se rumorea que ha vuelto, que está aquí...

La voz pareció quebrársele, y por un instante dio la impresión de que iba a llorar.

—No hay tiempo que perder, Linfa —le dijo el monstruo.

Ella le miró a los ojos y pareció asentir con la mirada. Soltó sus manos, se apartó unos centímetros de ellos, y volvió su espalda para dirigirse a los de su especie.

—¡Greenslers, en marcha!

Linfa sacó un bastón de madera de su espalda con destreza y lo clavó en el

suelo. Aquella rama robusta brillaba como si hubiese sido barnizada, pero su precioso color caoba quedó en un plano secundario cuando de sus extremos emergieron unas raíces verdosas que se iluminaron al llegar al suelo. Se expandieron a la velocidad de la luz y ocuparon el círculo de arena donde estaban Jimmy y Shadow y todo el suelo que pisaban los greenslers.

De la tierra comenzaron a emerger unos seres de barro que caminaban sobre cuatro patas, pero que no tenían rostro. Su estatura era de poco más de un metro, pero sus piernas se veían esbeltas y fibradas. No tenían orejas ni rabo, y Jimmy se quedó unos segundos analizándolos con detenimiento. ¿Era posible que supieran guiarse aun sin tener cara?

Cada uno de los habitantes del bosque subió encima de uno, y Jimmy y Shadow hicieron lo mismo instados por Linfa. Colocados en fila india, se adentraron en el bosque a lomos de aquellos nuevos seres que parecían conocer el camino a la perfección.

El chico volvió a empaparse de todo lo que aparecía ante sus ojos. La vegetación de aquel lugar seguía sorprendiéndole; cada planta con la que se cruzaba tenía algo distintivo que la hacía llamativa. Aquel mundo no solo era distinto, sino que era un paraíso hecho realidad.

La imagen de su madre le vino a la mente. Cómo disfrutaría contemplando aquellas plantas tan bonitas y curiosas, pensó con una punzada en el estómago. El recuerdo de sus padres, y sobre todo de la última conversación que había tenido con ellos, cada vez le pesaba más. Todavía no tenía la certeza de que regresaría a casa, pero hora sabía que quería hacerlo.

Jimmy, ensimismado, iba admirando cada detalle, cada pedazo de roca con la que se cruzaba. Y, de repente, un frenazo seco le sacó de su estado de ensoñación.

Todos los seres de barro sin rostro que transportaban a los greenslers se habían detenido ante el acceso a un túnel subterráneo. Los habitantes que

iban por delante del chico se apartaron a un lado para dejar que Linfa, que capitaneaba aquella expedición hasta el Bosque de los Greenslers, se acercara a su invitado y se situase frente a él.

—¿Preparado para conocer nuestro mundo?

—Supongo que sí... —vaciló.

La chica se giró hacia delante y se perdió en aquel hueco en el suelo. El resto de los seres la imitaron hasta que llegó el turno de Jimmy, quien dejándose llevar por el ser de barro sobre el que cabalgaba, pasó por aquel estrecho conducto que le condujo hasta su nueva parada: la aldea de los greenslers.

Aquel poblado era tan hermoso como peculiar. La aldea se encontraba incrustada en la montaña, de modo que extensas arboledas y enormes extensiones de vegetación enmarcaban todas y cada una de las edificaciones que la conformaban. Un sinfín de escaleras de madera, colocadas en diversas ramas y a distintos niveles, permitía desplazarse de un árbol a otro para acceder a las casas, como si fuesen las calles del pueblo. También las había que comunicaban las copas con zonas de la montaña donde se edificaban las casas más elevadas del poblado.

Jimmy se fijó en que la parte superior de algunos árboles no contenía techos de madera, sino que estaban despobladas y parecían terrazas naturales en las que los adornos y las chimeneas humeantes no faltaban.

Algunos habitantes se afanaban en colocar coloridas flores alrededor de las ramas más robustas, mientras que otros cubrían de pétalos la tierra que rodeaba los troncos de los árboles. Un sector bastante numeroso de greenslers estaba enfrascado en tareas de carpintería, tallando todo tipo de figuras y utensilios con formas que parecían fusionarse con aquel entorno natural, a la

vez que un grupo más reducido manipulaba enormes trozos de tela con alguna finalidad que Jimmy desconocía.

—Bienvenidos a la aldea de los greenslers —dijo Linfa a sus dos invitados—. Enseguida avisaré a la Suprema de que ya estamos todos aquí, pero antes será mejor que os lleve a vuestra habitación para que podáis descansar un rato. ¿Necesitáis que os ayude con algo?

—No te preocupes. Nos acomodaremos y esperaremos indicaciones para ir a tomar el té —respondió Shadow en nombre de los dos.

Cuando Linfa se hubo alejado unos metros a lomos de su animal, Jimmy se volvió hacia donde estaba su amigo y le susurró cerca de la oreja derecha:

—¿Por qué hay tanto movimiento?

Lo que no esperaba era que la líder greensler oyera su pregunta y retrocediera para darle una respuesta.

—Hoy es la noche Hyggelig, nuestra fiesta más especial, porque celebramos el privilegio de la vida. Por supuesto, estáis invitados —dijo con un tono pícaro, y acto seguido se dio la vuelta y se alejó con su trenza moviéndose de un lado a otro.

—¿Una fiesta? —preguntó Jimmy con los ojos abiertos. Nunca había sido invitado a ninguna, así que, oficialmente, aquella sería su primera fiesta.

—¡Y una de las buenas! —rio Shadow—. Hyggelig es una noche muy especial. Entre otras cosas, los greenslers prenden una hoguera donde queman todo aquello que les ha hecho daño en los últimos tiempos. Es un ritual que celebran desde el principio de los tiempos, y para ellos tiene un valor sagrado.

Jimmy asintió con la cabeza; una sensación desconocida, que casi se atrevería a llamar alegría, se había empezado a apoderar de su cuerpo. La idea de asistir a una fiesta, ya de por sí, era algo divertido, pero hacerlo en aquellas condiciones y en un lugar tan especial como aquel era algo que

seguro que no olvidaría en su vida. Por fin, desde hacía mucho tiempo, se sentía emocionado.

—¡Por aquí, chicos! —exclamó Linfa a la vez que descendía de su animal.

Jimmy y Shadow hicieron lo mismo, aunque un ruido gutural hizo que el chico se diera la vuelta para ver qué ocurría tras él. El ser de barro que le había trasladado hasta la aldea de los greenslers se estaba partiendo en pedazos que se deshacían y acababan fundidos con la tierra. Lo mismo ocurrió con todos aquellos seres sin rostro que les habían llevado hasta allí, y Jimmy no pudo evitar sentir un poco de lástima por la suerte de aquellos bichejos.

Linfa, Shadow y Jimmy subieron por unas escaleras en forma de caracol que les llevaron hacia lo más alto de uno de los árboles. Coronando la espesa copa, había una bonita casa de madera rodeada por una terraza desde la que se divisaba toda la aldea. De hecho, era una de las edificaciones de mayor altura, y desde allí se podía disfrutar del paisaje bajo el azulado manto del cielo.

—Vendremos a buscaros en un rato, así que poneos cómodos. Tenéis ropa limpia y un par de snudels. ¡Recordad llevarlos para tomar el té! —dijo Linfa, guiñando un ojo y empezando el descenso por la escalinata que acababan de subir.

La chica desapareció en un santiamén, y Jimmy y Shadow se quedaron solos en aquel habitáculo rupestre.

—¿Snudels? —repitió el chico con cara de extrañeza ante esa palabra nueva. Pero su curiosidad pasó a un segundo plano cuando abrió la puerta de la que sería, durante unas cuantas horas, su nueva habitación.

La vivienda estaba dentro del tronco del árbol y era uno de los lugares más acogedores que había visto jamás. Tenía un baño a la derecha y un pequeño

pasillo con un cuadro colgado de la pared. El lienzo estaba en blanco; tuvo que acercarse para comprobar que realmente no había nada dibujado en él.

En la zona de la izquierda había dos huecos, como unas cuevas en la profundidad del tronco, que albergaban dos lechos que, dedujo, serían sus camas. Parecían estar hechas de un pelo suave y calentito, y Jimmy sintió unas ganas inmensas de tumbarse y dormir todo lo que su cuerpo necesitara. Se acomodó en una de las camas y empezó a notar cómo los músculos se le aflojaban y la conciencia le abandonaba, pero cuando ya estaba a punto de cerrar los ojos, un pequeño chapoteo lo despertó. Al lado del cabezal, una mano esculpida en la madera sostenía un vaso con agua, y en su interior había algo que se movía y chapoteaba, aunque no identificó qué era. El hueco era oscuro y apenas entraba luz, así que estiró el cuello lo máximo que pudo para ver qué era lo que se movía dentro del recipiente.

—Respondiendo a tu pregunta, eso es un snudel —intervino Shadow, que estaba tras él—. Concretamente, ese es tu snudel, así que ya lo puedes coger.

—¿Cómo que lo puedo coger?

—Estos seres diminutos tan solo nacen en el Bosque de los Greenslers y se consideran criaturas sagradas porque se dedican a obrar el bien. La verdad es que son difíciles de encontrar, pero cuando un snudel se une a ti, lo hace para siempre, y estés donde estés, y vayas donde vayas, él siempre esperará a que vuelvas. Ahí donde los ves, son tremendamente poderosos...

Jimmy cogió el vaso de la garra de madera que había junto a su cama y lo sacó con inmensa curiosidad para ver cómo era su snudel. Se trataba de una bola totalmente cubierta de pelo negro con dos ojos enormes en medio de la cara. Su expresión era tan adorable que daban ganas de estrujarla, aunque Jimmy se contuvo de hacerlo por miedo a matarla. Tal como le explicó Shadow, vivían en el agua, ya que fuera del agua su vida duraba poco menos de un minuto. Esa bolita negra que flotaba lo estaba mirando fijamente a los

ojos a través del vaso, a la vez que emitía un sonido. Algo semejante a «Bluur, bluur». Parecía sonreír, aunque aquello no era más que una ilusión óptica porque los snudels carecían de boca. Jimmy lo miró fijamente y sus ojos se encontraron con los del animalito. Sintió como si una suave brisa le soplase justo en la nuca, una sensación placentera y reconfortante que le hizo sentir muy bien.

Parecía mentira, pero cada vez se encontraba más a gusto en aquel mundo donde cualquier cosa podía pasar. Todo lo que había visto hasta ahora era fascinante, y aunque sabía que había un peligro que acechaba y que tenía un claro interés por llegar hasta él, ya no sentía tanto miedo como antes. Se encontraba bien, mejor que nunca, muchísimo mejor que en aquella casa de Galicia donde nadie le hacía caso.

Después de conocer su nuevo cuarto, llegó la hora de lavarse y cambiarse. Jimmy dejó sus prendas de humano para probarse las ropas que le habían dejado y que tenían los colores del bosque. El pantalón era color tierra mientras que la camisa, demasiado holgada para su gusto, era verdosa y llevaba unos dibujos dorados bordados en los puños y en el ribete del cuello. Se esmeró peinándose, ya que quería estar presentable para el que sería su primer evento social. Y teniendo en cuenta el largo viaje que llevaba a sus espaldas y los percances que había sufrido por el camino, más que un chico de dieciséis años parecía un trapo sucio.

Cuando estuvo listo, llamó a Shadow, quien estaba en la terraza de la copa del árbol disfrutando de las vistas del poblado. El monstruo entró en el baño con intención de asearse, tal como había hecho Jimmy, y de ponerse los ropajes que sus anfitriones le habían prestado. En su caso, además le habían proporcionado un cinturón dorado que llevaba las iniciales GS grabadas en la hebilla, las mismas que había en el portal de entrada al Bosque de los Greenslers.

De repente, Jimmy comenzó a reír de forma histriónica con unas carcajadas exageradamente sonoras. No podía creerse lo que estaba viendo.

—¿Va todo bien? —preguntó a gritos Shadow, quien seguía encerrado en el baño con su rutina de aseo.

Las risas siguieron, cada vez más sonoras, y el monstruo volvió a gritar, esta vez en un tono más elevado.

—Jimmy, ¿de qué te ríes? —preguntó con cierto mosqueo en la voz.

El chico contuvo las carcajadas y por fin le respondió.

—¿Qué estás haciendo, Shadow? —le dijo, haciendo verdaderos esfuerzos para poder vocalizar.

—¡Vistiéndome! ¿Qué voy a hacer? —comentó él, un tanto molesto.

Sonó la cisterna del baño y cuando salió para ver qué sucedía, se quedó boquiabierto. En el lienzo blanco que había colgado en el pasillo de la estancia, la figura de Shadow se había dibujado sola, como por arte de magia. Estaba sentado en el retrete, justo como había estado hacía unos segundos. De eso se había estado riendo Jimmy todo ese rato.

—¿Qué demonios es esto?! —preguntó sonrojado.

El chico seguía riéndose de una forma tan espontánea que el monstruo acabó contagiado por sus carcajadas.

—¡Qué graciosos son estos greenslers! —exclamó Shadow, que ya no parecía en absoluto enfadado. Eso sí, cogió el lienzo transformado en cuadro y lo dejó boca abajo sobre la mesa con forma de media luna. Justo en ese momento llamaron a la puerta de su habitación.

—¡Chicos! La Suprema ya os espera, ¿estáis listos? —gritó Linfa desde el otro lado de la puerta.

—Medio minuto y estamos —respondió Shadow mientras se colocaba bien el cinturón.

Había llegado la hora de seguir el camino. Cada uno de ellos agarró su

vaso de agua con su correspondiente snudel y se dispusieron a salir al exterior. Linfa y cuatro greenslers los esperaban en la terraza del árbol, y juntos emprendieron la marcha. Bajaron la enorme escalera que había fuera del árbol, desde donde vieron que en una gran plaza de arena y hierba ya estaban preparando la hoguera que habría de arder esa noche.

A Jimmy se le erizó el vello al imaginar cómo sería la ceremonia a la que le habían invitado, y cuando giró la cabeza para ver si Shadow también estaba mirando hacia la plaza, se encontró con los ojos azules de Linfa clavados en él. Aquella mirada inesperada hizo que resbalara en uno de los peldaños y se cayera de culo. Por fortuna, el golpe fue tan leve que ninguno de los cuatro greenslers que los acompañaban se dio cuenta, pero, desgraciadamente, Linfa sí.

Shadow sonrió al notar que la cara del chico se había puesto roja como la grana.

—¿Dónde vamos? —preguntó Jimmy como si tal cosa, intentando que Linfa no comentara nada acerca de su caída.

—A ver a la Suprema, a la señora Spuge. ¿Te han hablado de ella?

—No, la verdad es que no...

—¿Como que no? —repuso con sorpresa, mirando a Shadow—. La señora Spuge es la dueña de la tetería de los greenslers, un lugar de reunión que es muy, muy especial. Ella os ayudará a encontrar respuestas a vuestras preguntas.

—¿Sobre Ghoul? —dijo Jimmy, queriendo demostrarle que sabía de su existencia. Los snudels se revolviéron incómodos en sus vasos.

—¡¡¡Chiss!!! No digas ese nombre, por favor. Solo con escucharlo se me eriza la piel —le reprendió ella.

Jimmy ni siquiera sabía qué aspecto tenía Ghoul, pero era evidente que infundía miedo a todos con tan solo nombrarlo.

La tetería de la señora Spuge

Atravesaron senderos cuesta arriba, con tramos bastante difíciles de transitar debido a la densa vegetación. Linfa, en su papel de líder, iba allanando el camino gracias a su bastón mágico, lo que le confería un aire de poder que tenía a Jimmy asombrado.

Llevaban un buen rato de ruta cuando, de repente, el chico oyó su nombre en susurros.

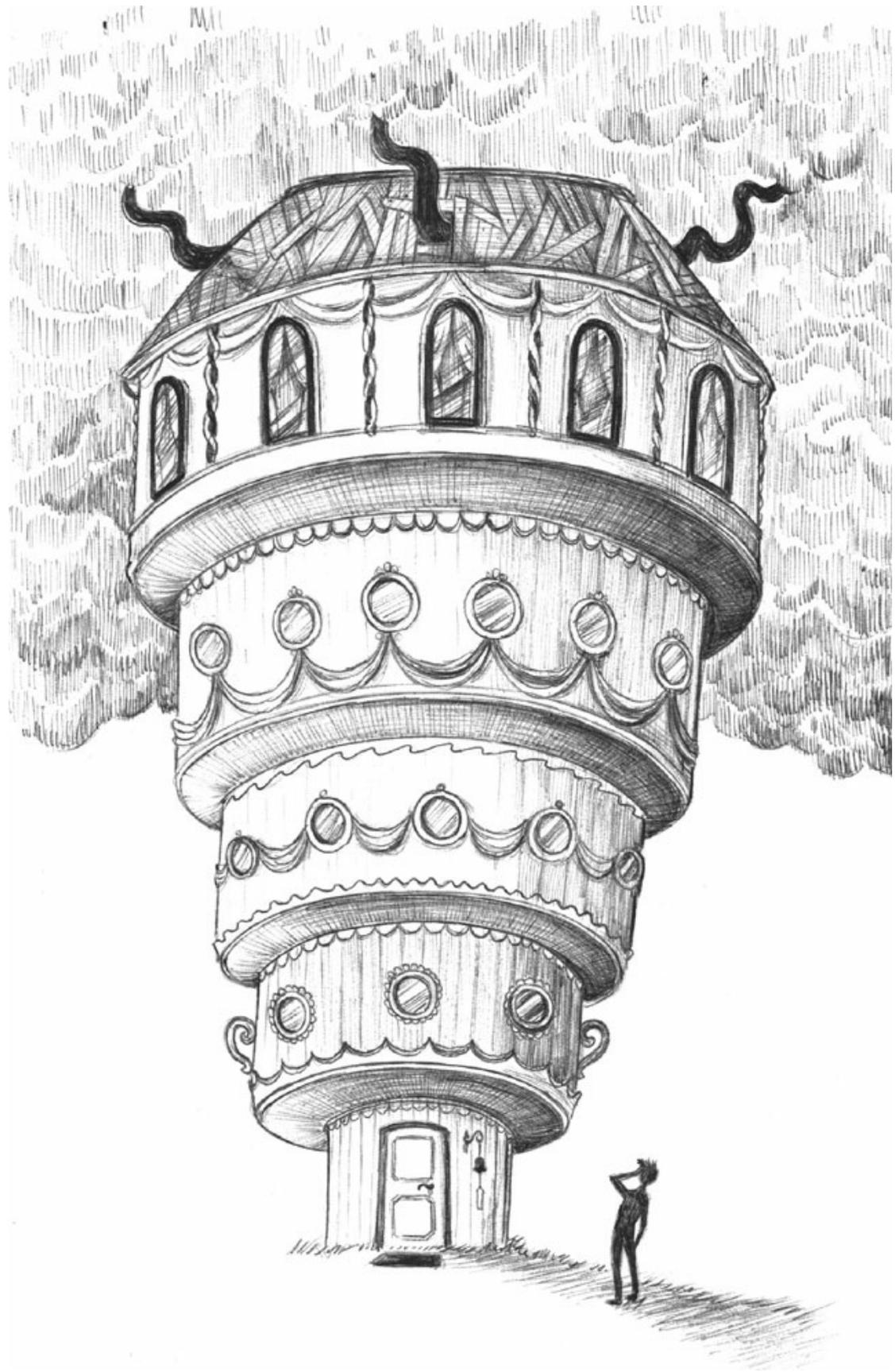
—¿Me has llamado? —le preguntó a Shadow, pero el monstruo simplemente negó con la cabeza, sorprendido.

El muchacho miró a su alrededor, pero no le pareció que nadie de los presentes lo hubiese llamado. Decidió que posiblemente se lo había imaginado y siguió andando con cuidado de no resbalar de nuevo.

Al llegar a la cima del monte donde estaba construida la tetería de la señora Spuge, Jimmy volvió a darse cuenta de que, a pesar de todo lo que había visto, ese mundo todavía conseguía sorprenderle. Esa edificación desafiaba por completo la teoría de la relatividad: estaba construida del revés.

Se trataba de una casa de cinco pisos que se iba ensanchando a medida que ascendían. El primero, que actuaba como base de toda la construcción, tenía

el ancho de la puerta, sin más. El piso de encima era mucho más amplio, y así sucesivamente, como si aquello fuese una tarta de bodas colocada boca abajo.



Como casi todo en el Bosque de los Greenslers, era de madera, pero las paredes eran rosas y la puerta, amarilla. No obstante, a Jimmy le pareció que no habían sido pintadas, sino que ese era el tono natural del material del que estaban hechas. El último piso de la tetería tenía unas vidrieras imponentes, llenas de colores y de formas que desde allí abajo no alcanzaba a distinguir.

Lo más peculiar de todo eran tres chimeneas que se entrelazaban serpenteando, saltándose todas las normas arquitectónicas establecidas en el mundo real. El tejado estaba hecho de tablones mal colocados, y de cada una de aquellas chimeneas salía expulsado un humo multicolor.

El vaso que contenía el snudel de Jimmy comenzó a temblar.

—Está contento porque ya estamos en la tetería. Este es su lugar favorito —le explicó Shadow.

Efectivamente, el snudel se agitaba de la emoción: sus ojos se pusieron bizcos y los espasmos de su cuerpo se alternaron con los sonidos agudos de su risa pícara.

Una vez situados frente a la puerta amarilla, tocaron un timbre con forma de campana que, en vez de ruido, provocó un pequeño temblor en las paredes del local. Acto seguido, la puerta se abrió, pero tras ella no había nadie.

Toda la comitiva, liderada por Linfa, cogió un papel en blanco que había junto a la campanita de los temblores y atravesaron la puerta amarilla para llegar hasta una sala de estar. Jimmy no sabía a qué obedecía ese ritual, pero, en vez de preguntarlo, les imitó y entró en la vivienda con su hoja en la mano. Un mueble amarillo de diseño victoriano presidía aquella estancia inicial, y sobre él reposaba un enorme espejo con los marcos del mismo color. Cuando Jimmy vio su reflejo frente en él, se quedó paralizado. Su cara estaba completamente pálida, como si le hubiesen maquillado con polvos de arroz y sus ojeras parecían dos manchas ennegrecidas debajo de sus ojos.

—No te preocupes, Jimmy —le dijo Shadow, poniéndole la mano sobre el

hombro—. Encontraremos la forma de detener la transformación.

Un dolor agudo en el estómago le hizo encogerse. Desde que había entrado en el Bosque de los Greenslers, el chico había olvidado que su cuerpo estaba metamorfoseándose y que, en cuestión de unas horas más, se convertiría en un verdadero monstruo.

Interiores ocultos

—No pongas esa cara —dijo Linfa con su cándida voz—. Sigues viéndote muy guapo.

Un olor delicioso, proveniente del piso de arriba, llegó hasta los presentes. La líder de los greenslers subió la veintena de peldaños que tenía ante sí y todos, como venía siendo normal, la siguieron sin rechistar. Una vez ascendido el tramo de escalones, se encontraron con una humareda azulada que salía de debajo de una puerta al final de un largo pasillo rosa. Y, por fin, en el momento en que todos tenían sus ojos puestos en aquella puerta, esta se abrió y apareció la señora Spuge.

—Santa monstruosidad. ¡Qué barbaridad! —exclamó entre alaridos, dando manotazos al aire para disipar la humareda azul que ella misma había generado.

Cerró la puerta tras de sí y se quedó observando al grupo que la aguardaba en la otra punta del pasillo. Sus gritos se escuchaban como un eco a lo largo de ese pasadizo al final del cual se veía su figura diminuta.

—¡Queridos amigooos! —gritó de nuevo—. Se me fue la mano con el té —explicó, riendo nerviosa.

—Ahí está, la señora Spuge... Tan auténtica como siempre —comentó

Shadow con un retintín en la voz que Jimmy no le había oído antes.

Linha emprendió decidida el camino por el pasillo y todos la siguieron. Jimmy intentaba ver con claridad los rasgos de la misteriosa señora Spuge, pero los greenslers que iban delante de él le tapaban la visión. Tuvo que esperar a llegar al final del pasillo para poder ver su rostro con mayor claridad.

La señora Spuge era, a priori, parecida a cualquier abuela humana, con el pelo blanco peinado en ondas y un moño exageradamente cardado. Sus ojos grises eran diminutos, mientras que sus labios eran carnosos y tintados de un rosa bastante chillón. Y es que el estilo de la Suprema, como los demás se referían a ella, era de lo más peculiar. La bata color grana que le cubría el cuerpo no era nada en comparación con la falda de pedrería que asomaba por debajo. Pero lo que le otorgaba un aspecto totalmente surrealista era una boa de plumas rosa que brillaba cada vez que la señora Spuge se movía. Desde luego, aquella mujer no podía pasar desapercibida por mucho que lo intentase.

—Pasad, pasado, ya sabéis el camino —le dijo al grupo mientras hacía un gesto con el brazo para que entraran a la estancia de donde salía el humo azul. Uno a uno, los visitantes fueron pasando por la puerta, hasta que le tocó el turno a Jimmy, a quien Shadow custodiaba las espaldas como venía siendo ya costumbre. La mujer hizo un gesto con la mano para que el chico se detuviera antes de cruzar el umbral.

—Me alegro de verla, señora Spuge, sigue usted tan resplandeciente como siempre —saludó el monstruo con una intención demasiado descarada.

—¿Cómo estás, querido? Yo también me alegro de verte —respondió ella sin mantener el trato de usted—. Menos mal que habéis llegado, os estaba esperando ansiosa. ¿Cómo estás, Jimmy? Es un placer conocerte.

—Ah... Gracias, señora... Encantado también —contestó él, un tanto

incómodo por el intercambio de saludos algo tenso entre aquella mujer y su amigo Shadow. ¿Acaso se llevaban mal?

La señora Spuge hizo un ademán para que pasaran a una sala a través de la cual llegaron a un gran salón. Algunos restos de humo azul se habían colado en la estancia, pero se podía ver con claridad la inmensidad de aquel espacio. Se trataba de una sala de forma redondeada con diversas cortinas repartidas a su alrededor, que hacían juego con el tono de la boa de la señora Spuge. Seguro que no era casualidad.

Los ojos de Jimmy se fueron directos a las paredes del salón circular. Decenas de cuadros las decoraban, y en la mayoría de ellos aparecía la señora Spuge junto a hombres y mujeres de todo tipo. De repente, el chico distinguió una cara conocida en aquellas fotografías. ¡Galiz! El último guardián del Mundo de las Pesadillas también había estado en ese lugar, a saber en qué momento de su vida.

El techo del salón tenía un tragaluz de las mismas dimensiones de la gran mesa de madera que se encontraba en el centro. Las sillas, por el contrario, eran pequeñas y estaban distribuidas a su alrededor.

Un movimiento inesperado sorprendió a Jimmy. Su snudel había comenzado a moverse y su color estaba cambiando. Los snudels del resto de los seres hicieron lo mismo, pasando del rojo al azul y del verde al amarillo varias veces por segundo. Finalmente, cada uno de aquellos bichitos peludos se quedó con un color definitivo, todos distintos los unos de los otros. Entonces las sillas que rodeaban la enorme mesa también empezaron a variar su tonalidad, hasta que cada una de ellas se quedó con un tono fijo.

—Jimmy, debes tomar asiento en la silla del color de tu snudel —le dijo Shadow al oído.

—¡Cómo te gusta tu rol de perro milenario, ¿eh, amigo?! —le soltó la señora Spuge con algo de sorna. Shadow la miró achinando los ojos, pero no

le respondió y tomó asiento en el lugar que su snudel le había indicado: la silla color azul.

Jimmy los miró a los dos, a Shadow y a la señora Spuge, intentando entender si aquellas tiranteces eran producto de la confianza o de alguna enemistad, pero no logró llegar a ninguna conclusión.

Ella, como buena anfitriona, ocupó el lugar que presidía la mesa y que tenía una silla distinta a las demás: una butaca semejante a un trono, acolchada y voluminosa, tapizada con unas telas rosáceas con incrustaciones de piedras de colores. Todo era muy del estilo de aquella mujer, en realidad. Dio un par de chasquidos con los dedos y la mesa, movida por algo que tan solo podía ser magia, se elevó hasta lo alto del techo. Un instante después, las sillas, con sus ocupantes encima, hicieron lo mismo y ascendieron hacia el tragaluz por el que se filtraba la claridad exterior. ¡Estaban volando!

Los pies les colgaban como si fuesen niños pequeños sentados en los asientos de un tren. Jimmy se había agarrado instintivamente a los bordes de su silla, aunque el ascenso había sido a buen ritmo y sin titubeos. Cuando las sillas se detuvieron alrededor de la mesa, el chico se dio cuenta de dónde estaban. Habían subido hasta la parte alta de la casa, y ahora estaba rodeado por las llamativas vidrieras que había visto desde el exterior. Aquel era un espacio mucho mayor de lo que parecía desde fuera, como el salón de baile de un palacio renacentista. Jimmy no se atrevió a bajar la vista para calcular la distancia a la que estaba del suelo.

—¡Bueno, queridos amigos! —dijo al fin la señora Spuge, sacándole de su asombro—. Ha llegado la hora de tomar el té. Hoy tenemos con nosotros a un invitado muy especial, nada más y nada menos que al humano Jimmy Mortimer.

El chico sintió que su snudel y él se mimetizaban, adquiriendo ambos un vivo color rojo. Saberse el centro de atención le puso nervioso, más aún

delante de Linfa. Hacía rato que la líder de los greenslers no le dirigía la palabra, pero ni por un momento había dejado de notar su presencia. La voz de la señora Spuge le hizo volver a centrarse en la mesa y en los invitados.

—El asunto que nos trae a reunirnos hoy es algo que nos concierne a todos, y que debemos resolver de inmediato. Ese es el motivo por el que estás aquí, Jimmy —le dijo directamente al chico con tono suave, pero firme—. ¿Servimos el té?

Todos los presentes sacaron el papel blanco que habían cogido en la entrada de la tetería y lo colocaron sobre la mesa. Jimmy entendió que debía hacer lo mismo, así que lo extrajo del bolsillo interior que había en su camisa, y se quedó estupefacto al comprobar que no se había arrugado ni un solo milímetro.

La señora Spuge introdujo la mano dentro del batín y sacó unas cucharillas tremendamente largas, tanto que parecían varitas mágicas. Repartió una a cada uno de los presentes sin seguir un orden lógico, sino más bien movida por impulsos. Cuando todos tuvieron su cucharilla entre sus dedos, la apoyaron sobre el papel y empezaron a dibujar unas tazas. Jimmy miraba cómo su mano se movía sola, sin obedecerle, como si estuviera poseída. Era como si la tinta bajase por el largo mango de los utensilios a toda potencia, haciendo que cada mano pintara su recipiente sin titubear.

Cuando todos tuvieron listo su dibujo, los folios fueron absorbidos por la mesa con un sonido parecido a un «Glup». Al instante, en el mismo lugar donde antes estaban las hojas, aparecieron las tazas que cada uno de los presentes había creado con sus manos.

Como cada una salió a imagen y semejanza de su boceto, las creaciones eran un tanto extrañas, y algunas distaban mucho de parecer auténticas tazas. Una de ellas, dibujada por uno de los greenslers, parecía una pirámide del revés, lo que hacía casi imposible que pudiese quedar firme sobre la mesa.

Sus compañeros también optaron por formas geométricas un tanto desequilibradas, dando como resultado unas tazas bastante feas. La de Shadow era como el torreón de un castillo, larga y delgada, y con cuatro asas a cada lado, una por pezuña. Y la de Linfa era redondeada, con unas pequeñas tiras que le caían de los bordes por donde debía sorber. La más bonita fue, sin duda, la de Jimmy. Acostumbrado como estaba a garabatear en su libreta, y haciendo uso de la mano humana que aún le quedaba, pudo dibujar una taza que, una vez materializada, era digna de admirar. Algo estirada y con cortes angulosos, su recipiente era lo bastante amplio como para contener buena parte de líquido. El tallo era fino, de unos cinco centímetros de largo, y su base redondeada tenía los bordes en forma de onda. La señora Spuge le miró con aprobación. Aquella taza era una preciosidad.

Pero las sorpresas aún no habían acabado. Los snudels empezaron a dar vueltas sobre sí mismos, como si entrasen en un proceso de centrifugado con el que obtuvieron la propulsión necesaria para salir volando del vaso de agua donde estaban. Cayeron en las tazas, que estaban llenas hasta arriba de agua hirviendo. Sus risitas y sus grititos de satisfacción se mezclaron e invadieron la sala, a la vez que se dejaron mecer por el agua de un lado a otro. Humaredas de colores salían de cada tacita, haciendo que el ambiente se volviese cálido y multicolor.

—Jimmy, querido, ¿podrías hacer los honores?

La señora Spuge tenía la habilidad de hablar cada vez que el chico estaba perdido en sus pensamientos, alucinando con alguna cosa sorprendente que acabara de ocurrir. Por eso, al oír su nombre, dio un bote en la silla, que se tambaleó de un lado al otro, aún suspendida en el aire.

—¡Vamos, no seas tímido! ¡Dale un buen susto a tu snudel! —Y le indicó con una mano que se acercase la taza a la boca.

—Bastará con que le susurres un pequeño «bu» —explicó Shadow ante la

cara de estupefacción de Jimmy.

Parecía que la señora Spuge obviara que el chico era un recién llegado y que no conocía nada de aquel mundo. Jimmy acercó la cara al borde de la taza, miró fijamente a su snudel flotante y separó un poco los labios.

—¡Bu!

La reacción a aquel sonido fue tan exagerada que pensó por un segundo que lo había hecho mal. La taza salió disparada por los aires mientras unos quejidos que amenazaban con convertirse en llanto resonaban en su interior. ¿Por qué lloraba su snudel? Cuando la taza volvió a sus manos, observó que el bichito temblaba y que, a los pocos segundos, desaparecía; ahora solo había un líquido negro. Jimmy estaba seguro de que acababa de matar a ese snudel tan adorable.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alterado.

—¡Tranquilo, no sufras! Tu snudel sigue ahí dentro, justo en el fondo de la taza. Estaba infundando tus pensamientos y tus sentimientos. Ahora tienes que sacarlo con cuidado y echarlo de nuevo en su vaso. Tu té está listo para que lo degustes, será del color de tu corazón —le dijo orgullosa la señora Spuge.

Aquello sonaba muy poético, pero a Jimmy se le revolvió el estómago solo de pensar que tenía que beber el líquido donde había estado nadando el bichejo. Por muy mono que le pareciese, le daba asco pasar por aquel trance. Seguramente, su rostro así lo reflejó, ya que esta vez volvió a recibir indicaciones, pero no fue la señora Spuge la que le habló, fue Linfa.

—Parece raro, pero está riquísimo, te lo prometo. Dale un sorbito, y ya verás...

Jimmy se dejó envolver por la voz de la líder greensler, agarró la taza por el asa y se dispuso a acercársela a los labios.

—¡Alto, alto! —gritó la señora Spuge como poseída por el diablo.

El chico frenó en seco el trayecto de su mano hacia la boca, y unas gotitas de té negro se derramaron en la mesa. Como si tuviesen un resorte adherido a ellas, las gotas rebotaron en la superficie y volvieron a introducirse en la taza.

—Linha, querida, ¿podrías unirte a Jimmy en esta experiencia cargada de teína?

Los ojos de la chica se abrieron desmesuradamente, sobresaltada por lo que le acababan de pedir. Su careta mostró una expresión de interrogante, y siguió en la misma postura esperando a que la señora Spuge cambiara de idea y le diera una contraorden. Por su parte, Jimmy inclinó el torso hacia Shadow y le preguntó qué era lo que pasaba.

—Confía en la señora Spuge, Jimmy. Bébetelo cuando ella te lo diga.

—¡Vamos, chicos, que es para hoy! —les animó la mujer, que no dejaba de hacer y decir cosas raras.

Linha y Jimmy agarraron sus tazas mientras la señora Spuge los observaba con una sonrisa en los labios. Ambos se miraron y bebieron todo el delicioso líquido, un té con un sabor exquisito que el muchacho no supo comparar con ninguna otra infusión que hubiese probado jamás. Y, de repente, todo se esfumó.

Jimmy estaba en la más completa oscuridad. No hacía ni frío ni calor, y se sintió completamente perdido. No veía ni encontraba nada a su alrededor: ni la silla, ni la mesa. Nada. Tenía la sensación de estar flotando en un agujero negro donde no había ni un mísero punto de luz. ¿Estaría muerto por culpa del té? ¿Lo que había dentro de él era tan horroroso que lo había matado?

De repente, una luz tenue alumbró a Linha en mitad de aquella nada. Estaba frente a Jimmy, quieta, con los ojos cerrados y la expresión relajada. Poco a poco, la líder greensler fue transformando su rostro hasta adoptar el aspecto de una humana. ¿Qué le estaba pasando?

La contempló casi sin pestañear, alucinado por la belleza de aquella chica.

Ante el cuerpo de Linfa empezaron a proyectarse unas imágenes traslúcidas en las que él pudo verla en diversos momentos de su vida: riendo mientras bailaba entre los árboles, dirigiendo a un grupo de greenslers en mitad del bosque, recogiendo flores para adornar su pelo... y llorando desconsoladamente escondida en el tronco que le hacía de cama. Y de repente Jimmy lo supo. Sintió como si los recuerdos de Linfa penetraran en su mente para dar explicación a los lloros tan viscerales. Quería ser humana.

Eso era lo que impedía que fuese feliz por completo, ya que su gran sueño era convertirse en una persona como él. Jimmy notó que su estómago se revolvía y sus latidos se aceleraban. Sentía un deseo intenso de tocarla, de acariciarle el rostro y secar las lágrimas que enturbiaban la mirada más bonita que había visto nunca. Ojalá supiera qué hacer para ayudarla y conseguir que se sintiera mejor.

Lo que Jimmy no sabía era que Linfa estaba viendo, en ese preciso momento, lo mismo que él estaba viendo de ella: su interior.

La líder greensler contempló al chico rodeado de oscuridad. Su alma era pura, pero estaba envuelta en un inmenso vacío negro. Sintió su soledad, su desdicha, el odio hacia sus padres y hacia la vida que tenía. Se sentía tan desamparado, tan solo... ¡Cuánto dolor!

La greensler sintió mucha pena por Jimmy y por esa falta de amor que él sentía tan real. ¿Cómo podía sentirse así de apenado? Linfa solo tuvo ganas de abrazarlo, de consolarlo y hacerle ver que el mundo no era un lugar hostil en el que vivir. El mundo era un sitio maravilloso, tan solo tenía que aprender a mirarlo bien.

También cayó en la cuenta de lo especial que era Jimmy. No cabía duda de que el aura que lo envolvía y la luz que desprendía su alma era la que se

necesitaba para ser el guardián del Mundo de las Pesadillas. Jimmy era el elegido, y nadie más que él podía ocupar ese lugar. Solo faltaba que él mismo descubriera el valor y la valentía que tenía escondidos en el fondo de su alma.

—¡Queridos, queridoos!

La voz de la señora Spuge les devolvió a la realidad de una forma muy brusca.

—¿Cómo ha ido? No me negaréis que la conexión ha sido... ¡sublime! —dijo la mujer con una alegría exagerada que hizo que Jimmy sintiera ganas de salir corriendo.

El chico miró a Shadow, luego a la señora Spuge y, por último, a Linfa. Sus ojos se encontraron con los de ella, que volvían a estar ocultos tras la máscara de madera.

El silencio reinó en la sala, como si Jimmy y Linfa necesitasen unos segundos para volver a situar sus mentes. Pero esa calma respetuosa duró poco, porque la señora Spuge volvió a alzar la voz para proseguir con la charla que les había llevado hasta allí.

—Ha llegado la hora, queridos. Agarraos todos de las manos y mantened el círculo de la mesa. Jimmy y Shadow, ocupad vuestro lugar.

El monstruo se encaramó encima de la mesa y tendió una mano a su amigo para que le acompañara hasta el centro. Para sorpresa de Jimmy, la señora Spuge se unió a ellos, no sin antes lanzar los zapatos rosa de tacón volando por los aires. Tenían tanta purpurina que al chico le entró un poco en los ojos y se vio obligado a frotárselos con el dorso de la mano.

—Queridos míos, tenemos una tarea complicada. Una tarea que puede ser difícil, un camino que puede ser costoso. Pero sé que puedo confiar en vosotros —dijo la mujer con total solemnidad.

¿Era posible que estuviese hablando sin mover la boca? Desde luego que sí. La voz prosiguió.

—Jimmy, eres el elegido para sustituir al señor Galiz. Él era sabio, poderoso, uno de los mejores guardianes que ha habido y una de las personas más nobles que jamás he conocido. Cuando llegó aquí, era tan jovencito como tú, tenía sus miedos, su dolor oculto, igual que tú.

El muchacho tragó saliva. ¿Cómo sabía cómo se sentía por dentro?

—Él era un alma blanca, un ser de luz, igual que lo eres tú. Pero había sido un alma negra, también, como lo has sido tú. Los guardianes solo pueden ser personas muy especiales, personas que han sentido lo peor de los dos mundos, la oscuridad y la rabia y el miedo, pero también la luz, la energía, la bondad. Personas que han estado en el vértice, pero que han decidido dar un paso adelante y escoger la luz. Solo ellos, que conocen los dos mundos, pueden caminar por ambos. Pero, por desgracia, también hay almas que son solo oscuras, Jimmy, y esos seres malignos han puesto su mirada en ti. Ghoul te está buscando.

Esa era una información que Jimmy ya sabía, pero al escucharla decir de esa manera y con tal solemnidad, entendió que se trataba de un asunto muy, muy serio.

—Ghoul te busca porque ha detectado que hay oscuridad en ti y, si la consigue, podrá salir del inframundo. Y eso es algo que no puede ocurrir. Bajo ningún concepto.

A Jimmy se le aceleró el corazón. La tranquilidad que había sentido en el Bosque de los Greenslers se había esfumado por completo y el rumbo que estaba tomando esa reunión no le gustaba nada...

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó, armándose de valor.

—Quiere el pedazo de llave que tienes en tu poder, la que encontraste en el jardín del señor Galiz gracias a la ayuda de Shadow.

Instintivamente, Jimmy dirigió una dura mirada a su amigo, un gesto que la señora Spuge detectó al instante.

—Oh, no, querido... Shadow no tiene la culpa. Al contrario: fue él quien te eligió. Él vio tu luz y supo que serías el siguiente, el nuevo guardián de nuestro mundo. Se ha convertido en tu amigo y mentor, y, créeme, daría su vida por ti.

El chico volvió a mirar al monstruo, quien parecía distraído contemplando los adornos de la sala sin prestar atención a aquella charla.

—No puede oírnos —le dijo la señora Spuge a la vez que le guiñó un ojo—. Shadow hará lo posible para protegerte y hacer que salgas de aquí. Hay cosas que solo el guardián y la Suprema pueden saber. Pero no voy a mentirte, las cosas se están complicando. Tendrás que enfrentarte a la magia negra y a Ghoul.

—¿La magia negra?

—El Mundo de las Pesadillas siempre se ha dividido en dos partes: aquella donde reina la magia blanca, los sueños verdaderos, y otra donde reina la magia negra, las peores pesadillas. Los captores fueron antiguos gobernantes del bando oscuro, violadores de leyes dirigidos por un siniestro rey que dominaba la magia negra. Ghoul fue uno de ellos.

—¿Ghoul era un captor? —preguntó el chico.

—Sí, un captor muy avaricioso que mató a su propio rey para hacerse con el poder. Pero no le bastaba con reinar en el mundo de la magia negra; no, señor, reinar sobre las peores de las pesadillas no era suficiente para él. Quería que esas pesadillas siguieran persiguiendo a la gente cuando ya habían despertado, para que ni siquiera a la luz del día estuvieran seguros —continuó la señora Spuge con amargura—. Llegó el día en que también quiso dominar la parte del mundo donde reinaba la luz. Quiso dominar los sueños que te hacen sonreír, los sueños que tienes con los ojos abiertos, lo mejor que

imaginas para ti en el futuro, los sueños luminosos que todos tenemos y sin los cuales nos moriríamos de pena.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que yo, como reina de la magia blanca, creé la imagen del guardián y la llave del Mundo de las Pesadillas. Creé una llave que une los dos mundos y que impide que nada ni nadie salga del Mundo de las Pesadillas sin que el guardián lo permita.

—Entonces ¿vosotros tampoco podéis salir?

—No, ahora ya no. Y esa es la razón por la que las personas de alma pura tienen tan difícil alcanzar sus sueños, aunque no debería ser así. Pero era la única forma de evitar que Ghoul y su maldad pudiesen salir al mundo real, algo que hasta aquel momento a nadie se le había pasado por la cabeza que podría ocurrir. Es un precio alto, pero funciona.

La Suprema se quedó callada unos instantes, como si todavía estuviera calibrando los pros y los contras de aquella decisión salomónica.

—Tú, Jimmy, debes restablecer el orden, ponernos a salvo y volver a tu mundo. El tiempo se nos agota... ¿Entiendes cuál es tu misión?

El chico asintió con la cabeza, pero estaba en estado de shock. Aquellas palabras se le clavaron como un punzón, ya que implicaban una responsabilidad que no sabía si podría asumir. Estaba muerto de miedo, esa era la realidad. Sin embargo, una parte de él se sentía muy bien en ese mundo, un mundo que le había hecho sentirse vivo de nuevo, y también valorado, querido y protegido como hacía mucho que no se sentía. ¿Merecía la pena arriesgar su vida para salvar a todos esos seres que lo habían acogido así? Desde que había perdido parte de su libreta, tenía la sensación de que los pensamientos se le amontonaban en la cabeza y que no lograba saber qué era lo que realmente quería. Ojalá pudiese releer las páginas de su cuaderno de nuevo y entenderse un poquito más a sí mismo.

Pero si había algo que tenía claro, era que no había tiempo para lamentaciones. La decisión debía tomarla en ese momento, ya que su vida y la de muchos otros dependían de él. Y así lo hizo.

—¿Qué debo hacer ahora? —quiso saber Jimmy, quien tenía los ojos humedecidos por la emoción.

La señora Spuge sonrió y chascó los dedos. Ahora Shadow y el resto de los asistentes podían oírles de nuevo.

—El chico ha aceptado su destino. ¡Está preparado!

Estas palabras de la señora Spuge hicieron que Shadow también sonriera.

—Tú deberás guiarle y protegerle tal como has estado haciendo. Ahora debéis ir a por la otra mitad de la llave.

—Sí, mi parte ya la sé. ¿Dónde tenemos que dirigirnos? —respondió Shadow, visiblemente molesto por el hecho de que la señora Spuge le dijese lo que tenía que hacer.

—Veo que te has traído las malas pulgas perrunas del mundo real... En fin, la llave. Debéis dirigiros a la Cueva de las Heridas, allí la encontraréis.

—¿Allí fue donde la escondiste? Pues nos espera un buen paseo... —repuso Shadow sin disimular su enojo.

—No, ahora es muy tarde para salir. Los frígidios tienen buen olfato nocturno, al fin y al cabo son los primos feos de los murciélagos. —La señora Spuge se rio de su propio chiste—. Será mejor que paséis la noche aquí, en la aldea de los greenslers. Mañana por la mañana estará todo listo para que emprendáis vuestro viaje. Linfa os acompañará, ella sabrá guiaros. ¿Estáis de acuerdo?

—Por supuesto, señora Spuge —respondió al momento Linfa.

—Y ahora será mejor que os preparéis para la noche más espectacular del año, queridos. ¡Mañana será otro día!

—Gracias, señora Spuge —intervino Jimmy, lanzándose sobre ella para

darle un fuerte abrazo, lo que provocó la risita nerviosa de aquella mujer tan peculiar—. ¿Usted también vendrá?

—Claro que sí, querido mío. No me perdería la noche Hyggelig por nada del mundo, y menos sabiendo lo que puede pasar... —dijo riendo para sus adentros.

La noche Hyggelig

Ya de regreso a la aldea donde vivían los greenslers, Jimmy y Shadow se prepararon para la gran noche Hyggelig. La visita a la tetería de la señora Spuge había sido intensa y reveladora, pero ahora, durante algunas horas, podrían relajarse, divertirse y dejarse llevar.

En las ramas exteriores del árbol que les hacía de habitación, algún greensler les había dejado adornos florales para que se los colgaran del cuello y las muñecas. Según le había contado Shadow, era algo que formaba parte del ritual, así que, aunque Jimmy se sintió un poco ridículo con aquellas pulseras de colores, no dijo nada para no ofender a quienes le habían acogido como si fuese uno más. Aparte de los abalorios, alguien les había dejado unas pinturas de colores para que se decoraran el cuerpo con dibujos. Los greenslers llevaban la piel repleta de tatuajes, y aquella era una forma de que Jimmy y Shadow se integrasen con los demás.

—¿Estás listo, Jimmy? —le preguntó su amigo a la vez que aspiraba el intenso olor a leña que se colaba por las ventanas.

—¿Yo? Si llevo esperando media hora a que acabes de decorarte las orejas...—respondió soltando una risa.

Desde la habitación ya se oían los cánticos y los tambores, y el chico notó

cómo se le erizaba la piel con aquel ambiente mágico que se había empezado a crear. Lástima que su visita al Bosque de los Greenslers tuviese que ser tan corta, pensó.

Salieron por la puerta del tronco y se dirigieron hacia las escaleras, dispuestos a bajar, pero Jimmy se quedó paralizado al ver el espectáculo que se abría ante sus ojos. Una inmensa torre de madera ardía en el centro de la plaza y numerosas cortinas de confeti bañaban cada rincón de aquel punto de encuentro, donde multitud de criaturas bailaban y aplaudían al ritmo de la música. Justo en ese momento, el cielo comenzó a iluminarse por las explosiones de los fuegos artificiales.

—¡Qué bonito, Shadow! —exclamó con los ojos clavados en el cielo.

—Pues espera y verás; esto solo acaba de comenzar...

Luces de todos los colores dibujaban hermosas flores en el cielo, que estaba tan iluminado que por momentos parecía que fuese pleno día. Jimmy los contempló, anonadado ante la belleza de aquel espectáculo de pirotecnia, y cuando pensaba que no podría haber nada que le sorprendiera aún más esa noche, su nombre apareció dibujado con fuego en el cielo y las voces de los greenslers empezaron a corearlo en masa.

—¿Qué es todo esto, Shadow?

—Lo que te pertenece, Jimmy. Tú eres el nuevo guardián y todos ellos lo saben. Esto no es más que una ofrenda en señal de respeto por la labor que se te ha encomendado. Vamos —le dijo, poniéndole una mano en la espalda—, es hora de que unamos a ellos.

El chico tuvo que esforzarse para contener las lágrimas y no permitir que la emoción lo desbordara. Tragó saliva y siguió a Shadow, que empezó a descender por el árbol con paso tranquilo y actitud ceremoniosa. Jimmy, que de repente se había puesto nervioso, se concentró en los peldaños para no

caerse y, cuando puso los pies en la arena, notó que las piernas le temblaban un poco.

Todos los greenslers de la plaza le hicieron un pasillo para que caminara hasta la hoguera y él, abrumado, avanzó mirando a un lado y a otro sonriendo tímidamente e incluso saludando a algunos de aquellos seres que lo miraban con admiración. Distinguió a la señora Spuge en primera fila, y cuando pasó ante ella, la mujer le sonrió emitiendo reflejos brillantes a su alrededor. Él, Jimmy Mortimer, el chico solitario que detestaba la vida que tenía, estaba siendo el protagonista de la fiesta más especial a la que nadie asistiría nunca.

Cuando le quedaban pocos metros para alcanzar el final del recorrido, vio una silueta delante del fuego, la figura de alguien que le estaba esperando. La luminosidad de las llamas no le permitía ver con claridad, pero aquella trenza que colgaba por la espalda y llegaba hasta los pies no podía ser de nadie más. Linfa lucía un vestido largo blanco que resaltaba su figura, tan parecida a la de una chica humana, y, en lo alto de la cabeza, una corona de hojas verdes completaba su atuendo para la noche Hyggelig. Jimmy notó que el pulso se le aceleraba y que un calor indescriptible le subía por la espalda y el pecho.

—Te ha costado llegar... —comentó la líder greensler con sorna cuando Jimmy se situaba a su lado.

—Sí... bueno, es que... —balbuceó.

—No te preocupes, ya estás aquí. ¡Bienvenido a la noche Hyggelig! ¿Me acompañas?

Linfa le tendió la mano y él la contempló antes de alargar la suya. El chico reunió las fuerzas necesarias para levantar la cabeza y mirarla, y en el momento en que sus miradas se cruzaron, bajo el resplandor de las llamas de la fogata, su mundo se detuvo. Todos sus sentidos se perdieron en los ojos azules que le miraban tras la careta, y en el contacto de su piel con la de Linfa. Ni los cánticos, ni los tambores, ni el jolgorio que había tras ellos eran

capaces de competir con lo que la cercanía de Linfa le hacía sentir. ¿Por qué le ocurría eso?

La líder greensler recogió del suelo una corona como la que llevaba puesta y se la colocó en la cabeza. El chico hizo un esfuerzo para no sonrojarse cuando su mirada volvió a cruzarse con la de ella, así que se dio media vuelta para encontrarse con los ojos de su buen amigo Shadow. El monstruo inclinó la cabeza en señal de aprobación, y Jimmy supo que estaba preparado para lo que tuviera que venir.

—Vamos —le dijo a Linfa con mucha más seguridad de la que sentía.

—Vamos —respondió ella con una sonrisa.

Cogidos de la mano, se acercaron a la hoguera que desprendía unas llamas vivas y de colores intensos. A su alrededor, los Greenslers se arremolinaban para no perderse ni un solo detalle de aquel momento tan especial y cuchicheaban intentando no alzar la voz, como si tuvieran miedo de romper la magia del ambiente, pero Jimmy estaba tan absorto en lo que estaba viviendo que casi ni se dio cuenta de que todo el mundo lo miraba. Sus sentidos estaban puestos en Linfa y en el fuego, ese fuego que quemaba las brasas y que le atraía de una forma hipnótica. El resto del mundo no le importaba lo más mínimo.

Se detuvieron ante un círculo dibujado con pétalos rojos de una flor que no supo identificar. Unos segundos después, Linfa soltó su mano y alzó la voz para que todos la oyeran.

—En nombre de la comunidad greensler y de todos los seres que en ella habitan, te recibimos a ti, Jimmy Mortimer, como guardián del Mundo de las Pesadillas. Y por ese motivo queremos que tú seas el encargado de dar inicio a nuestra ceremonia.

Tras decir esto, agarró su bastón mágico y lo enfocó hacia la hoguera. Del

bastón salió un haz verde de luz, tan potente que el fuego pareció cobrar vida, ser un ser con su propia alma.

Jimmy la escuchaba sin quitarle los ojos de encima, serio, concentrado, y mostrando el mayor respeto posible hacia aquella comunidad tan especial.



—Ahora tienes que arrojar al fuego todo lo que no te haga bien. Puede ser algo físico o también pueden ser sentimientos o emociones. Tan solo debes cerrar los ojos y dejarte envolver por la calidez de las llamas. Escúchalas, siente su calor, déjate llevar por la luminosidad que desprenden. Cuando hayas fusionado tu energía con la suya, estarás preparado para desprenderte de todo lo que te impide ser feliz.

Jimmy siguió las instrucciones de Linfa al pie de la letra. Se colocó frente a la hoguera y cerró los ojos con una suave caída de párpados. Puso su mano en el bolsillo y palpó lo que quedaba de su libreta. Había quedado muy maltrecha después del accidente del Ferro Vía, pero no se arrepentía de haber renunciado a parte de ella para poder salvar a Shadow. Se concentró en el calor que emitían las llamas y dejó que su destello le acariciase la cara. Se quedó unos segundos, o tal vez minutos, inmóvil, sereno, entrando en contacto consigo mismo y con lo que guardaba en su corazón. Y entonces, cuando se sintió preparado, asintió con la cabeza y lanzó el resto de su libreta al fuego. «El presente es lo que importa, del pasado ya no quiero saber nada más», repitió una y otra vez en su mente.

La hoguera empezó a arder con mayor intensidad, avivándose por momentos como si alguien acabase de arrojar un trozo de madera. Las llamas se tornaron rojizas e incluso saltaron pequeñas chispas naranjas que alcanzaron sus manos. Era su pasado, ardiendo hasta desintegrarse y desaparecer por completo de su corazón. Después de tantos años sintiéndose vacío, triste y solo, Jimmy por fin se desprendía de aquella sensación con la que ya se había acostumbrado a vivir antes de llegar al Mundo de las Pesadillas. Gracias a Shadow y a la increíble experiencia que estaba viviendo, se había dado cuenta de que, más allá de la oscuridad, siempre hay esperanza.

—Bien hecho, Jimmy —le susurró Linfa al oído. El chico abrió los ojos y

se encontró con la líder greensler a pocos centímetros de su cara—. Ahora me toca a mí.

Linfa dio un paso al frente, cerró los ojos como había hecho Jimmy hacía unos segundos y se quedó completamente quieta delante del fuego. La hoguera, de nuevo, se avivó como si acabara de engullir un objeto, y unas enormes lenguas de fuego se elevaron hasta lo más alto del firmamento. Solo Linfa sabía qué era lo que estaba quemando en ese ritual, pero debía de ser algo muy doloroso para ella, porque una lágrima resbaló por la careta de madera que le cubría el rostro. Rápidamente se la secó con el dorso de la mano, abrió los ojos de nuevo y se dio la vuelta para dirigirse a todos los presentes.

—¡Greenslers, disfrutemos! ¡Vivamos nuestra gran fiesta! ¡Ha comenzado la noche Hyggelig!

La comunidad greensler vitoreó las palabras de su líder, y todos corrieron a abrazarse exaltados de emoción. Bailaron alrededor de la hoguera, comieron y bebieron, y hasta efectuaron una danza grupal en la que el intercambio de parejas se producía cada pocos segundos.

—¿Me acompañas?

La voz de Linfa sonó como una caricia en los oídos de Jimmy mientras ella le tendía la mano, invitándole a bailar. El chico no dudó un segundo y extendió su brazo en señal de afirmación, pero al hacerlo, se paralizó. La mano humana que le quedaba también se había transformado.

Era curioso cómo su cuerpo estaba cambiando sin que él se diera cuenta de ello. Su transformación no era dolorosa, no sentía nada cuando ocurría. Por eso, cada pequeño cambio lo sorprendía profundamente. ¿Cómo sería su aspecto final? Esa era la pregunta que le vino a la mente, aunque en el fondo de su corazón esperaba no llegar a saberlo nunca.

—¿Quieres que demos un paseo? —preguntó Linfa con cautela.

—Sí, gracias. Necesito un poco de aire...

—Pues vayamos a buscarlo.

Linfa le cogió de la mano monstruosa como si nada y lo condujo a través de la multitud, aunque tuvieron que detenerse unas cuantas veces para saludar a decenas de greenslers que querían abrazar al nuevo guardián.

Mientras se perdían a través de un sendero en la profundidad del bosque, amparados por la luz de la luna y con un cielo lleno de estrellas de colores, Jimmy fue recuperando la calma. Linfa le tiraba del brazo en silencio, girándose de vez en cuando para intercambiar una mirada cómplice y una sonrisa tímida. Finalmente se detuvieron frente a un pequeño lago donde la luna y las estrellas quedaban reflejadas con total claridad.

—Qué bonito... —dijo el chico, completamente abrumado por la belleza de aquel lugar.

—Sí, lo es. ¡Vamos! ¡Voy a enseñarte algo!

Volvió a tirarle del brazo y se lanzó a la carrera hasta llegar a la orilla del lago. Se detuvo, miró a Jimmy de nuevo y le dedicó una sonrisa pícara antes de separarse unos metros de él. Luego sumergió los pies en el agua y, sin más, empezó a adentrarse en el lago. Su vestido blanco se elevó como si fuese un manto flotando alrededor de su cuerpo, confiriéndole un aire sobrenatural.

Jimmy contemplaba la escena sin pestañear. Se veía tan hermosa y tan mágica que no se atrevía a pronunciar palabra para no romper el clima que se había creado. Linfa se dio media vuelta cuando el agua ya le llegaba por encima de la cintura y elevó los brazos para llamar su atención.

—¡Venga! ¿No pensarás quedarte mirando con esa cara de tonto? —Y estalló en una carcajada nerviosa, cargada de excitación—. ¡Vamos!

—¡Estás loca! ¡Muy loca! —respondió él mientras se sacaba los zapatos y se dirigía a la orilla del lago.

Curiosamente, el agua no estaba nada fría, sino a una temperatura cálida y agradable, a pesar de ser de noche. Caminó con dificultad, notando cómo los pantalones se inflaban un poco más a cada paso que daba, hasta que llegó donde ella estaba esperándolo.

—Mira allí —le dijo nada más tenerlo cerca.

A pocos metros de ellos, en mitad del lago, había una isla de dimensiones reducidas en medio de la cual había nacido un árbol. Estaba solo, sin plantas ni flores a su alrededor, pero era tan alto que sus hojas se fundían con la oscuridad. Sin duda, se trataba de un sitio muy particular.

—¿Qué es?

—Es uno de mis lugares favoritos. Si te hubieses quedado en la orilla, no lo habrías podido ver. Ven, quiero enseñarte algo muy especial.

Avanzó por el agua hasta alcanzar la orilla de la isla y esperó pacientemente a que Jimmy estuviera a su lado. Entonces los dos salieron del agua y se acercaron al árbol solitario.

—Mira lo que pasa si pongo el dedo en el tronco y hago un dibujo...

Linha dibujó una silueta con el dedo índice que se convirtió en un haz de luz de color rojo, como si fuese una marca de fuego. A los pocos segundos desapareció y el tronco quedó intacto. Jimmy se quedó asombrado, aunque no sabía bien si por el truco del árbol o por la propia magia de Linfa.

—Ahora tienes que hacer lo que yo haga ¿vale?

Él asintió con la cabeza, esperando algo nuevo y mágico. Aquel mundo lo tenía hechizado por completo y sintió que no quería marcharse jamás de allí.

Ella apoyó la palma de la mano en el tronco y, poco a poco, su cuerpo fue integrándose en la corteza de la planta. De repente, como si hubiese sido absorbida por una fuerza sobrenatural, desapareció del lado de Jimmy. El chico permaneció inmóvil, pero en vez de dejar que le invadiera el miedo, inspiró profundamente y, siguiendo las indicaciones de Linfa, la imitó.

En el momento en que apoyó la palma de la mano de monstruo sobre el tronco, sintió un cosquilleo y enseguida notó cómo poco a poco atravesaba la corteza. Tuvo el impulso de sacar la mano, pero las ganas de seguir a Linfa pudieron con él. Mientras su cuerpo era absorbido por el tronco, reconoció aquella sensación extraña de estar flotando, la misma que había sentido al atravesar el espejo a lomos de Shadow para entrar en el Mundo de las Pesadillas.

Cuando reapareció bajo la luz de la luna, ya no estaba en el suelo de la isleta, sino a cientos de metros de altura en la copa de ese inmenso árbol. Se encontraba de pie sobre una gruesa rama desde donde se divisaba el infinito bosque. A lo lejos veía el humo de la hoguera y el brillo de cientos de luces diminutas que saltaban de un lado a otro. Sentada en una de las ramas, con los pies colgando y gotas de agua resbalando por su vestido, estaba Linfa esperándole.

—¡Esto es increíble! —exclamó Jimmy emocionado.

—¿Te gusta?

—¡Es fantástico, Linfa! ¡Nunca he visto nada igual!

Jimmy se acercó a ella y se sentó en unas ramas robustas que tenían forma de banqueta. El silencio reinó durante unos minutos en los que los ojos de ambos se perdieron en la hermosura del paisaje que se extendía ante ellos.



—¿Cómo te sientes? —preguntó al fin Linfa—. Quiero decir que... ha tenido que ser difícil todo esto, ¿no?

—Sí, bueno... Al principio creía que me estaba volviendo loco, que me

había muerto o algo parecido, ya sabes... —Elevó las manos con un gesto irónico—. Todo esto es difícil asumir.

—Imagino..., pero eres muy valiente, Jimmy.

Al chico se le escapó una risa ahogada.

—Nunca me he considerado una persona valiente, precisamente... En mi mundo las cosas son muy distintas.

—¡Yo daría lo que fuera por ver tu mundo! ¡Tiene que ser una pasada! —soltó Linfa con voz ansiosa.

—¿Por qué tienes tantas ganas de conocer el mundo humano? No es para tanto... —Había cierto tono de tristeza en sus palabras—. Yo creo que prefiero el tuyo. Al menos aquí...

—Al menos aquí, ¿qué?

Linfa agarró una de las garras de Jimmy, infundiéndole seguridad para que se expresara en confianza.

—Bueno..., no es que mi vida allí sea lo más increíble del mundo. Por no hablar de mis padres, que solo viven para el trabajo. ¡Para ellos ni siquiera existo! Y mejor no te hablo de las mudanzas...

—Al menos tienes una familia. Eso es importante, Jimmy, quizá lo más importante.

—¿Y tus padres? ¿Dónde están?

—Yo no tengo padres —respondió, y bajó la mirada, invadida por la tristeza.

—Ah..., lo siento... No tenía ni idea.

—Los greenslers son mi familia, pero nadie sabe cómo llegué aquí. Era un bebé cuando aparecí en este bosque y no recuerdo nada. Lo único que sé es que esta ha sido mi casa y que los greenslers me han querido y cuidado como si fuese una de ellos. La verdad es que tengo la mejor familia del mundo. Y

seguro que en el fondo, si lo piensas bien, la tuya no es tan mala como dices, Jimmy.

Él se quedó callado, con la mirada perdida en el horizonte, pensando en lo que ella le acababa de decir. Siempre se había quejado de su familia y de la vida que tenía, nunca había pensado que había niños en el mundo que no tenían padres o ni siquiera un hogar. Elevó la mirada y se encontró con la de la líder greensler, que lo observaba sin pudor con sus ojos azul intenso. Al instante notó un inquietante hormigueo en el estómago.

—¡Tengo una cosa para ti! —soltó ella de golpe.

Linha introdujo su mano en uno de los bolsillos del vestido y sacó un objeto que él identificó de inmediato.

—¡Mi libreta! —Jimmy sintió una repentina alegría, pero enseguida una nube negra empañó sus ojos.

—Sé lo que estás pensando —dijo Linfa—, pero no es lo que tú crees. Hiciste un gran esfuerzo deshaciéndote de ella.

—Pero no la quiero, quiero dejar de ser el Jimmy que escribía ahí todo el odio que sentía.

—Precisamente por eso la he recuperado —apuntó Linfa.

Jimmy no entendía nada.

—Ábrela.

Cuando lo hizo y pasó sus páginas, no vio nada escrito en ella; estaba completamente en blanco.

—He borrado todos tus malos pensamientos, para que puedas empezar de cero, pero sigas siendo tú mismo. Esa libreta forma parte de quien has sido y, si quieres ser un buen guardián, nunca debes olvidarlo.

Jimmy dedicó unos momentos a recordar todo lo que había dentro de su libreta y, si tenía que ser sincero, unos cuantos malos episodios volvieron a su mente y, por un momento, hicieron que tuviera malos pensamientos. Pero

Linfá, a su lado, le apretó la mano con suavidad, y él desterró rápidamente aquellas sensaciones de su cabeza. Nunca más iba a dejar que la rabia se apoderara de él. Nunca más.

Agarró la libreta sin decir nada y la palpó para comprobar que, en efecto, era su gran compañera.

Jimmy no pudo evitar lanzarse sobre Linfa para abrazarla. De hecho, lo hizo tan fuerte que casi se cayeron de la rama.

—¡Cuidado! —exclamó ella entre risas—. Hay algo más que debes saber... —Su tono volvió a ser serio—. Me permití la licencia de hacer un pequeño arreglillo. Ahora, cada vez que escribas en ella porque te sientas triste, la libreta te responderá con algo positivo. Las palabras que escribas, a partir de ahora, tendrán poder.

—¿En serio? ¿Puedes hacer eso?

Ella asintió con una sonrisa traviesa y añadió en un susurro:

—Además, así siempre te acordarás de mí cuando la uses en tu mundo.

Las palabras de Linfa sonaron casi tan tristes como cuando le había dicho que no tenía familia, y a Jimmy se le partió el corazón. Sabía que echaría de menos ese mundo y a los seres que lo habitaban, pero ahora estaba seguro de que lo que más le dolería sería dejar atrás a Linfa.

—¿Sería posible que tú...?

En ese momento la voz de Shadow irrumpió de golpe en escena.

—¡Chicos, la noche Hyggelig está a punto de acabar! ¿Os lo vais a perder?

—¿Shadow? —preguntó Jimmy algo descolocado. ¿Qué hacía ahí?

—¡No, soy la señora Spuge, si te parece! ¿Bajáis o tengo que subir yo a buscaros?

—¡Bajamos enseguida! —respondió Linfa agarrando a Jimmy de la mano e introduciéndose en la corteza del árbol.

El camino de regreso a la aldea estuvo repleto de risas. La complicidad entre Linfa y Jimmy había crecido en las últimas horas, y ahora Shadow era testigo de la buena sintonía que había entre los jóvenes.

Cuando llegaron a la plaza donde estaba la hoguera, enseguida se dieron cuenta de que la noche Hyggelig llegaba a su fin. Todos los greenslers estaban en círculo, alrededor de las llamas, esperando a que su líder se uniera a ellos. Linfa se acercó, manteniendo un silencio solemne, y se agarraron de las manos formando una cadena de almas concentradas en la magia de aquel fuego.

—*Yai!* —gritaron al unísono.

El fuego se apagó siguiendo las órdenes de aquel grito, y en su lugar solo quedaron ascuas de las que se empezaron a desprender cenizas. La noche Hyggelig había terminado y era hora de descansar.

Los greenslers, sonrientes y satisfechos tras una noche de baile, magia y comunión, fueron desapareciendo de la plaza. Linfa se separó del grupo y se dirigió a sus invitados, quienes habían observado con detenimiento la ceremonia de clausura de aquella noche tan especial.

—Llegó la hora de ir a dormir.

—Sí, mañana nos espera un día duro... —repuso Shadow.

—Buenas noches, Shadow —dijo ella, mirando al monstruo mientras sonreía, y luego, dirigiéndose al chico, añadió con los ojos llenos de emoción —: Buenas noches, Jimmy. Me ha encantado que hayas estado aquí...

—El placer ha sido mío. Gracias por todo, Linfa. ¿Nos vemos mañana?

—¡No lo dudes! —respondió, y se dio media vuelta en dirección a su casa del árbol.

La oscuridad ya reinaba en el Bosque de los Greenslers y Jimmy, desde su terraza, no podía dejar de admirar la preciosa aldea mientras sus habitantes descansaban. La parte superior de cada árbol estaba adornada con hileras de pequeñas lucecitas, que salpicaban las copas con diminutos puntitos de colores.

—¿No tienes sueño, donjuán? —dijo Shadow en tono burlón.

—Estaba pensando...

—¿Sí?

—Te va a sonar a locura, pero... creo que a una parte de mí le gustaría quedarse aquí. —Un suspiro se le escapó de los labios—. No tengo palabras para explicar cómo me he sentido y cómo me siento estando aquí. Es tan extraño...

—Me hago una idea, Jimmy, pero este no es tu sitio. Tú no perteneces a este mundo. Eres el guardián, ¿recuerdas?

El chico bajó la cabeza. Sabía que tenía razón y que era absurdo fantasear con una vida en el Bosque de los Greenslers, pero había algo en aquella aldea que le atraía con un magnetismo irrefrenable.

—Podrás volver pronto, eso te lo puedo asegurar —añadió el monstruo para aliviar la angustia de su amigo—. Pero para eso debes cumplir con tu destino, así que será mejor que te vayas a la cama.

—¿Qué pasará mañana?

—¡Demasiadas preguntas por hoy! Mañana será mañana.

Jimmy se dio media vuelta y no pudo reprimir unos bostezos que evidenciaban que el cansancio se estaba apoderando de él. Se tumbó en la cama, cuyo manto de pelo se movió al contacto con el cuerpo del chico, y se quedó profundamente dormido en cuestión de segundos.

Shadow despertó sobresaltado, con gotas de sudor en la frente y una angustiada sensación de ahogo. Había tenido una pesadilla horrible: Jimmy andaba a través del Bosque de los Greenslers, con paso firme y seguro, y sujetaba una antorcha negra de la que salían unos gusanos gordos y asquerosos.

El monstruo se levantó de la cama de un salto, con el corazón palpitando a toda velocidad. Cuando miró en el hueco del árbol donde estaba la cama de Jimmy, comprobó que sobre el lecho de pelo no había nadie. La puerta estaba abierta y los gritos de uno de los greenslers se colaron en la estancia. En pocos minutos, la aldea al completo se había despertado y las luces de las velas iluminaban el poblado, que, a esas horas, debería estar durmiendo.

—¡Fuegooo! ¡Fuegooo! ¡El bosque se quema!

Shadow bajó del árbol todo lo rápido que pudo y al poner los pies en el suelo se dio de bruces contra el greensler que vociferaba.

—¿¡Qué demonios está pasando!?! —le preguntó angustiado.

—Es él, es él. ¡Está quemando el bosque!

—¿Quién? —insistió Shadow agarrándolo de los brazos.

—¡El guardián! ¡El guardián está destrozando nuestra aldea!

Shadow se separó del greensler, aturdido. Era imposible... No sabía lo que estaba ocurriendo, pero tuvo el temple suficiente para reaccionar. Salió disparado en dirección a la zona arbolada donde se veían cada vez más llamas. El humo le impedía rastrear el olor de Jimmy y los ojos le picaban por culpa de los gases que se desprendían, así que fue siguiendo el rastro del fuego, que cada vez se expandía más. Dio vueltas sobre sí mismo, intentando adivinar qué rumbo había tomado su amigo, y cuando la desesperación estaba a punto de apoderarse de él, lo vio.

Corrió a toda velocidad hacia donde estaba, pero frenó en seco cuando el chico se dio la vuelta y lo vio de frente. El muchacho que hacía unas horas

había caído rendido sobre la cama era ahora alguien irreconocible. Sus ojos brillaban y se habían vuelto rojos; su rostro había perdido la expresión humana y una sonrisa maquiavélica se había dibujado en su boca dándole un aspecto demoníaco.

—¡Jimmy! ¡Jimmy, para! ¡Para! —gritó con desespero.

El chico no reaccionó. Shadow supo que algo muy grave ocurría, así que no dudó un segundo en abalanzarse sobre él. De un salto, lo tumbó en el suelo y lo apresó con sus garras, intentando que se mantuviera quieto, pero Jimmy tenía mucha más fuerza que antes y estaba fuera de sí. Shadow enseguida se dio cuenta de que, aunque aquel era el cuerpo de su amigo, este no era dueño de su voluntad. En mitad del forcejeo, oyeron a alguien gritar con todas sus fuerzas:

—¡Jimmy, tienes que parar!

Linfa observaba la escena horrorizada. El monstruo se giró para advertirle de lo que estaba pasando, pero en el momento en que bajó la guardia una de las garras del chico se dirigió con toda su fuerza hacia su rostro. El animal salió volando por los aires.

—¡Basta, Jimmy! ¡Por favor! —gritó Linfa entre lágrimas.

Shadow se levantó del suelo y sin preocuparse por la herida de su cara, volvió a tratar de detener a Jimmy.

—¡Jimmy, soy Shadow! ¡Tienes que reaccionar! ¡Amigo, por favor!

Los ojos del muchacho se quedaron clavados en los suyos. Lo observó durante unos segundos en los que solo se oían sus respiraciones agitadas y luego, poco a poco, la mirada del chico se fue apagando. El color rojizo desapareció y sus iris volvieron a adquirir su tono natural azul.

—Shadow... —murmuró de forma débil.

—Jimmy, amigo mío, por fin...

El animal lo abrazó con ansia y unas lágrimas le resbalaron por las mejillas

mezclándose con la sangre que había en su rostro. Jimmy parecía totalmente desconcertado y miraba los restos del bosque quemado mientras su mano seguía aferrada con fuerza a la antorcha, ahora apagada.

—¡Shadow! ¿Qué he hecho?

—Tranquilo... Ya ha pasado, tranquilo... Ghoul se está haciendo fuerte. Debe de haber detectado algún momento oscuro en ti.

Jimmy miró a Linfa, y se acordó de la escena con la libreta junto al árbol. Al echar la vista atrás había recordado, sin querer, toda la rabia que sentía por sus padres, y el monstruo la había detectado. Pero los pensamientos tan solo habían durado unos segundos... ¿Tan poderoso se estaba volviendo?

A pocos metros, la chica permanecía inmóvil contemplando la escena y sus ojos horrorizados se encontraron de pleno con los de Shadow. ¿Qué era lo que había pasado?

Los greenslers trabajaron en grupo durante toda la noche para conseguir apagar el fuego. Cuando todos se reunieron en la plaza de la aldea, las cenizas cubrían sus cuerpos por completo y no había ni rastro del verde ni de las flores de colores que decoraban aquel precioso lugar. El Bosque de los Greenslers, tal como lo habían conocido, era solo un recuerdo.

Un clima de tensión se había instalado entre los habitantes del lugar. Todos miraban a Jimmy de forma acusatoria sin entender cómo podía haber hecho algo así.

—¡Fuera de aquí! ¡Traidor! —vociferaban algunos de ellos en señal de enfado.

El muchacho mantenía la cabeza gacha, avergonzado y arrepentido por lo que había hecho, aunque era incapaz de recordar lo que había pasado.

—Yo hablaré con ellos —susurró Linfa, preocupada—. Tienen que

entenderlo, no ha sido culpa tuya...

—Me odian... Y tienen toda la razón. No merezco nada de lo que habéis hecho por mí —respondió él con tristeza.

De repente, un estruendo en la copa de uno de los pocos árboles que no habían sucumbido a las llamas hizo que todos alzaran la vista hacia el cielo. Una espesa humareda rosa cubrió el ambiente y una voz gritó para que la oyera todo el mundo.

—¡Él no tiene la culpa!

Los greenslers se miraron unos a otros perplejos, y no solo por el mensaje, sino porque no atinaban a saber a quién pertenecía aquella voz femenina.

—¡Ha sido Ghoul! ¡Él ha provocado todo esto!

La señora Spuge apareció en las escaleras del árbol y se encaminó hacia el grupo de habitantes que se habían atrincherado a un lado de la plaza. Pasó entre la multitud para llegar junto a Jimmy, a quien abrazó con todas sus fuerzas para tranquilizarle después de lo ocurrido.

—Lo siento mucho, señora Spuge... —se apresuró a disculparse el chico.

—Cariño, no tienes que sentir nada. No ha sido culpa tuya, ha sido Ghoul. ¡Se ha metido en tu cuerpo y te ha poseído para destrozar el Bosque de los Greenslers!

Los murmullos y las exclamaciones de asombro recorrieron el lugar.

—¡Escuchadme todos con atención! —empezó diciendo la señora Spuge—. El tiempo se nos acaba. Debemos estar unidos y actuar con cautela porque se avecina lo peor. ¡Ghoul ha escapado! ¡Ha vuelto!

De nuevo los murmullos invadieron la plaza y las caras de preocupación se mezclaron con expresiones de horror. Linfa dio un paso al frente decidida, y alzó su bastón para que todos le prestaran atención.

—Es ahora, amigos, cuando todos debemos estar unidos ¡Es ahora cuando debemos pelear! —gritó la líder greensler.

Esta vez, fueron gritos y vítores los que llenaron la plaza. Linfa dejó que los habitantes del bosque convirtieran su miedo y angustia en indignación. Su enemigo era peligroso e iba a necesitar a tantos de sus compañeros como pudiera convencer.

—¡Jimmy no es el enemigo! ¡Es nuestro guardián, el único que puede ayudarnos!

Por fin, algunos greenslers se acercaron al chico y lo rodearon en un círculo. Uno de ellos dio un paso al frente y colocó la mano sobre su hombro. A él se unió otro greensler, que imitó el gesto, y así poco a poco todos los habitantes de la aldea quisieron mostrar su respeto y apoyo al nuevo guardián.

—Jimmy, Shadow —intervino la señora Spuge—, debéis partir de inmediato. El bosque ya no es un lugar seguro. Nosotros buscaremos refugio hasta que podamos volver a ejercer nuestra magia, ya que, sin naturaleza, la hemos perdido casi al completo. Pero no os preocupéis por nosotros. Lo importante es que lleguéis a la Cueva de las Heridas y encontréis la pieza de la llave que os falta. Linfa, tú los acompañarás.

—Pero mi bastón... —se lamentó la chica. Con el incendio, su instrumento mágico había perdido su poder.

—Encontraremos la manera de que vuelva a ser el de antes, estoy segura. Además, no hay nadie mejor que tú para guiarlos hasta el escondite de la llave, querida —le comentó la señora Spuge con dulzura.

La líder greensler asintió con la cabeza y besó la mano de la maga en señal de respeto.

—Haré todo lo que esté en mi mano por salvar este mundo —declaró Jimmy—. Lo prometo.

—No me cabe la menor duda, chico. Por algo eres el elegido —le dijo la

señora Spuge antes de abrazarlo y darle un beso cariñoso en la mejilla—. Sé fuerte, Jimmy. Ahora eres nuestra única esperanza.

La cueva de las heridas

El camino hacia la Cueva de las Heridas fue como una pausa en el tiempo para poder reflexionar. Jimmy, Linfa y Shadow caminaron en silencio, cansados por la intensidad de los hechos vividos aquella noche y preocupados por lo que estaba por venir.

Una columna de humo negro provocada por el incendio aún flotaba en el aire, a lo lejos, aunque ninguno de los tres quiso darse la vuelta para contemplar aquella estampa cargada de tristeza. Pasaron por caminos áridos y desérticos, un paisaje desolador que nada tenía que ver con el Bosque de los Greenslers, donde la naturaleza había reinado hasta hacía unas horas; Jimmy no podía dejar de sentirse mal por lo que había pasado. A pesar de haber actuado bajo las órdenes del maligno Ghoul, se sentía responsable de todo lo malo que les había pasado a aquellos seres que le habían recibido con los brazos abiertos. ¿Cómo no había podido evitar que ese monstruo se hiciese con su voluntad? La pregunta martilleaba la mente del chico, y lo único que deseaba era conseguir la mitad de la llave que faltaba y terminar con Ghoul para siempre. Pensaba hacerlo, costase lo que costase.

—La Cueva de las Heridas está a tres horas de aquí.

La voz de Linfa interrumpió el silencio sepulcral que les acompañaba.

—Vamos a buen ritmo, puede que lleguemos incluso antes —añadió Shadow con la vista puesta sobre Jimmy.

De pronto, una nube de polvo empezó a generarse delante de ellos, justo en mitad del sendero de tierra por el que iban, y los tres se vieron obligados a detener la marcha. ¿Qué estaba ocurriendo? Shadow colocó su brazo delante de los chicos para indicar que retrocediesen por si acaso. Cualquier cosa era posible ahora que Ghoul les había declarado la guerra de forma abierta.

La bola de polvo siguió avanzando hacia ellos cada vez a más velocidad. Los tres amigos se prepararon para luchar, pero justo cuando la nube estuvo lo bastante cerca, se detuvo y empezó a disiparse.

—Hay alguien ahí dentro —anunció Linfa señalando el pequeño tornado que tenían delante.

Jimmy frunció el ceño, escudriñando con la mirada e intentando identificar al ser que se escondía tras la cortina de polvo.

—¡Amigos! —gritó una voz chillona mientras tosía insistentemente a causa del polvo que le rodeaba.

—¿Catpier? —preguntó Shadow, incrédulo

La nube de polvo se disipó por completo y por fin pudieron ver un carruaje redondeado, negro y rojizo, con adornos dorados en las puertas. El vehículo estaba tirado por decenas de gatos, aunque ahora estaban todos en el suelo reposando y maullando despreocupadamente.

—¡Aquí estoy, amigos míos! —exclamó en tono ceremonioso—. ¡Por fin os encuentro!

—¿Qué haces aquí? —preguntó Shadow con sorpresa.

—Señor Catpier, ¡qué alegría volver a verle! —dijo Jimmy, acercándose al morador de gatos.

—Ufff, queridos míos..., no tenéis idea de cómo se han puesto las cosas. Tuve que huir precipitadamente. ¡Mi casa ya no es un lugar seguro!

—¿Huir de tu casa? No entiendo nada, Catpier. ¿Qué es lo que ha pasado?
—quiso saber Shadow.

—Veréis, alguien os debió de ver salir de mi humilde morada y no tardó en contárselo a Ghoul. Poco tiempo le bastó a ese canalla para mandarme a esos pajarracos malvados para sacarme información a base de ataques y explosiones... ¡Tuve que huir de inmediato!

—¡Frígidos! —exclamó Jimmy sobresaltado.

—Esos mismos, chico. No pensé que unos simples monstruos voladores pudiesen tener tanta fuerza maligna... Tenía que encontraros y avisaros de que Ghoul sabe que estáis aquí, de lo contrario...

—Ya hemos sufrido su ira —interrumpió Shadow—. No solo nos mandó a los frígidos, anoche poseyó el cuerpo de Jimmy y quemó el Bosque de los Greenslers.

—¡Madre del amor monstruoso! Pero ¿qué me estás contando?

—Ya casi no queda nada... —intervino Linfa, apenada.

—Ella es Linfa, la líder del poblado —aclaró Shadow—. Nos está ayudando a combatir contra Ghoul.

—¡Santa monstruosidad! ¡Lo lamento muchísimo, señorita! Es una suerte que sigáis con vida —comentó el morador de gatos con voz de circunstancias—. Por lo que sé de rumores que he oído por el camino, Ghoul está buscando la llave para huir de su destierro.

—Sí, eso lo sabemos. Pero antes tendrá que vérselas con nosotros —dijo Jimmy, que permanecía agachado acariciando a los gatos del señor Catpier—. ¡Encontraremos la mitad de la llave antes que él!

—Entonces ¿sabéis dónde está?

—¡Claro que sí! Nos dirigimos a la Cueva de las Heridas a por ella —reveló Jimmy.

Linfa lanzó una mirada de advertencia al muchacho, pero él no se percató.

—¡Eso es maravilloso, queridos! Pero os advierto que su poder es inmenso, y es probable que ya se haya enterado de dónde está escondida...

—Es imposible —intervino Shadow—. Nadie, a excepción de nosotros, sabe dónde está. ¿Verdad, Linfa?

—Bueno, supongo que ahora Catpier también lo sabe —respondió ella.

—Hay que darse prisa. Tenemos que llegar antes que él —urgió Jimmy.

—Yo podría ayudaros a aligerar el camino, camaradas. Mi carruaje felino puede llevaros —se ofreció Catpier.

El chico sonrió al oír la propuesta. Linfa, en cambio, no dijo nada.

—Muchísimas gracias, amigo. Te debemos un favor, y de los grandes —contestó Shadow, profundamente agradecido.

—Subid al carruaje, llegaremos en un pispás. ¡Vamos, pequeños! ¡No hay tiempo que perder!

Y con uno de sus famosos chasquidos guturales, los gatos ocuparon sus puestos y volvieron a emprender la marcha. Atravesaron todavía varios kilómetros de desierto hasta que llegaron a un enorme valle con bastantes metros de profundidad.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Jimmy, sin disimular su desespero. Entre las horas de viaje a pie y el rato que llevaban sobre ruedas, se estaba poniendo nervioso.

—Según mis cálculos, una vez que descendamos este valle, ya casi estaremos en la Cueva de las Heridas —explicó Linfa.

—¿En serio? —refunfuñó.

—¡Jimmy Mortimer! A veces me haces dudar de si eres el nuevo guardián o el nuevo quejica... ¡Deja de lloriquear de una vez! —respondió la líder greensler con una sonrisa en los labios.

En realidad, tardaron bastante poco en llegar a la parte baja de aquella depresión. El hecho de ir en carruaje era una gran ayuda, aunque el traqueteo

del camino se hacía difícil de soportar. A cada metro que avanzaban, el paisaje se tornaba más húmedo, y pronto empezaron a encontrar árboles de los que caían gotas como si acabase de llover. Era como si hubiesen cambiado de estación en cuestión de minutos.

El espesor de la vegetación hacía que cada vez penetrase con menor fuerza la luz del sol, con lo que el carruaje avanzaba hacia un territorio donde la oscuridad ganaba terreno. Jimmy sintió una punzada en el estómago. Después de los acontecimientos de la noche anterior, aquel paisaje se le antojaba hostil.

—Tranquilo, ya falta poco —le dijo Linfa mientras le apretaba la mano. La líder greensler tenía la capacidad de calmarle cuando más lo necesitaba, como si pudiese leerle el pensamiento.

Por fin el carruaje llegó a su destino y tanto Jimmy como sus compañeros se quedaron boquiabiertos al ver el acceso a la Cueva de las Heridas. Incrustada en la pared de la montaña, había una puerta de varios metros de altura, hecha de hierro y con unos barrotes oxidados, que tenía unas letras dibujadas con fuego que indicaban que, efectivamente, aquella era la entrada a la Cueva de las Heridas. Cuando descendieron del carruaje, las llamas se avivaron y emitieron un golpe de calor sobre los recién llegados.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Jimmy. Aquel agujero que se escondía tras la puerta de hierro parecía una boca a punto de engullirlos.

—Sé que no tiene muy buena pinta, pero no debes preocuparte. Yo estoy contigo —lo tranquilizó Linfa en voz baja.

—La pinta es lo de menos. Ahora debemos ir a por nuestro objetivo —replicó Jimmy, más para sí mismo que para ella.

—Queridos, voy a encender las antorchas para adentrarnos en la cueva. Imagino que no habrá lámparas que nos iluminen el camino —soltó Catpier entre risas nerviosas—. No os mováis, enseguida regreso.

El morador de gatos se dirigió hacia el carruaje, dejándolos frente a la entrada de la cueva, y abrió un baúl del que sacó las antorchas que acababa de mencionar.

—¡Voy a echarle una mano! —dijo Jimmy, animado.

Se dirigió al lugar donde estaba Catpier. Este estaba vuelto de espaldas y no se dio cuenta de que se aproximaba el chico, quien le escuchó cuchichear en voz baja. ¿Le hablaba a uno de sus gatos?

—¡Estoy a punto de conseguirlo! ¡Ah! Y dile a Ghoul que no se preocupe por el chico; en cuanto se despiste, le quitaré la parte de la llave que guarda. ¡Corre, ve a decírselo!

Catpier chasqueó los dedos y un gato salió corriendo a toda velocidad, perdiéndose entre la espesura del bosque.

Jimmy se quedó petrificado. No era posible. ¿De verdad había oído aquello? Catpier hablaba sobre la llave y su mensaje tenía un claro destinatario: Ghoul. El chico caminó apresuradamente, con la cara desencajada, hacia donde estaban Shadow y Linfa.

—Nos ha engañado —afirmó en voz baja para que el morador de los gatos no le oyera—. ¡Catpier es un esbirro de Ghoul y quiere hacerse con la llave!

—¿Qué estás diciendo? —respondió Shadow.

—Lo he oído. Acabo de oírle enviar un mensaje a Ghoul a través de uno de sus gatos.

El monstruo se quedó helado ante la noticia. Ahora lo comprendía todo: la aparición de Catpier en mitad del camino, su ofrecimiento para llevarlos hasta la Cueva de las Heridas, la cara que se le quedó cuando la libreta y la mitad de la llave cayeron al suelo cuando Jimmy estaba inconsciente... Habían caído en su trampa, una trampa basada en la traición y en la fuerza del mal.

Catpier regresó a la entrada de la cueva portando las antorchas en las manos, y cuando los demás las vieron, les quedó claro que Jimmy estaba en

lo cierto. Las antorchas eran negras y tenían unos agujeros por los que asomaban unos gusanos gordos, igual que la que había utilizado el chico para quemar el Bosque de los Greenslers. No había duda de que Catpier estaba al servicio de Ghoul.

—¡Ya estamos listos para entrar! —exclamó mientras soltaba las antorchas en el suelo y movía la cola de gato que le salía de la parte trasera del cuerpo.

—¡Cállate, miserable! —gritó con rabia Shadow—. ¿Cómo has podido hacernos esto? ¿Cómo, Catpier?

Linf y Jimmy retrocedieron un paso instintivamente. El morador de gatos les había engañado a todos, pero quien más herido se sentía era Shadow, que había compartido amistad con Catpier desde tiempos inmemoriales. Aquella conversación era cosa de ellos dos.

—¿Cómo supiste que estábamos en este camino, ¿eh? ¿Y las antorchas? ¿De dónde has sacado esas antorchas?

El gato no respondía a ninguna de las acusaciones.

—¿Dónde está tu grandilocuencia, Catpier? ¡Habla!

Shadow disparó las preguntas una tras otra, sin dar tiempo a que su interlocutor respondiera. La ira le estaba invadiendo y la furia se había apoderado de su rostro. En realidad, tuvo que contenerse para no saltar y pelear con quien hasta ahora había sido su amigo.

La cara de Catpier se transformó. Su sonrisa cargada de falsedad se desvaneció y su cola se elevó como si se pusiera en guardia. Los gatos que hasta ahora habían tirado del carruaje aparecieron al lado de su morador, rodeándole para protegerle y mirando de forma amenazante al perro.

—Vaya... El buenazo de Shadow se siente traicionado, ¡uy qué pena! —soltó con ironía.

Shadow se abalanzó sobre él y lo tiró al suelo, apresándolo bajo su cuerpo. Pero Catpier se revolvió rápido lanzando un fuerte bufido. De inmediato, dos de sus ayudantes felinos se subieron a la grupa de Shadow, haciéndolo caer de lado. El perro alzó su brazo encolerizado, sacó sus garras para arañarles y empezó a sacudirse para librarse de ellos, lo que consiguió. Se dirigió de nuevo con furia hacia Catpier, que había conseguido apartarse unos metros, y, tras un forcejeo, logró inmovilizarlo otra vez en el suelo.

La rabia podía leerse en la mirada de Shadow, ni Jimmy ni Linfa lo habían visto nunca tan enfurecido. El perro levantó una de sus patas con toda la violencia de la que fue capaz..., pero no pudo bajarla y ejecutar un golpe que podía ser mortal. Catpier había sido su amigo durante tantos años... No era capaz de acabar con él. Él no era así.

Sin embargo, su contrincante no pensó lo mismo. Catpier aprovechó ese momento de debilidad de Shadow para alargar el brazo y coger su sombrero de copa, que había rodado a unos centímetros de él, para lanzárselo a la cara a su amigo, quien no pudo reaccionar a tiempo para apartarse. Del interior del sombrero salieron unas garras que se aferraron a la cabeza de Shadow, haciendo que el monstruo perdiera por completo la estabilidad mientras luchaba por liberarse.

Jimmy y Linfa corrieron en su ayuda, aunque los movimientos desesperados de Shadow por zafarse de aquellas garras impidieron que los chicos pudieran acercarse.

Shadow entendió que con la brutalidad de sus gestos, ni Jimmy ni Linfa podían ayudarle, así que contuvo su rabia y dejó de dar manotazos al aire. Los chicos acudieron junto a él y consiguieron quitarle el sombrero que se aferraba a su cara como si fuese una ventosa. Mientras lo hacían, Catpier se esfumó.

—¿Dónde está Catpier? ¡Maldito sea! —gritó mientras movía la cabeza de

un lado a otro para encontrar a su amigo traidor.

El carruaje ya no estaba, ni tampoco los gatos que le acompañaban. Tan solo las antorchas habían quedado olvidadas en aquel suelo polvoriento sobre el que los tres amigos permanecían tirados sin consuelo. ¿Qué iban a hacer ahora?

Jimmy fue el primero en reaccionar. Se sacudió el polvo de los pantalones y se puso firme.

—Debemos seguir nuestro camino. No hemos llegado hasta aquí para nada, y lamentándonos no conseguiremos que las cosas mejoren.

Linfa miró al chico con sus intensos ojos azules y asintió con la cabeza. Cruzaron el enorme portón de hierro que daba acceso a la Cueva de las Heridas.

—¿Alguna idea de por dónde tirar, Shadow?

Pero cuando Jimmy se giró, se dio cuenta de que su amigo no estaba allí. Miró a Linfa, que se encogió de hombros. Ninguno de los dos sabía cuánto tiempo hacía que los había dejado.

Deshicieron el camino hasta llegar de nuevo a la entrada de la cueva, y allí le encontraron, sentado en una roca, en el mismo lugar donde se había peleado con Catpier.

Shadow tenía el semblante triste y la cabeza agachada.

—Debí haber acabado con él, ¿por qué no lo hice? ¡No sirvo para nada, la culpa de este desastre es mía! —se lamentó el monstruo por primera vez.

—Shadow..., no acabaste con él porque tú no eres así, eres mucho mejor que Catpier —repuso Jimmy, que se agachó para ponerse a su altura y mirarle a la cara—. La culpa no es tuya, así que, por favor, no te lamentes. Ahora te necesito más que nunca...

Shadow elevó la mirada y descubrió sus ojos vidriosos. Todos sentían rabia e impotencia ante lo que acababa de pasar, pero no podían dejarse vencer.

—Sé que tú puedes. Vamos, estamos juntos en esto, ¿recuerdas? —le dijo Jimmy.

Por fin, Shadow reaccionó. Se incorporó para levantarse del suelo y, una vez de pie, se sacudió los restos del polvo de su pelaje. Las palabras de Jimmy habían surtido efecto; era el momento de seguir con su misión.

—Estoy listo —declaró.

—¡Linfa! ¡En marcha! —gritó Jimmy.

—¡En marcha! —respondió ella.

Se adentraron en la oscuridad de la cueva, cada uno con una antorcha en la mano. Eso sí, antes se aseguraron de librarlas de aquellos gusanos asquerosos que no hacían más que recordarles todo lo malo que había pasado. El tiempo corría en su contra; necesitaban llegar hasta la llave lo más rápido posible. Unos pocos pasos después, encontraron una bifurcación que les obligaba a elegir. ¿Izquierda o derecha?

—*Sizma!* —exclamó Linfa, haciendo que el eco de sus palabras se perdiese por el espacio de aquellos enormes pasillos, repitiéndose una y otra vez.

De una bolsita que llevaba anudada en el cinturón, sacó un frasco pequeño de cristal. Este se encendió súbitamente, desprendiendo una luminosidad desmesurada para sus dimensiones.

—Me lo ha dado la señora Spuge —aclaró—. Es la magia del buen camino, la única magia que quedaba en el bosque, un recurso de emergencia que siempre guarda bajo llave para situaciones complicadas. Eso sí, no tengo mucha, me llegará a lo sumo para tres ocasiones.

—¿Y puede ayudarnos? —preguntó Jimmy, sin saber muy bien para qué podía servir aquel bote iluminado.

—¡Claro! Su poder nos ayudará a ir más deprisa y a elegir el camino correcto en todo momento —respondió ella—. No lo dije antes para no preocuparos, pero guiarse dentro de la Cueva de las Heridas no es fácil, porque hay un laberinto dentro. Pero no os preocupéis, yo tengo la solución.



Quitó el tapón del bote y dejó caer un líquido fluorescente por un pequeño agujero que había en el suelo. Esperaron en silencio durante unos segundos hasta que una línea de luz empezó a dibujarse, indicándoles cuál era el camino que debían seguir.

—¡Vamos, rápido! —gritó la chica con ánimos renovados.

Los tres siguieron la marca luminosa del suelo a grandes pasos, aunque sin atreverse a correr debido a los constantes giros que debían hacer. El interior de aquella cueva era más complicado de lo que habían intuido, y de no haber

sido por aquel brebaje mágico de la señora Spuge, habrían tardado horas en llegar hasta el centro. Pasaron por varios pasadizos, muy estrechos, tan estrechos que tenían que agachar la cabeza para conseguir avanzar.

—¡Auuu! —exclamó de repente de Jimmy.

Todos se detuvieron, y Linfa, que iba la primera, se giró para ver qué le ocurría.

—¿Qué pasa? —le preguntó

—No sé, debo haber calculado mal. Soy más cabezón de lo que pensaba...
—dijo tocándose la cabeza con cara de dolor.

Shadow y Linfa miraron hacia donde Jimmy indicaba y enseguida comprendieron lo que ocurría. Las orejas del chico estaban empezando a transformarse, a hacerse mucho más grandes y a adquirir una forma puntiaguda. Ambos se miraron sin decirse nada, aunque aquel silencio fue suficiente. Con esa simple mirada parecieron estar de acuerdo en no comentarle a Jimmy lo que estaba sucediendo. Aquel no era el momento para añadir una nueva preocupación. Lo mejor era que siguieran adelante.

—¡Ya estamos cerca! —intervino Shadow, más animado—. ¡Ya puedo oler la otra mitad de la llave!

—No estarás oliendo la que tengo en el bolsillo, ¿verdad? —bromeó Jimmy para descargar la tensión.

Estaban los tres tan nerviosos que rieron durante mucho rato. Les dio el típico ataque de risa que te coge cuando estás superado por una situación y de los nervios no puedes parar de reír.

Siguieron avanzando por pasadizos rocosos hasta que, de repente, la cueva se ensanchó frente a ellos. Ante sus ojos se abría un inmenso paisaje con un volcán en el centro.

—Es ahí —dijo Linfa señalando en dirección al cráter.

—¿Ahí? —respondió Jimmy, sintiéndose sobrepasado. A la dificultad de escalar esa montaña, se añadía el hecho de que el volcán estaba rodeado de agua. Un enorme pantano bañaba las faldas de aquel fenómeno natural dentro del cual aguardaba el pedazo de llave que necesitaban recuperar.

—Relájate, Jimmy —lo tranquilizó Linfa con una sonrisa en los labios—. Aún me queda magia para sorprenderte un poco más...

Y tras decir esto, volvió a extraer de su bolsillo el bote de cristal que le había dado la señora Spuge. Sacó el tapón y dirigió el cuello del recipiente hacia el lago mientras cerraba los ojos y pronunciaba sus palabras mágicas: «Sizma».

El agua empezó a moverse, primero como si fuese mecida por unas pequeñas ráfagas de viento, pero a los pocos segundos una fuerza subterránea hizo que todo el caudal se arremolinara como si fuese un torbellino y se elevara del suelo, dejando al descubierto una tierra rojiza llena de rocas brillantes. El agua de aquel pantano fue metiéndose en la botella que Linfa tenía en las manos hasta que no quedó ni una gota.

—¡Vamos! Tenemos poco tiempo antes de que el agua vuelva a su sitio. ¡Venga! —gritó Linfa mientras salía corriendo hacia el valle desértico que había quedado alrededor del volcán.

Corrieron hasta llegar al otro lado de la orilla, jadeantes y algo cansados por la cantidad de rato que llevaban caminando. Rodearon la falda del montículo buscando el acceso a su interior, y cuando creyeron haber llegado por fin a su objetivo, vieron algo que les heló la sangre.

—¿Qué demonios es esto? —gritó Shadow sin apartar la vista del suelo.

Una ristra de huellas indicaba que alguien había estado ahí antes que ellos, y a juzgar por el aspecto de las pisadas, había sido hacía poco.

—¡No puede ser! —exclamó Linfa, desesperada.

Abrieron la portezuela de acceso, hecha de un material parecido a los diamantes, y se encontraron con un pasillo húmedo al final del cual había un claro de luz. Corrieron hacia aquel lugar con la esperanza de que sus temores no se hiciesen realidad. Un pedestal se erigía en mitad de un pequeño charco de agua de donde nacían flores de colores y plantas que se enredaban a la base del mismo. Ese era el lugar donde permanecía guardada la mitad de la llave que buscaban.

—Jimmy, ve al pedestal —susurró Shadow a la vez que se apartaba del camino para dejarle paso.

El muchacho caminó los metros que le separaban de aquel monumento, y cuando acercó su rostro para encontrarse con la pieza que le hacía falta, sus temores se confirmaron: no había nada. Sobre el rectángulo de piedra donde debía reposar la mitad de la llave tan solo había una silueta de color rojizo. Alguien se la había llevado antes que ellos.

Linha se acercó por la espalda y contempló el hueco vacío. Al ver lo que Jimmy estaba viendo, dejó escapar un grito de frustración.

—¡Maldita sea! —exclamó Shadow—. Han sido más rápidos que nosotros.

—¿Cómo es posible? ¡Teníamos la magia de Linfa!

—Sí, pero el mal camino puede ser mucho más rápido que los buenos caminos, supongo...

—Ha sido culpa mía —dijo Shadow—. Mientras perdía el tiempo lamentándome, nos ha adelantado.

—Sin duda, ha usado magia negra...Mirad esto. —Linha señaló hacia el suelo. Había pegotes negros, parecidos a alquitrán, repartidos por distintas zonas de la cueva.

—Hay que detener a Ghoul como sea. Se está haciendo poderoso más rápido de lo que creíamos... —intervino Shadow.

Derrotado, Jimmy solo atinó a sentarse en el suelo para procesar lo que

ocurría.

—Estamos acabados. Tenemos que admitirlo. No servimos para esto. ¿Cómo voy a ser el guardián de nada? ¡No hago nada bien! ¡No hago nada bien! ¡No hago nada bien! —repitió el muchacho como si fuese un robot.

Esas palabras parecieron remover algo dentro de Shadow.

—¡No digas eso! —le gritó.

—¡No vamos a encontrar la llave, y el tiempo se me acaba! —se lamentó el chico, presa de la desesperación.

—Ponte en pie ahora mismo —le ordenó el monstruo—. ¡Eres el guardián, Jimmy! ¡Y yo soy tu compañero! ¡Vas a encontrar la llave y vas a salvar al Mundo de las Pesadillas! Y yo voy a ayudarte. Y luego volveremos a casa. ¿Me entiendes?

Jimmy elevó la mirada y por unos segundos mantuvo sus ojos sobre Shadow. El chico miró intensamente a su compañero, en silencio, sin tener claro qué debía hacer.

La tensión del momento fue interrumpida por un sonido agudo, una melodía que recordaba a la de un piano y que provenía del subterráneo. El pedestal donde había reposado la llave comenzó a iluminarse y del techo empezaron a caer pequeños copos de nieve. ¿Qué estaba pasando?

—Jimmy... —dijo una voz que no se sabía de dónde salía.

Al chico le sonó familiar, pero no consiguió asociarla a ninguna de las personas que conocía. ¿Quién le hablaba?

—¿Quién eres? —preguntó, manteniéndose alerta, pues temía que aquello pudiera ser otra jugarreta orquestada por Ghoul. Shadow movía frenéticamente su cola, estaba... ¿alegre?

—Veo que nuestra charla en la puerta de tu casa no causó mucho efecto en ti... —le respondió.

—¡Galiz! —exclamó con sorpresa.

Un silencio reinó en la cueva y a Shadow se le erizó el pelaje al escuchar la voz del antiguo guardián, su compañero en los últimos años que ahora estaba allí con ellos.

—Lo conseguiste, muchacho. Sabía que no nos íbamos a equivocar contigo...

—¿Conseguido? Todavía no he conseguido nada más que dejar que me roben la llave delante de mis narices —replicó Jimmy a modo de lamento.

—No te consiento que hables así, Jimmy. No dejes que Ghoul te arrebatte tus sueños ni tu valor. No dejes que el miedo vuelva a apoderarse de ti, ¿entiendes? Has andado un largo camino hasta llegar aquí, no lo tires todo por la borda.

—Es muy fácil decir eso —repuso Jimmy un poco enfadado—. ¡Solo tengo dieciséis años, y yo no pedí esto! ¿Qué más puedo hacer?

—Entiendo que estés asustado, pero no debes preocuparte. Volverás a casa, estoy convencido. Solo debes creer en ti de la misma manera que todos lo hemos hecho. No pierdas la esperanza.

—¿Cómo no voy a perder la esperanza si ese demonio ya tiene lo que necesita para escapar?

—No olvides que tú tienes la otra mitad de la llave, Jimmy. Tú necesitas la otra mitad tanto como Ghoul. Estáis en la misma situación, solo que tú tienes algo a tu favor: tu bondad.

—No entiendo...

—Solo un alma limpia, solo un noble corazón, puede custodiar la llave y obrar el bien. Todos tenemos un destino, Jimmy; podemos asumirlo o pasar de puntillas sobre él. ¿Quieres dejarlo escapar de tus manos?

—¡Claro que no! —gritó al aire, sin saber adónde dirigir sus respuestas—. ¿Qué puedo hacer ahora?

—Debes recordar quién fuiste, quién eres en el presente y quién quieres ser

en el futuro. ¿Ves la zona de agua que rodea el pedestal donde descansaba la llave? Dirígete ahí.

Jimmy se dio la vuelta y miró con detenimiento donde le indicaba la voz de Galiz.

—Ahora introduce la mitad de la llave en el agua, por favor.

Al hacerlo, el agua reflejó imágenes como si estuviesen ocurriendo allí mismo. La madre de Jimmy, la señora Mortimer, aparecía sonriendo y cogiendo a su hijo en brazos. Él recordaba aquella escena perfectamente, aunque por entonces era muy pequeño. Sus padres y él eran felices y no dejaban de reír. A partir de ese momento las escenas que se fueron sucediendo tuvieron otro color. Su madre y su padre hablaban de forma desesperada sobre dinero. Hacían maletas con lágrimas en los ojos, y se abrazaban dándose consuelo antes de tener que abandonar sus casas. ¿Aquel sufrimiento de sus padres era real? ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora?

De repente, las imágenes volvieron a cambiar. Ahora el protagonista de las escenas era él de adolescente, aunque se avergonzó de inmediato al ver su propio comportamiento. Portazos, gritos, malas contestaciones y hasta algún golpe contra la pared. Pudo ver también ahora lo que sucedía cuando él abandonaba la habitación, lo que pasaba detrás de sus portazos. En muchas ocasiones, su padre se sacaba las gafas y se frotaba los ojos, cansado y confundido, repitiéndole a su mujer que no sabía si merecía la pena tanto esfuerzo por el maldito dinero, para poder ganarse la vida. Vio también cómo se quedaba su madre, cómo lloraba en la habitación de al lado, abrazada a su marido, quien la consolaba con dulzura.

Un remolino de agua le mostró a Jimmy una nueva escena: su padre completamente hundido, sentado ante su escritorio con decenas de papeles delante. Hacía cálculos y suspiraba, con el rostro agotado por tanto trabajo.

Le vio subirse a su coche y conducir hasta las oficinas ferroviarias. Observó cómo su jefe le pedía siempre más y más, sin importar la cantidad de horas o de esfuerzo que dedicara, sin atender jamás a sus peticiones de aumento: «¿Quieres más dinero, Mortimer? ¡Pues gánatelo!», le gritaba el muy déspota, y el padre de Jimmy solo podía agachar la cabeza. No tenía ni idea del sufrimiento de su padre durante todos estos años.

El chico se secó las lágrimas de los ojos. Nunca antes se había planteado el esfuerzo que debían haber hecho sus padres para mantener una vida digna. Él solo se había preocupado de su propia tragedia y de su soledad. Había sido un egoísta al no darse cuenta de todo lo que ellos hacían por la familia.

Deseó con todas sus fuerzas volver a ver a sus padres, abrazarlos de nuevo y decirles sin vergüenza lo mucho que les quería.

—Espera, que aún hay más. Ese eres tú, es cierto —intervino la voz de Galiz—. Pero no eres tú. Al menos, no del todo.

Los reflejos del agua mostraron al Jimmy actual en el Mundo de las Pesadillas. Shadow aparecía a su lado en distintos escenarios por los que habían pasado: la sala de los espejos, las calles de la ciudad iluminada con luces verdes, la aldea de los animuls... Era como si fuese una película rodada hace años, aunque tan solo habían pasado unas horas desde que viviera todo aquello. Y entonces apareció una escena más, una de las más importantes que había vivido: el abrazo sincero con Shadow cuando le rescató de morir ahogado dentro del vagón del Ferro Vía.

—Fue tu valor el que lo salvó, Jimmy. No necesitas más pruebas para saber que estás preparado —dijo Galiz.

El chico sacó la llave del agua, de nuevo deshecho en lágrimas, aunque esta vez con una media sonrisa tras recordar todo lo vivido. Linfa y Shadow se miraron entre ellos y luego miraron a Jimmy. Aquel Jimmy valiente debía volver, porque no había dejado de existir. Solo tenía que creer en sí mismo.

—Por último, muchacho, posa la mitad de tu llave en lo alto del pedestal.

Obedeció sin decir nada. Las imágenes pasaron de proyectarse en el agua a hacerlo en el aire, como si hubiese una pantalla transparente ante ellos. Y lo que Jimmy, Linfa y Shadow vieron fue dantesco. Cientos de monstruos de diferentes partes del Mundo de las Pesadillas corrían asustados buscando refugio. Un fuego inmenso los perseguía, y sus rostros de horror mostraban la magnitud de aquella fechoría. De repente, Catpier apareció en escena. Llevaba la mitad de la llave que les faltaba en la mano y caminaba ascendiendo un montículo.

—La llave puede ver el pasado, y también el presente. Pero solo tú puedes decidir tu futuro —dijo Galiz. Su voz se estaba apagando poco a poco.

—¡El monte Smurl! —exclamó Shadow, quien reconoció el lugar donde años atrás habían apresado a Ghoul.

—Adiós, amigos —se despidió el antiguo guardián con un hilo de voz, su presencia se iba apagando entre las paredes—. Adiós, os deseo fortaleza y prosperidad.

Su voz se apagó por completo. Las imágenes también se desvanecieron y de nuevo se hizo el silencio. Catpier había robado la mitad de la llave, tal como habían sospechado, y estaba camino de entregársela a Ghoul.

—¿Estamos a tiempo de detenerle? —preguntó Jimmy con un nuevo tono en la voz.

El desierto de los emuladores

—Sí, pero tenemos un problema. Fíjate —indicó Shadow, señalando un hueco en la pared que mostraba el exterior de la montaña donde se encontraban. El agua que rodeaba el cráter había vuelto a aparecer. Linfa ya les había advertido de que el conjuro tenía un tiempo de duración y, tras su charla con Galiz, este se había agotado.

—Creo que yo puedo ayudar con eso —intervino la chica—. La señora Spuge me dijo que podía usar el frasco de magia hasta en tres ocasiones. Quería guardar el último conjuro para cuando nos enfrentáramos a Ghoul, pero creo que lo necesitamos más ahora... ¿Qué decís?

Jimmy y Shadow se miraron y asintieron a la vez.

—Adelante, Linfa. Úsala para sacarnos de aquí —le dijo chico.

—Bueno..., tengo una idea mejor —respondió, guiñándole un ojo.

Sacó el botecito de su bolsillo, lo abrió de nuevo y vertió ceremoniosamente su contenido sobre su bastón, cuya magia se había secado después del incendio del Bosque de los Greenslers. Cerró los ojos, agarró el bastón con fuerza y lo golpeó contra el suelo, haciendo que unos rayos de luz verde similares a las raíces de un árbol saliesen disparados y dibujasen tres

caminos en el suelo. Uno para cada uno de ellos. Pero los tres caminos confluían en el agua.

—Ya que solo podía usar el botecito una vez más, he pensado... usa la magia para crear más magia —soltó la chica con una sonrisa triunfal.

—Creo que tu bastón quiere que nos demos un chapuzón —apuntó Shadow.

—Eso parece —se rio Linfa—. ¡Vamos, chicos!

Shadow y Jimmy intercambiaron una mirada vacilante.

—Vaya, veo que tendré que ser yo quien os guíe... —se mofó la chica, fingiendo sentirse molesta—. Está bien, seré la primera. ¡Seguidme!

Esta última orden la lanzó con un pequeño grito a la vez que sumergía las manos en el agua. Su cuerpo desapareció, como absorbido por la charca, pero la luz verde siguió iluminando el agua, señal de que la puerta de acceso a dondequiera que hubiese ido Linfa seguía abierta, esperando a que ellos dos la traspasasen.

—Creo que no tenemos otra opción... ¡Allá voy! —gritó Shadow antes de desaparecer también dentro de la charca.

Jimmy se quedó solo. Tardó unos segundos en saltar, pero no por miedo, sino porque quiso aprovechar esos instantes de soledad para prometer en voz alta, a pesar de que nadie le escuchase, que iba a luchar con todas sus fuerzas para salvar al Mundo de las Pesadillas de la maldad de Ghoul.

—¡No pararé hasta que el Mundo de las Pesadillas esté a salvo! ¿Me oyes, Ghoul? ¡No pararé!

Una vez que se sintió preparado, saltó al agua y se dejó engullir por ella para emprender el mismo camino que sus compañeros.

Cuando volvió a experimentar la fuerza de la gravedad, se encontraba en mitad de un desierto junto a Shadow y Linfa.

—¡Ya era hora! —dijo la chica en tono de broma.

—Cinco segundos de intimidad tampoco es tanto, ¿no crees?

—Chicos, siento interrumpir vuestra primera pelea, pero... ¿os habéis dado cuenta de dónde estamos? —intervino Shadow.

Jimmy miró a su alrededor. A simple vista el paisaje le había recordado a un desierto, pero ahora se fijó en que la arena era de color gris, como si el suelo estuviese compuesto de cenizas y polvo. Un océano gris oscuro se expandía bajo sus pies y sobre sus cabezas.

De repente se escuchó un crujido proveniente del suelo y decenas de grietas comenzaron a aparecer a la velocidad de la luz. A medida que se hacían más anchas y profundas, humaredas de polvo se elevaban hasta el cielo para extender un manto de neblina grisácea.

«¿Un terremoto?», fue lo primero que pensó Jimmy.

Pero no le dio tiempo a quedarse para averiguarlo porque Linfa le tiró del brazo para atraerlo hacia ella y, con su bastón, dibujó un círculo en el suelo donde quedaron encerrados los tres.

—¿Qué está pasando?! —preguntó el chico a gritos, ya que el ruido producido por los movimientos de tierra era ensordecedor.

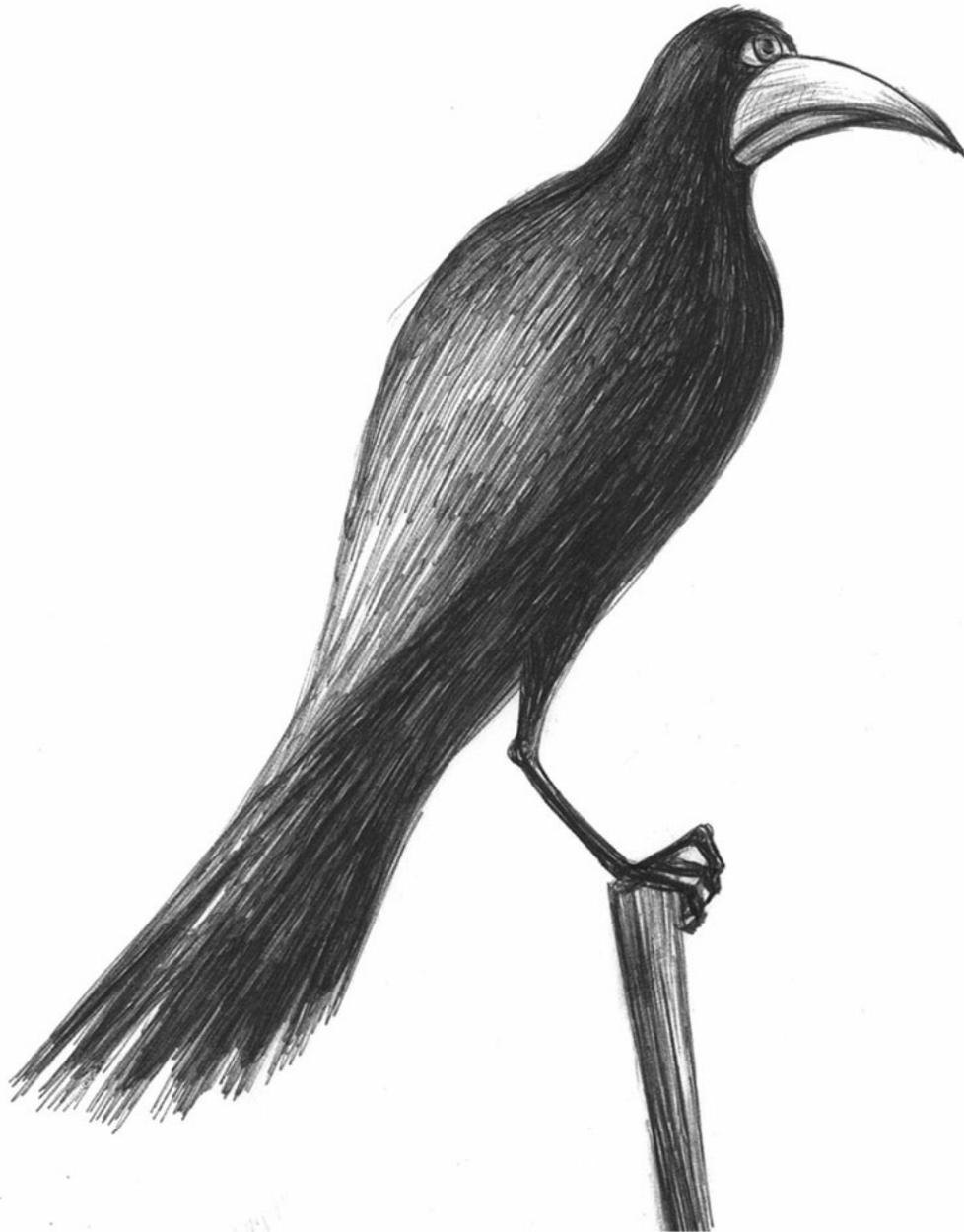
—Han venido a ayudarnos —respondió Shadow.

Cuando las grietas del suelo fueron lo suficientemente anchas como para que cupiera un vehículo en ellas, la tierra volvió a moverse.

Del subsuelo emergieron unos enormes troncos de madera negra, como pedestales muy largos, de unos cinco metros de alto. En cuestión de segundos, aquella extensión de tierra gris que hacía unos minutos recordaba a un desierto, quedó plagada de palos en posición vertical, y una vez que frenaron su ascenso a la superficie, las grietas fueron desapareciendo como si alguien las estuviese eliminando con una goma de borrar.

Intrigado, Jimmy se fijó en los palos que le quedaban más cerca. En lo alto de todos ellos se veían unas inquietantes aves, también de color negro, que

parecían estar disecadas. No piaban, no aleteaban, no se movían. Tenían una sola pata de tres dedos, y en el centro de la cara, aparte de un pico enorme, tan solo tenían un ojo. Además, cada ave estaba ligada a su tronco por medio de un grillete.



De repente, alrededor de los palos brotaron unos enormes clavos que rodearon los pedestales, impidiendo así que alguien pudiese acercarse más de la cuenta.

—Chicos, ya podemos salir —indicó Linfa a sus compañeros para que abandonaran su refugio mágico.

Shadow fue el primero en moverse, luego salió ella y, por último, Jimmy. Cuando el chico hubo puesto los dos pies en el terreno, fuera del círculo marcado por el bastón, todos los pájaros giraron sus cabezas hacia él. Un escalofrío le recorrió el cogote.

—¿Por qué me miran? —preguntó un poco alarmado al sentir aquella cantidad de ojos sobre él.

—Porque esperan tus órdenes. Jimmy, te presento a los emuladores —respondió Shadow.

—¿Emuladores?

—Son pájaros mensajeros que pueden llevar información a cualquier parte del Mundo de las Pesadillas. Tan solo debes decirles cuál es tu mensaje, como si estuvieses dictando una carta, y aclarar quiénes son los destinatarios. Entonces, partirán para entregarlo lo más rápido posible.

—¿Y a quién debo dirigirme? —dijo Jimmy, algo confuso.

—Ahora no solo eres el nuevo guardián —intervino Linfa—. En estos momentos, estás aquí para salvar al Mundo de las Pesadillas de un triste final. Creo que cualquier ser que habite aquí estará interesado en saber lo que está ocurriendo. Y cuantos más aliados tengamos, mayores serán nuestras posibilidades de derrotar a Ghoul. Mucha gente pequeña, haciendo cosas pequeñas, puede cambiar el mundo. No tengas miedo, y habla desde el corazón.

Jimmy escuchó con detenimiento a su amiga y, tras meditar unos segundos, enderezó el cuerpo y se dispuso a hablar.

—Este es un mensaje para todos los seres del Mundo de las Pesadillas — dijo con voz clara, sin vacilar—. Soy Jimmy Mortimer, el nuevo guardián de la llave. Aunque no os conozco a todos, quisiera deciros algo. Sé lo que ha ocurrido, el infierno por el que estáis pasando y, creedme, siento en el alma todo vuestro sufrimiento...

Los pájaros comenzaron a emitir unos extraños sonidos a la vez que sus cuerpos se iban engordando.

—¿Qué está pasando? —preguntó, alarmado, a Shadow.

—Están recogiendo información, no te preocupes. Cuanto más hables, más engordarán. Tranquilo, si veo que te pasas, yo te diré cuándo parar.

Jimmy asintió y continuó:

—Quiero que sepáis que no estáis solos. Os prometo que lucharé hasta que no me queden fuerzas. Os lo debo a vosotros, por haberme acogido, y también se lo debo a mi familia. Sabed que Linfa, la líder de los greenslers, y Shadow, mi mentor, me acompañan en este recorrido para vencer el mal. Nos acercamos al monte Smurl y necesitamos vuestra ayuda y vuestra fuerza para derrotar a Ghoul.

Al pronunciar este nombre, los emuladores se estremecieron y empezaron a hacer muecas extrañas con el pico, como si se atragantaran. De hecho, parecía que tenían arcadas.

—¿Van a vomitar? —preguntó Jimmy, alarmado.

—Es que ese nombre no tiene muy buen sabor para ellos, pero se tienen que aguantar, es una parte importante de tu mensaje. La gente tiene que saberlo.

Jimmy continuó:

—El Mundo de las Pesadillas es vuestro hogar y ahora también es el mío. ¡Un hogar maravilloso que no vamos a dejar que destruyan así como así! ¡Luchemos juntos para acabar con Ghoul! —gritó con toda su energía.

Jimmy cerró la boca y miró a un lado y a otro, buscando la aprobación de Linfa y Shadow. Ambos sonreían tras haber oído sus palabras, y la líder greensler soltó una lágrima de emoción por la solemnidad de su petición, que afectaba directamente a los de su especie.

—Es suficiente, Jimmy —intervino Shadow mientras se acercaba para pasarle el brazo por la espalda y así reconfortarlo.

Pasados unos segundos, los pájaros, que hasta ahora habían estado quietos, comenzaron a graznar y a aletear con fuerza. Los grilletes que sujetaban sus patas a los palos de madera se abrieron solos y comenzaron a volar en diversas direcciones, cada uno con un destino claro donde dejar su mensaje.

—Lo has hecho muy bien —le dijo Linfa con cariño.

Jimmy la miró con agradecimiento. Tenía los ojos enrojecidos, tanto por la rabia que sentía hacia Ghoul como por lo mucho que le habían emocionado sus palabras. Se dirigió hacia ella, y cuando estuvo a un palmo, tuvo que agarrarse a su brazo para no caerse al suelo.

—¡Jimmy! ¿Qué te pasa? —preguntó la chica.

—Nada..., es que me he mareado un poco...

Linfa le ayudó a sentarse en el suelo, se colocó junto a él y dejó que apoyase la cabeza en su regazo.

—Creo que deberíamos dejarle descansar un poco —le susurró a Shadow.

—Sí, será mejor que...

—¡Estoy bien! —gritó Jimmy, interrumpiendo a su mentor.

—No, Jimmy. Linfa tiene razón. Debes descansar un poco. Además, no podemos marcharnos hasta que regresen los emuladores, así que, te guste o no, vas a tener que quedarte aquí sentado. Yo iré a por algo de comer, que hace rato que me rugen las tripas —dijo guiñando un ojo.

Shadow se alejó unos metros de los chicos y a los pocos segundos Jimmy se incorporó y se sentó con las piernas cruzadas, igual que estaba Linfa.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, solo ha sido un pequeño mareo... Creo que a mí también me vendría bien comer algo.

Los dos sonrieron y se miraron a los ojos como hacía horas que no lo hacían. Se quedaron en silencio, sin saber qué decir, y él agradeció al universo que fuese ella quien iniciara una conversación.

—¿Cómo es tu casa, Jimmy? Quiero decir, ¿también es en un árbol? — quiso saber Linfa.

—No, qué va —rio él—. Vivo en una casa parecida a la de la señora Spuge, ¿sabes?

—¿De verdad? —preguntó ella, sorprendida.

—Bueno, sí, aunque no tan colorida. Ni tampoco está al revés. Y las mesas no vuelan... A ver, tiene tres plantas, y la tercera es mi habitación. Desde allí puedo ver el mar.

—¡Suena genial!

—No te creas. Es un sitio bastante deprimente y viejo... —contestó, intentando recordar los detalles de su casa—. Aunque...

—Aunque ¿qué?

—Pues que echo mucho de menos esa vieja casa destartalada. Tengo ganas de volver a ver a mi madre. Y, aunque jamás pensé que diría esto, también a mi padre. Siento que llevo toda mi vida siendo egoísta y ahora solo me apetece abrazarlos...

—Todos cometemos errores y somos egoístas a veces. Lo importante es darse cuenta de lo que tenemos y, sobre todo, cuidarlo.

En ese momento Jimmy recordó algo que ya había querido preguntarle a Linfa en aquel árbol mágico en la noche Hyggelig.

—Oye, Linfa... ¿Por qué no te vienes conmigo?

—¿Irme?

—Cuando se abra la puerta, tendremos un momento para pasar. Por lo que me dijo la señora Spuge, es una oportunidad entre un millón. Si no la aprovechas ahora, no vas a poder intentarlo a no ser que vuelva a haber otra lucha épica entre el bien y el mal...

—¿Irme a tu mundo? —preguntó ella, nerviosa.

—Sí, a mi mundo... A ver, tampoco es tan malo como te lo he pintado. También tenemos plantas y flores preciosas, y las vistas al mar que hay desde mi casa son muy bonitas. Estoy seguro de que te encantarían.

La chica permaneció callada, sumida en sus pensamientos después de haber recibido la propuesta de Jimmy.

—¿Ocurre algo? —le preguntó el chico al darse cuenta de que ella parecía absorta.

—¡No, no! ¡En absoluto! Estoy bien —respondió con una sonrisa forzada—. Sería genial ir a tu mundo, pero... es que no puedo.

—¿No puedes?

—No..., no puedo abandonar a los greenslers, ellos son mi familia, ¿entiendes?

—Entiendo... —convino él con tristeza—. Pero nos volveremos a ver, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! Además, tienes la libreta para acordarte de mí siempre. ¡Déjamela!

Jimmy la sacó del bolsillo y se la dio.

—Todavía no he podido escribir nada... Pero te prometo que, a partir de ahora, en esa libreta solo habrá pensamientos felices.

Linfa la abrió por la última página y escribió: «Siempre juntos, aquí o en nuestros sueños. Jimmy y Linfa».

Las palabras fueron rodeadas con un corazón y la líder greensler se lo mostró orgullosa a su amigo.

Jimmy no pudo evitar sonrojarse, no sabía si por la emoción del momento o por el corazón dentro del cual figuraba su nombre junto al de Linfa. Asintió con la cabeza y, dejándose llevar por el momento, la abrazó con todas sus fuerzas. Permanecieron así durante unos segundos que deseó que se convirtieran en una eternidad. Habría permanecido en aquella posición durante mucho más rato de no haber sido por los graznidos de los emuladores, que ya estaban de vuelta con nuevas que ofrecerles.

Lo que Jimmy no esperaba era que las aves, en vez de posarse en sus palos, se estrellaran contra el suelo como si fuesen bombas de racimo, cayendo todas en el mismo lugar. Los pájaros se fueron apelotonando unos encima de otros, formando una enorme montaña negra de plumas.

Jimmy creyó estar soñando cuando vio que se formaba una enorme masa en forma de cabeza gigante con un solo ojo. El conjunto de emuladores había formado un solo pájaro gigantesco, con alas y patas extremadamente grandes, que ahora se estaba poniendo en pie.

—Hemos recibido tu mensaje, Jimmy —dijo el nuevo ser alado.

El chico no salía de su asombro, y no por el hecho de que un pájaro le hablase, algo muy normal en el Mundo de las Pesadillas, sino porque la voz que escuchó era la de la señora Spuge.

—¿Señora Spuge? —preguntó intrigado.

—Sí, querido, soy yo.

El chico y Linfa se dispusieron a escuchar con respeto y emoción al pájaro gigante que tenía la voz de su amiga maga.

—Es hora de que vayas a enfrentarte a tu destino, Jimmy. Debes dirigirte al monte Smurl inmediatamente. Nosotros te ayudaremos, aunque debo advertirte que algunos pájaros caerán antes de que lleguéis. No todas las almas pueden aguantar en agonía el mismo tiempo...

—¡Lucharé por vosotros! —gritó Jimmy.

—Subid al ala del monstruo inmediatamente, queridos. ¡No hay tiempo que perder!

El muchacho ayudó a Linfa a subir al ave gigante, procurando no dañar a los pájaros con que se había formado. Una vez que ella hubo subido, él buscó la manera de asirse a las plumas para encaramarse también. En ello estaba cuando se elevó sin saber cómo, como si una mano invisible lo subiera. Era Shadow, que acababa de volver.

—Creo que esto nos va a hacer más servicio del que pensaba —dijo mostrando las manzanas que acababa de recoger y subiéndose a lomos del pájaro gigante.

—¿Cómo puedo vencer a Ghoul? —planteó Jimmy acariciando el plumaje del animal.

—Debéis conseguir la llave y unir las dos partes. Solo así se abrirá el portal que te otorgará el título de guardián y te llevará de vuelta a casa. Por el contrario, si Ghoul consigue tu mitad de la llave... —la voz de la señora Spuge hizo una pausa—, no quiero pensar qué podría pasar entonces.

Jimmy comprendió la importancia que tendrían sus actos de ahora en adelante. La recta final de su viaje estaba llegando. Todo lo que había vivido hasta ese momento solo había sido un ensayo de lo que estaba por llegar: la batalla final contra Ghoul.

—Pongámonos en marcha, entonces —dijo—. ¿Cómo anda esta cosa?

—¡Solo debes decirle dónde quieres ir! ¡Él te llevará! —dijo la señora Spuge—. El resto de los monstruos y yo te alcanzaremos en la cima de la montaña. Debes saber que todos los habitantes del Mundo de las Pesadillas han oído tu sincera llamada y están contigo para ayudarte con su energía.

Aquellas palabras se clavaron dentro de Jimmy. Saber que estaba acompañado no solo física sino mentalmente de todos los seres del Mundo de las Pesadillas le insufló fuerzas para combatir aún con más ganas.

Linfa y Shadow lo miraban esperando alguna reacción. Él les respondió con una mirada cómplice y les agarró de la mano antes de dar órdenes a aquel pájaro gigante sobre el que viajarían.

—¿Estamos listos? —preguntó el chico.

El plumaje del ave hecho de miles de pájaros se estremeció, lo que Jimmy interpretó como una respuesta afirmativa.

—¡Al monte Smurl! —gritó.

Tenía que alzar la voz para hacerse oír. Al moverse entre nubes, las ráfagas de viento provocaban un ruido ensordecedor, y pequeñas gotas de agua condensada les impactaban en la cara. El cielo se iluminó y fue casi como si sintieran la electricidad dentro de su cuerpo. A Linfa se le escapó un pequeño grito ahogado. Ver un relámpago desde dentro del mismo cielo era impresionante, y también aterrador. Se estaba gestando una tormenta.

El monstruo emprendió su camino a través de la ceniza que cubría el suelo, dejando unas pisadas que el viento borraba pocos segundos después. Densas nubes habían colonizado el cielo y las gotas de lluvia ya habían comenzado a descender. La cuenta atrás había empezado, y el Mundo de las Pesadillas se preparaba para su batalla final.

El monte Smurl

El frío se colaba en los huesos de los tres amigos, quienes se habían acurrucado los unos contra los otros en la espalda del ave gigantesca. El pájaro avanzaba a buen ritmo por el desierto de ceniza, pero hacía rato que no se veía señal de ningún tipo de vida.

Por fin, una sombra empezó a divisarse en el horizonte. El ambiente polvoriento y la oscuridad que la envolvía hacían difícil distinguir la silueta con claridad y, por un momento, Jimmy incluso dudó de si aquello que veía era real o un simple producto de su imaginación. Se frotó los ojos con la mano helada, pero en realidad no le hacía falta. Una corazonada le decía que aquella figura que se dibujaba a lo lejos era su destino, el monte Smurl.

De pronto, unos golpes secos como si fuesen rocas cayendo desde una montaña hicieron que Linfa se removiera y alargara el cuello por encima del hombro de Jimmy para encontrar el origen de esos ruidos.

—¿Qué está pasando? —preguntó él, inquieto.

Shadow se deslizó por el lomo del monstruo que les transportaba para poder ver el suelo.

—Me temo que estamos llegando, chicos —dijo—. Los emuladores están empezando a caer.

Una decena de aves caían del vientre de la enorme ave y se iban rodando en dirección contraria a la de su marcha. El pájaro gigante se estaba descomponiendo.

—Al caer, liberan el alma de los monstruos cuyo mensaje transportan y por fin pueden descansar en paz —explicó Shadow ante los ojos estupefactos de Jimmy y Linfa.

El chico asintió y tragó saliva. Con cada movimiento del pájaro, sentía con más intensidad el nudo que se le había formado en el estómago. Era la hora de luchar, ya no había vuelta atrás. De repente, la voz de Linfa le sacó de sus pensamientos.

—Pero ¡¿qué demonios es eso?! —gritó, señalando con su dedo hacia el horizonte.

Se encontraban lo suficientemente cerca de la montaña como para ver que un grupo de seres voladores vigilaban desde el cielo la entrada del monte Smurl, un agujero en forma de calavera con la boca abierta y expresión agonizante.

—¡Frígidos! —chilló Jimmy al reconocer el estridente sonido que emitían aquellos monstruos aliados del mal.

—Hace años que no los veo... y no los recordaba tan grandes —se lamentó Linfa—. ¿Cómo los vamos a despistar?

—Ghoul es cada vez más poderoso —dijo Jimmy, y deseó haber callado aquel pensamiento cuando vio la cara de su amiga—. Tengo una idea —se apresuró a añadir—, pero no podemos perder tiempo.

Sin decir nada más, dio una orden para que el pájaro de emuladores se detuviera y se escondiera tras unas rocas que tenían cerca. Los tres se deslizaron por el cuerpo del monstruo hasta poner los pies en el suelo.

Shadow les hizo un gesto con el índice para que se acercaran a él a toda velocidad.

—Esta última parte del camino la vamos a hacer andando. Hay que despistar a esos frígidos para poder entrar en el monte sin problemas.

—Pero si están sobrevolando todo el monte... ¿Cómo vamos a evitar que nos vean? —quiso saber Shadow.

—Dejaremos que el pájaro de emuladores nos avance y capte la atención de los frígidos —contestó Jimmy, señalando el camino más recto hacia la entrada, justo a su derecha—. Cuando empiecen a atacar, tendremos que darnos prisa para aprovechar esos minutos de distracción y acceder a la entrada por el barranco, que quedará a sus espaldas.

—¿Crees que funcionará? —intervino Linfa.

—Espero que sí... No tenemos muchas más alternativas.

Y tras decir esto, se dio la vuelta y se dirigió a la parte delantera del ave que les había llevado hasta allí.

—Chicos, este es el último esfuerzo —le susurró al pájaro.

El monstruo emitió un graznido en señal de comprensión y empezó a avanzar, esta vez más ligero a causa de las pérdidas que había sufrido.

Jimmy y Linfa contemplaron cómo el ave se dirigía a cumplir su misión. Perdió a unos cuantos emuladores por el camino, pero llegó casi al completo hasta la falda del monte Smurl. Tal como el chico había previsto, los frígidos no tardaron en desviar su trayectoria hacia donde estaba el pájaro gigante. En cuestión de segundos, se dejaron caer desde el cielo para estallar sobre su cuerpo, que ya estaba prácticamente desmembrado a causa del esfuerzo y de las explosiones.

—Gracias, amigos —murmuró Jimmy desde la lejanía. Y no pudo evitar que una lágrima resbalara por su mejilla.

—Vamos, tenemos que darnos prisa —dijo Linfa, agarrando el brazo de

Jimmy para captar su atención.

Los tres se lanzaron a la carrera hasta llegar al borde de un barranco en el que reinaba la penumbra, pero desde donde se veía la entrada al monte Smurl de forma casi privilegiada. Los fríos habían dejado libre la zona de acceso para atacar sin compasión al monstruo de emuladores, y tan solo una pasarela de rocas que cruzaba un foso lleno de un líquido transparente en efervescencia les separaba de su objetivo. Miles de burbujas brotaban y se elevaban por el aire hasta explotar a la altura del puente, soltando una intensa y maloliente humareda.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Linfa.

—¡No os paréis! —les ordenó Jimmy, que siguió corriendo en dirección a la entrada con forma de calavera.

Shadow y Linfa solo tardaron un par de segundos más que él en cruzar la pasarela y adentrarse en las entrañas del monte Smurl.

—¿Nos ha visto alguien? —quiso saber Jimmy, apoyado en la pared interior de la montaña y jadeante tras la carrera.

—Lo dudo mucho. Creo que por ahora tenemos algo de ventaja —contestó Shadow.

—¿Hacia dónde tenemos que ir? —quiso saber Linfa.

El chico levantó una mano como pidiendo que le dejaran unos segundos para orientarse. Cerró los ojos para poder concentrarse mejor y, tras un profundo suspiro, los volvió a abrir.

—Puaj. ¡Este sitio apesta! —se quejó—. Creo que es por aquí...

Los tres emprendieron la marcha por el interior del monte Smurl, pero cuando apenas habían avanzado unos metros, el atronador sonido de unas campanas les erizó la piel. Repicaban como si fuesen el rugido de una bestia feroz, haciendo temblar las piedras del suelo e incluso desatando nubecillas de polvo por el estruendo.

—¡Quietos! —susurró Jimmy, quien de pronto se había detenido delante de los dos.

Las paredes tenían infinidad de huecos y, aprovechando la oscuridad que reinaba en el lugar, el chico se introdujo en uno de ellos e hizo un gesto a Linfa y Shadow para que hicieran lo mismo.

—Chiss —siseó Jimmy desde el otro lado del hueco. Estuvieron unos segundos atentos, pero no apareció nadie por el pasillo. Parecía que estaban a salvo. Por el momento.

Las campanas tocaron hasta indicar que eran las diez de la noche. Tan solo tenían dos horas para encontrar a Ghoul, enfrentarse a él y arrebatarle la parte de la llave del Mundo de las Pesadillas que había robado. Jimmy no podía estarse quieto y al moverse para espiar si podían salir ya de ese dichoso agujero, se dio cuenta de que unas enormes pezuñas sobresalían de sus zapatillas. La transformación seguía su curso.

—Tenemos que seguir —dijo, alarmado.

—Pero ¿no esperamos a la señora Spuge? —preguntó Linfa con una mirada cargada de dudas.

Continuar sin refuerzos era un auténtico suicidio, pero el tiempo jugaba en su contra. No podían esperar a que llegase el resto de los monstruos en su ayuda, y eso era algo que todos sabían, por mucho que se guardaran de decirlo en voz alta.

—Debemos continuar. Tenemos que buscar la llave; no podemos esperar más —insistió Shadow, quien se había percatado de la transformación de Jimmy.

El chico asintió. No tenían tiempo que perder. Se giró para convencer a Linfa y al hacerlo creyó ver una sombra deslizarse velozmente entre las rocas. Trató de localizarla de nuevo, pero ya no volvió a verla. ¿Su

transformación en monstruo incluía cambios de visión? ¿Sería un efecto óptico provocado por la falta de luz?

No tuvo tiempo de descubrirlo porque Shadow ya se había puesto en marcha y enseguida se metieron en otro pasadizo mucho más pequeño. Al final del corredor encontraron una escalera tan extremadamente estrecha que tuvieron que subir de lado y, aun así, sus cuerpos raspaban de vez en cuando con las paredes. Jimmy notaba que la piedra le arañaba los trozos de piel que todavía conservaba en el cuerpo, pero eso solo hizo que quisiera ir más rápido. Si no conseguía encontrar la llave, nunca más tendría el cuerpo de un humano.

Cuando acabaron su ascensión, llegaron a una pequeña estancia iluminada por velas titilantes que dibujaban sombras extrañas en las paredes. Unas piedrecillas cayeron de la pared que estaba al lado de Jimmy. Alzó la vista, pero no vio nadie. Justo cuando abrió la boca para susurrarle a Shadow que tuviera cuidado, las llamas de todas las velas alumbraron con más fuerza, como por arte de magia, y la habitación se iluminó.

—Vaya, vaya, sí que ha empeorado tu olfato, querido amigo. ¿Tú no eras un sabueso?

—¿Catpier? —dijeron Jimmy y Linfa al unísono y con el mismo grado de estupefacción.

La voz del morador de gatos resonó por toda la estancia y, acto seguido, apareció de la nada con un semblante hostil y rodeado de sus malévolos felinos.

—Serán cosas de la magia negra: a unos nos ayuda y a otros os hace hacer el ridículo —soltó entre risas, con un sarcasmo que solo a él le hacía gracia.

Instintivamente, Shadow dio un paso atrás, ocultando con su cuerpo el final de la escalinata donde Jimmy y Linfa seguían ocultos.

—¿Por qué haces esto, Catpier? No lo entiendo... —empezó en un tono

conciliador, intentando que su amigo volviese a ser el que fue.

—¿Por qué? Es curioso que me lo preguntes...

Sus ojos se encendieron y se volvieron de color rojo, el mismo rojo que había teñido los ojos de Jimmy la noche del incendio en el Bosque de los Greenslers.

—Tú siempre has sido el gran mentor. ¡Shadow, el gran mentor de los guardianes! —siguió Catpier con teatralidad—. Yo vivía aquí antes que tú, ¿sabes? Antes incluso de que tu querida señora Spuge creara la llave y la figura del guardián. Pero ¿te crees que eso le importó a nadie cuando se repartieron los mundos?

—Los mundos no se repartieron: se dividieron para evitar un mal mayor.

—Si no se repartieron, ¿por qué te tocó a ti poder viajar al mundo de arriba? ¡Claro que se dividieron! Y te escogieron a ti. ¿Crees que alguien pensó en mí? ¿Por mucho tiempo que llevara aquí? ¡Pues claro que no! Nadie confió en mí para ocupar ese puesto. ¡Ni un solo monstruo! ¡Yo también tenía derecho!

El morador de gatos se detuvo, jadeando. Tenía todo el pelo erizado y temblaba tanto que parecía que iba a explotar en cualquier momento.

—Ayudando a Ghoul nos estás condenando a todos, Catpier —dijo Shadow, dando un paso adelante hacia su amigo, intentando ganarse su confianza—. ¿No te das cuenta?

—¡Cállate! —gritó el morador, y las llamas de las velas volvieron a crecer—. Él es el único que ha creído en mí, ¡el único! Cuando consigamos la mitad de la llave que tiene tu guardiancillo, seré yo quien vaya al mundo humano. Se acabó ser tu siervo y pasarme la existencia haciéndote favores, ¡se acabó!

Jimmy hizo ademán de salir de su escondite, pero el brazo de Linfa le detuvo. Confundido, el chico la miró y vio que ella se ponía un dedo en la

boca y le señalaba algo que él no había visto. En el centro de la sala, Shadow había cruzado una de sus patas por la espalda y les hacía señas con los dedos para que se fueran escaleras abajo, para que escaparan sin él.

—¡No! —susurró Jimmy, desesperado—. ¡No podemos irnos sin él!

—Tenemos que encontrar a Ghoul antes de que sea demasiado tarde — declaró ella con los ojos vidriosos a la vez que tiraba del brazo de su amigo para que la siguiera.

Jimmy volvió a mirar a Shadow, que se puso en guardia. Se alzó todo lo grande que era y dio otro paso adelante, pero esta vez con una actitud muy distinta.

—No conseguirás la llave, ¿me oyes? ¡Antes tendrás que matarme!

—¡Esta será la última orden que me des! —sentenció Catpier—. ¡A por él, queridos míos!

Shadow se dispuso a atacar a Catpier, para luchar hombre contra hombre o, más bien, perro contra gato. Pero ese no era el plan de Catpier: aquella no iba a ser una batalla justa, porque cientos de gatos, que habían estado agazapados en las paredes, camuflados con el entorno, se abalanzaron sobre Shadow a tal velocidad que el perro no pudo hacer nada por evitar el ataque. Lo tiraron al suelo y su oscuro pelaje se perdió bajo una montaña de gatos esbirros de Catpier que lo arañaban con una rabia frenética, como intoxicados por el embrujo de la magia negra. El monstruo intentaba zafarse de ellos, pero eran tantos que cuando apartaba uno ya tenía a cuatro más encima.

Los ojos de Jimmy se llenaron de rabia al ver cómo su amigo se debatía entre la vida y la muerte luchando contra aquella jauría de gatos agresivos que le atacaban sin piedad.

—No vamos a dejarle aquí —le dijo a Linfa, quien, sin éxito, seguía haciendo esfuerzos para convencerle de seguir las órdenes de Shadow—. Tenemos que ayudarle. ¿Puedes usar tu bastón?

—Aún le queda algo de magia. Poca..., pero queda.

Los dos se miraron. Si tenían que enfrentarse solos a Ghoul, que así fuera, pero no podían dejar que Shadow acabara así.

La líder greensler alzó la cabeza para mirarle a los ojos y, finalmente, asintió. Jimmy sonrió por primera vez en mucho rato y, como pudo, se hizo a un lado para dejarle espacio. Linfa se colocó delante de él y apuntó a la montaña de gatos con su bastón.

—Vas a tener que ayudarme un poco —susurró. Pero antes de que el chico tuviese tiempo de preguntar cómo, ella cerró los ojos y conjuró un rayo de luz verde que salió disparado de la punta del bastón.

La potencia del rayo fue tan grande que Jimmy tuvo que sujetar a su amiga por la espalda para que no se cayera al suelo. Sin embargo, los gatos siguieron atacando a Shadow, insensibles a la descarga mágica que recibían. ¿Qué estaba pasando?

—Pero mira a quién tenemos aquí... A Romeo y Julieta en el país de las maravillas..., digo, de las pesadillas —soltó Catpier con sarcasmo, y empezó a reírse a carcajadas.

—¡Haz que paren, maldito traidor! —le gritó Jimmy con todas sus fuerzas mientras sujetaba a Linfa, quien mantenía el bastón agarrado en alto y seguía conjurando el rayo de luz verde.

—Uy, chico, ¡qué carácter! —dijo Catpier, acercándose muy lentamente a ellos—. Tanto genio y tanta estupidez juntos no es bueno para la salud... de los demás. Ese rayo podría haber matado a muchos de mis gatos. Por suerte, vuestra magia no tiene nada que hacer. Aquí dentro reina la magia negra...

—¡Acabaremos contigo, sea como sea! —le amenazó el chico, que no podía moverse sin soltar a Linfa.

—Jimmy... —jadeó ella, temblando por el cansancio de canalizar toda esa energía—. No voy a poder aguantar mucho más...

Él la agarró más fuerte, y cuando volvió a alzar la mirada, se dio cuenta de que el morador de gatos estaba prácticamente a su lado. Solo el rayo que Linfa mantenía apuntando a los gatos los separaba.

—Qué tierno —se rio Catpier—. Te mataría ahora mismo, pero creo que prefiero ver tu cara cuando te robe la llave. Te dejaré vivo un rato más para que puedas ver lo que les hacen mis gatos a tus amigos.

El traidor alzó el brazo para agarrar el bastón de Linfa, pero justo en este momento ella dejó escapar un último suspiro y se desplomó en brazos de Jimmy, quien no había dejado de sujetarla en todo ese rato. El bastón cayó con su dueña y el movimiento hizo cambiar la trayectoria del rayo, que rebotó contra el suelo y las paredes creando un juego de luces cegador que se apoderó de la sala.

—¡Mis ojos! —gritó Catpier, llevándose las manos a la cara para cubrir sus pupilas felinas.

—¡Llévatela de aquí, Jimmy! —gritó Shadow.

El chico miró a su mentor, rodeado de una jauría de gatos salvajes que se habían vuelto incluso más agresivos ahora que la luz les dañaba los ojos, luego miró a Catpier, que se cubría la cara, pero seguía en pie, y supo que debía salir de allí a toda prisa.

Se colocó a Linfa sobre los hombros con una facilidad sorprendente que obedecía a sus nuevas fuerzas de monstruo y se lanzó hacia las escaleras, dando golpes y puñetazos para agrietar las rocas y tratar así de hacer un poco más ancha la brecha por donde habían subido para poder pasar con el cuerpo de su amiga a cuestas.

—¿Estás bien? —preguntó Jimmy en mitad de su escapatoria. Gracias a sus fuertes zarpas de monstruo, iba reventando las rocas para abrirse camino. Pero ya las tenía todas ensangrentadas y le daba pánico que sus esfuerzos no fueran suficientes.

La líder greensler no le respondió. Se paró y la dejó en el suelo para mirarla. Estaba inconsciente, pero no tenía heridas visibles, más allá de los rasguños provocados por las paredes. A Jimmy se le encogió el corazón pensando que eran por su culpa. No solamente la había arrastrado por ese túnel..., sino que la había convencido para usar el bastón. Alargó la mano para acariciarle la máscara y entonces se dio cuenta de que la piel de Linfa estaba palideciendo a una velocidad aterradora. Tenía que sacarla de allí como fuese.

Volvió a cargarse la chica a cuestas, pero había perdido demasiado tiempo. Un gato del tamaño de un lobo le alcanzó por un costado, y él le dio un golpe con la garra para deshacerse de él. El gato salió volando por los aires, pero eso no tranquilizó a Jimmy. Detrás de ellos, decenas de felinos los perseguían.

—¡Fuera! —gritó mientras daba una patada a otro gato que les había alcanzado.

El muchacho corrió como nunca había corrido hasta dejar los gatos atrás, y no aminoró su carrera ni cuando llegó a la salida del monte Smurl. Al salir de la cueva, Jimmy se movió con rapidez hacia unas rocas grandes que había en el barranco por el que habían accedido, y ocultó el cuerpo de su amiga para que estuviera segura. Luego, movido por un instinto más animal que humano, se lamió las heridas que se había hecho en las garras.

Un maullido ensordecedor hizo que asomase la cabeza y viese como más de un centenar de aquellos animales monstruosos llegaban a la salida de la cueva y se dispersaban para buscarles entre las rocas. Estaban perdidos.

—Jimmy... —dijo Linfa con voz agónica.

—Linfa, Linfa..., ¿puedes moverte?

La chica se removió y emitió unos gemidos, aunque seguía sin abrir los ojos.

—Linfa, por favor, dime que estás bien... —suplicó Jimmy mientras observaba el cuerpo de la muchacha, sin atreverse a tocarla por miedo de hacerle daño. Por fin, le puso una mano en la máscara y ella abrió los ojos.

—¿Estamos fuera? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Sí, sí, estamos fuera, aunque los gatos de Catpier nos han seguido y Shadow...

—Mi bastón —le interrumpió. Pero desfalleció antes de terminar la frase.

El chico pasó la mirada de su amiga al bastón y, tras cogerlo, la besó en la frente con dulzura y le susurró al oído:

—Lo usaré, pero antes debo ponerte a salvo.

La tomó en brazos y cruzó el puente de piedra que estaba a unos pocos metros del lugar donde se habían resguardado. Tenía que llevarla hasta la piedra donde el pájaro gigante los había dejado. Allí estaría suficientemente alejada de la entrada y los gatos no irían a buscarla... Y con un poco de suerte, cuando llegaran los refuerzos junto con la señora Spuge, la verían de inmediato.

De repente, un proyectil cayó del cielo justo a un metro de ellos.

—¡Mierda! —siseó Jimmy. Se había olvidado por completo de los fríos.

El bombardeo de los monstruos voladores hizo que los gatos detectaran la posición de Jimmy e iniciaran una persecución a toda velocidad. El chico abandonó cualquier pretensión de pasar desapercibido y se lanzó con Linfa en brazos a una carrera desesperada que no podía ganar: algunos de los gatos corrían con tanta rapidez que era cuestión de segundos que lo alcanzaran, pero Jimmy no dejó de correr hasta que el primer gato se agarró de su pierna y le clavó los colmillos a la altura del gemelo.

Sin titubear, dirigió el bastón de Linfa hacia el animal, pero se dio cuenta

de que no podía conjurar el rayo. Frustrado, le pegó al gato un bastonazo en la cabeza que fue casi tan efectivo como la magia.

«Bueno —se dijo—, por lo menos eso sí sé cómo se hace.»

Con cuidado, dejó el cuerpo de Linfa en el suelo y se colocó entre ella y los felinos, con el bastón en alto a modo de espada. Estaban atrapados. En tierra, los rodeaba más de un centenar de gatos y del aire caían fríos como bombas.

El chico hacía todo lo que podía, pero no era suficiente. Estaban rodeados y parecía que, esta vez sí, los iban a cazar.

La batalla final

El panorama era terrorífico. Centenares y centenares de gatos cubrían el barranco donde se encontraban corriendo hacia su dirección y el cielo estaba plagado de frígidos que se precipitaban hacia el suelo creando enormes cráteres en la tierra.

Jimmy decidió intentarlo igualmente, no se le ocurría nada más. Cogió el bastón entre sus manos y cerró los ojos como había visto hacer a Linfa. Se concentró. Buscó dentro de sí toda su energía e imaginó que la proyectaba con el bastón mágico. Para su sorpresa, un pequeño rayo salió disparado de su arma y alcanzó a uno de los gatos que tenía más cerca, que se desplomó al instante.

—¡Alejaos de ellos, malditos mamarrachos! —rugió la voz de la señora Spuge—. ¡Seres como vosotros son los que dan mala fama al Mundo de las Pesadillas!

La mujer se desplazó en una milésima de segundo hasta la entrada del puente, se arrodilló en el suelo y puso las manos justo en el peldaño de acceso. Una extraña fuerza magnética inundó el ambiente, haciendo que los frígidos huyeran y que los gatos malignos no pudieran moverse ni un solo

milímetro de donde estaban. Parecía como si alguien hubiera apretado el *pause* en medio de la batalla final.

Entonces, los ojos de la señora Spuge adquirieron el color violáceo de las amatistas y se iluminaron como si alguien los apuntara con una linterna. De sus manos brotaron dos bolas de energía blanca que dirigió hacia la pasarela de roca que conectaba la entrada al monte con el resto del barranco. El puente explotó al instante y los gatos que caminaban por encima, que se habían quedado paralizados por efecto de la magia de Spuge, cayeron como moscas dentro de un caldero. Sus maullidos de agonía al entrar en contacto con el agua burbujeante que había bajo el puente hicieron que Jimmy se estremeciera.

—¿Estáis bien, queridos míos? —preguntó la señora Spuge, que de repente se había materializado al lado de los chicos.

—¡Señora Spuge! —exclamó Jimmy aliviado—. Tiene que ayudar a Linfa, por favor, creo que está herida...

La mujer la examinó con sus ojos penetrantes y al cabo de un segundo asintió, dándole a entender que la joven se recuperaría.

—¿Dónde está Shadow? —preguntó entonces.

—Catpier lo ha capturado. El muy traidor lleva ayudando a Ghoul desde hace tiempo y...

—Hay que encontrarlo antes de que sea demasiado tarde —le cortó la maga con una expresión sombría que heló la sangre de Jimmy.

—¿Cómo? No podemos utilizar magia dentro del monte y nosotros somos solo tres...

—¡Tsss, tsss, tsss! Detente, querido. ¿No habrás creído que me he presentado aquí sola, verdad? —dijo con una sonrisa triunfal—. Saluda a los seres del mundo de las pesadillas —añadió alzando los brazos como para presentar a un invitado.

De repente, centenares de monstruos de todas las especies empezaron salir de detrás de las rocas que había en la parte alta del barranco. Los había de todo tipo: pequeños, grandes, gigantes, peludos, con alas, bicéfalos, con decenas de patas... Un ejército formado por innumerables monstruos se había reunido en el monte Smurl para prestar ayuda a su guardián.

El chico reconoció a un buen grupo de animuls que no paraban de cambiar de color en señal de saludo. Vio también a Torkel Mifú, quien aún mostraba heridas en los brazos y le saludaba sonriente. Muchos rostros familiares de la tribu de los greenslers se habían unido a ese grupo heterogéneo de seres inimaginables con un único objetivo: vencer a Ghoul.

—Gracias a todos por venir —dijo el chico, emocionado, dirigiéndose a su ejército—. Soy muy consciente del riesgo que corréis al venir aquí, pero aún hay esperanza, y vamos a luchar con uñas y dientes para salvar el Mundo de las Pesadillas. —Hizo una pausa emotiva—. Para salvar nuestro mundo.

Sus palabras llegaron al corazón de los monstruos. El ejército respondió con vítores y gritos de guerra que resonaron por toda la ladera y consiguieron ponerle la piel de gallina a Jimmy. Una mano abrazó la cintura del chico, y cuando comprobó que se trataba de Linfa, que ya se había recuperado y estaba de pie junto a él, la estrechó contra su pecho de forma automática. Por primera vez sentía que tenían posibilidades de ganar.

—¡Vamos a enseñarles a esos diablos con quién están jugando! —gritó el chico. A la señal de Jimmy, la señora Spuge conjuró un nuevo rayo de magia blanca y lo dirigió al puente que antes había destruido. La luz que emanaba de sus manos construyó una pasarela suficientemente ancha para que todos pudiesen acceder a la entrada del monte. Eran tantos que la montaña empezó a temblar. Los gatos que no habían perecido en el hundimiento del puente de piedra seguían inmóviles por el conjuro de Spuge, así que Jimmy y el resto de los monstruos pudieron cruzar sin problemas. Una vez que estuvieron todos

al otro lado del barranco, la maga deshizo el puente para asegurarse de que, si llegaban más gatos, no podrían seguirlos. Luego se dirigió a la entrada para encabezar la expedición junto a Jimmy.

Penetraron en las entrañas del monte Smurl, y cuando el chico se dirigió a las escaleras estrechas, la señora Spuge lo detuvo.

—Es por aquí —dijo la maga, señalando otro túnel que se encaramaba por una pared rocosa hacia la cima de la montaña—. Ghoul tiene que estar allí.

Jimmy abrió la boca para decir que tenían que encontrar a Shadow, pero en ese momento volvieron a sonar las campanadas. Habían perdido una hora. Tenían que dar con la otra mitad de la llave que les faltaba de inmediato. De lo contrario, nadie saldría de allí con vida.

Con el corazón en un puño por su mentor, Jimmy se dejó guiar por la señora Spuge hasta la cima del monte, donde se encontraron con una enorme puerta de acero que tenía unos extraños símbolos grabados.

El chico empujó la puerta y, para su sorpresa, se abrió sin más con un estridente sonido metálico. Delante de ellos había una sala gigantesca que a Jimmy le pareció el salón de baile de un ruinoso palacio renacentista. El suelo lo conformaban un grupo de azulejos rotos y dispares, como si alguien se hubiese dedicado a lanzar objetos contundentes para romperlos y sus pedazos se hubiesen convertido en baldosas. El techo, por el contrario, lo conformaba una cristalera que mostraba el exterior, donde solo se divisaba un cielo morado y siniestro. El salón estaba iluminado por miles y miles de velas, pero parecía que no había nadie dentro.

Jimmy entró en la sala observando con detenimiento y en silencio todo a su alrededor. Sus pasos resonaban en la inmensa estancia y, de repente, se dio cuenta de que algo iba mal... Solo se oían sus pasos. El chico se giró hacia la entrada y descubrió que era el único que había podido entrar a la estancia. El resto de monstruos y seres mágicos, incluida la señora Spuge, se habían

quedado al otro lado de la puerta, frenados por una barrera invisible que les impedía avanzar. Sin duda, aquello era producto de la magia negra.

—¿Qué está pasando?

Entonces unas sombras se proyectaron en las paredes, eran unas figuras que no hacían presagiar nada bueno. Una explosión delante de la cristalera levantó una enorme nube de humo negro y una silueta se dibujó en medio de la oscuridad.

—¡Catpier! —rugió Jimmy con rabia cuando al fin identificó el inconfundible sombrero de copa del morador de gatos y la larga cola que tanto asco le daba.

—Jimmy Mortimer, qué difícil nos lo estás poniendo. Pensé que sería más fácil liquidarte —comentó el esbirro de Ghoul mientras se lamía el pelo de las patas.

—¿Dónde está Shadow?

—Shadow, Shadow, Shadow... ¡Maldito egoísta! —respondió con un grito a la vez que su cola se elevaba—. ¡Lo quiere todo para él! ¿Era tanto pedir que me dejase ser el mentor alguna vez? ¿Una sola vez?

—¡Tú nunca habrías sido ni la mitad de buen mentor que él! —gritó Jimmy enfurecido—. ¡Eres despreciable!

—Basta de tonterías, chico —dijo el gato—. Dame la mitad de la llave.

—¡Nunca!

Catpier lo miró con ojos de furia y, sin decir más, chasqueó los dedos de una mano. Otra humareda, mucho mayor que la primera, explotó al lado del traidor, y de la oscuridad emergieron decenas de gatos transportando sobre sus lomos una enorme jaula de hierro con los barrotes enrojecidos, dentro de la cual estaba el monstruo malherido.

—¡Shadow! —gritó Jimmy, horrorizado al ver a su mentor en ese estado. Había perdido grandes mechones de su pelaje y el que le quedaba estaba

teñido de un color rosado, por la sangre que había perdido. Al oír el grito de su amigo, el perro elevó la mirada, y Jimmy pudo ver su rostro ensangrentado y lleno de arañazos. Apretó los puños y los dientes y miró a Catpier con un odio tan profundo que sintió que algo dentro de él iba a explotar.

El morador de gatos le dedicó una sonrisa diabólica y miró con desprecio lo que quedaba de Shadow.

—De la paliza que le hemos dado se ha quedado manso, manso, como un perro faldero. Te saludaría con la patita de no ser porque la jaula está ardiendo. Como se acerque un poquito a los barrotes, ¡uuuy!, se nos quema —explicó Catpier.

—Quien acabará ardiendo serás tú..., pero ¡en el infierno! —amenazó Jimmy blandiendo el bastón mágico hacia él.

—¿Es que todavía no has aprendido que no puedes hacerme nada aquí adentro? ¡La magia negra del monte neutralizará cualquiera de tus ataques!

—Eso ya lo veremos —dijo Jimmy entre dientes, y acto seguido lanzó el bastón hacia el techo acristalado con todas sus fuerzas gritando—: *Sizma!*

El bastón mágico impactó contra el vidrio haciéndolo estallar en miles de cristales. Una ventolera helada se coló en la sala causando un remolino que levantó los pedazos de cristales rotos que había en el suelo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó Catpier, tratando de protegerse los ojos mientras intentaba avanzar en dirección a Jimmy.

—He pensado que como el monte bloqueaba la magia blanca teníamos que romper algo para dejarla entrar —respondió el chico, señalando el enorme agujero que había hecho en la cristalera, y por donde en aquel momento estaban entrando todos los monstruos liderados por la señora Spuge, que se lanzó al ataque, luchando como una fiera y deshaciéndose a golpes de luz de todos los gatos que servían a Catpier.

—Os creéis muy listos, ¿verdad? —chilló el morador de gatos, enfurecido

desde detrás de un ejército de felinos que lo había rodeado para protegerle—. ¡Seré yo quien vaya al mundo humano! ¿Me oís? ¡Seré yo! Entregadme la llave ahora mismo o haré que mis gatos aniquilen a Shadow.

—¡Eso está por ver! —bramó Jimmy, envalentonado.

El chico se deshizo de unos pocos gatos y fue corriendo hacia la jaula donde estaba su amigo. En ese momento, nadie la custodiaba, ya que los gatos que lo habían estado haciendo habían abandonado sus puestos para unirse a la pelea.

Jimmy tocó uno de los barrotes, pero apartó su garra de golpe. Olvidó que la jaula ardía y ahora sentía el dolor de la quemadura.

—Yo te ayudaré —dijo Linfa, justo detrás de él.

—Linfa... ¿Cómo...?

—La magia de los greenslers es fuerte, me ha ayudado a recuperarme.

A pesar del caos que se había desatado, la líder greensler lanzó un rayo con el bastón que había recuperado y no solo hizo que los barrotes de la jaula se enfriasen, sino que consiguió que la portezuela se abriera de golpe.

Jimmy entró a toda prisa y agarró a Shadow por los brazos. El monstruo lo miró y le dio las gracias con una sonrisa. Estaba débil después de los ataques que había sufrido, pero el chico sabía cómo podía recuperar sus fuerzas.

—¡Señora Spuge! —gritó a pleno pulmón.

La mujer, que acababa de desprenderse de un par de mininos a los que luego había unido haciendo un lazo con sus colas, giró la cabeza cuando oyó su nombre.

—¡Voy! —dijo, y voló a toda prisa hacia ellos. Cuando estuvo a su lado, sacó una bolsita de tela de un bolsillo escondido en su vestido y la abrió. Los dos amigos observaban cada uno de sus gestos, pausados a pesar de la batalla campal que se estaba librando a su alrededor.

La maga tendió la palma de la mano dispuesta a vaciar el contenido de la

bolsita encima. Pero los ojos de Jimmy se abrieron como platos al ver que del saquito de lentejuelas rosas no caía nada.

—¿Señora Spuge? —le preguntó con tono dudoso.

—Chiss, dame un segundo —respondió ella.

La mujer ahuecó la mano vacía como si contuviese algo en su interior, se acercó a la cara de Shadow y volvió a abrirla delante del monstruo. Entonces sopló con dulzura y un remolino de destellos salió directo hacia el animal malherido.

—¿Puedes levantarte? —inquirió la maga.

El animal se puso en pie, estiró sus extremidades y dirigió una nueva mirada a la señora Spuge.

—¡Estoy como nuevo! —exclamó.

Pero un grito ensordecedor les hizo volver la cabeza y posar su mirada sobre Catpier.

—¡Maldita niñaaaaaa!!

El morador de gatos tenía los ojos inyectados en sangre y luchaba por mover su cuerpo, pero le resultaba imposible. ¿Qué había pasado?

Jimmy escudriñó la figura de Catpier a toda prisa y se dio cuenta de que Linfa había dejado a ese traidor fuera de juego. Con la ayuda de su bastón mágico, le había enrollado la cola a sus patas traseras, haciendo que perdiese el equilibrio y cayese de bruces al suelo. Con la mitad de cuerpo inmovilizado, Catpier se revolvía por el suelo mientras Linfa registraba cada parte de su cuerpo. ¿Qué estaba haciendo?

—¡La tengo! —exclamó la líder greensler, sosteniendo algo en su mano.

—¡Linfa! ¿Qué haces? —gritó Jimmy desconcertado.

Ella elevó los brazos para mostrarle su hallazgo: la mitad de la llave que Catpier robó en la Cueva de las Heridas. Pero su alegría duró bien poco

porque inmediatamente unos fríos aparecieron por su espalda y se la llevaron a rastras por un hueco que abrieron con la pared.

—¡Linha! —gritó Jimmy a la vez que salió corriendo hacia el punto donde había desaparecido su amiga.

Sin embargo, cuando llegó no había ni rastro del agujero. ¿Cómo iba a poder pasar?

Pero la pregunta se respondió sola. Un pequeño temblor comenzó a sacudir la estancia, haciéndose cada vez más intenso y agresivo. Los restos de cristales rotos empezaron a desprenderse del techo y a caer como cuchillos en mitad de la sala, así que los monstruos se desplazaron hacia el lado de la puerta metálica para ponerse a salvo. Jimmy, Shadow y la señora Spuge hicieron lo mismo.

La tierra temblaba cada vez más mientras que la grieta de la pared por la que había desaparecido Linfa comenzó a abrirse y a emitir un reflejo cegador desde su interior. La llamarada que salía a través de ella era enorme y todos se cubrieron el rostro con los brazos o apartaron la cara para no quemarse. Aquel fenómeno monumental tan solo podía estar anunciando la llegada de algo horrible: la llegada de Ghoul.

Una colosal sombra negra se personó ante ellos. Tendría unos diez metros de altura y lucía una túnica oscura que le llegaba hasta los pies y le cubría todo el cuerpo. De su físico, lo único que se podía apreciar eran unos brillantes ojos rojos que destacaban entre tanta negritud. Ghoul era mucho más imponente de lo que Jimmy había imaginado, y su presencia hizo que el silencio se adueñara de la sala. Parecía que el tiempo se hubiese detenido. Nadie se atrevía siquiera a respirar por miedo a que un ligero ruido desencadenara una hecatombe.

El primero en romper el silencio fue el propio monstruo, que alzó uno de

sus dantescos brazos para mostrar a todos los presentes lo que tenía preso entre sus dedos: a Linfa.

—Pequeña Linfa, cuánto tiempo sin verte...

Su voz grave sonaba atronadora, como si hubiese sido amplificadas para que fuese oída en todos y cada uno de los rincones del Mundo de las Pesadillas. Por su parte, Linfa se removía sin cesar, intentando zafarse, sin éxito, de los dedos de Ghoul. La rabia y la desesperación se habían apoderado de ella.

—Parece que no te alegras de verme, bonita —continuó el monstruo—. Tal vez debí haberte matado cuando tuve ocasión.

¿Haberla matado cuando tuvo ocasión? Jimmy no comprendía muy bien a qué se refería, pero no le dio más vueltas, ya que en esos momentos lo que más le preocupaba era que no la matara ahora.

Miró a Shadow, quien permanecía quieto a su lado, y a la señora Spuge. Ninguno de los dos se movía. El chico no comprendía por qué no hacían nada; se dio la vuelta para intentar entender qué pasaba. La sala estaba repleta de monstruos, pero ninguno de aquellos seres parecía tener intención de mover un solo músculo para enfrentarse a Ghoul.

—¿Qué te pasa, pequeño? —dijo Ghoul—. Ah, sí, tus amigos los monstruos... Digamos que van a estar quietecitos un rato. Ya sabes, cosas de la magia negra. Además, este es un asunto entre tú y yo, ¿no crees?

Emitió una enorme carcajada que hizo que la capucha que le cubría la cabeza cayera hacia atrás, con lo que todos pudieron ver por primera vez el aterrador rostro de aquel ser espeluznante, una cara huesuda de tonos blanquecinos y azulados. De no haber sido porque estaba moviéndose y hablando, Jimmy habría jurado que se trataba de un cadáver.

Ahora que se le veía el rostro con claridad, el chico se dio cuenta de que las cuencas de los ojos estaban vacías y que las luces rojas provenían de su

interior. Su pelo negro como el carbón, liso y fino, se le adhería al cráneo y le caía por los hombros, las orejas se elevaban por encima de la cabeza y acababan en pico, y su piel seca parecía estar pegada a los huesos. Ghoul provocaba miedo y asco por igual.

Catpier fue el primero en moverse. Sus gatos, fieles siervos del mal, le habían ayudado a liberarse del bastón de Linfa y ahora podía moverse sin problemas. Salió corriendo en dirección a Ghoul para ponerse a salvo, se colocó a su lado y miró a todo el mundo de forma triunfal.

Jimmy mantenía la mirada fija en Linfa. ¿Cómo podía liberarla de las manos de Ghoul?

—Vaya, vaya... Veo que hay alguien aquí muy preocupado por ti, pequeña —dijo el maligno—. Veamos qué le parece esto.

Presionó el cuerpo de Linfa entre sus dedos, como si fuese un insecto en manos de un gigante. Un quejido salió de la boca de la líder greensler y en décimas de segundo su piel empezó a palidecer y su máscara perdió el color. Sus ojos se tornaron blancos y lo último que pudo hacer fue derramar una lágrima. Estaba atrapada.

—¡Suéltala! —gritó Jimmy con toda su furia. Ghoul daba mucho miedo, pero no podía seguir presenciando la tortura que estaba infligiendo a su amiga. Tenía que detenerlo.

—Cómo quieras... —respondió con ironía.

Ghoul lanzó a Linfa hacia donde estaba Jimmy como si se tratase de un trapo. En cuanto cayó al suelo, el chico corrió hacia ella para comprobar su estado. La greensler no se movía. ¿Habría sido capaz de matarla?

—Linfa, Linfa... Vamos, despierta, ¡despierta!

La líder greensler seguía sin moverse y su piel continuaba pálida como el papel. Jimmy sentía cómo la desesperación se apoderaba de él y se le

formaba un nudo en la garganta que le impedía respirar. El corazón le latía tan rápido que parecía que iba a reventarle el pecho.

—Ay, ay, ay... Pobre Jimmy... ¿Mortimer? ¿Te llamas así, no? —dijo Ghoul en tono burlón—. Nuestro pequeño guardián se nos ha enamorado, ¡qué romántico! No te preocupes, que vas a tener tiempo de llorarla, porque aquí es donde te vas a quedar.

—¡Y seremos nosotros los que nos vayamos a tu mundo! —intervino Catpier, sintiéndose poderoso al estar bajo la protección de Ghoul. De repente, y sin que nadie lo esperase, su amo golpeó al morador de gatos y lo arrojó rodando unos cinco o seis metros.

—¡Cállate, inútil!

Catpier lo miró desde el suelo con expresión de no entender nada.

—Pero, amo...—balbuceó—, prometiste que yo iría contigo...

—¡Tú tenías que traerme la llave! ¿Y qué has hecho en vez de eso? Reunir a todos los monstruos de este mundo y traerlos hasta mi casa —respondió con furia—. Llevo años esperando este momento, y tú lo has fastidiado. ¿En serio crees que mereces acompañarme?

Catpier se quedó paralizado por el miedo y Ghoul estalló en una carcajada, satisfecho por la reacción del morador de gatos.

—Pobre cobarde... No has logrado completar tu misión, pero soy magnánimo y no te lo voy a tener en cuenta. Has traicionado a tus amigos como prometiste, me has ayudado a escapar de mi prisión y, al final, tengo la mitad de la llave. Tu tarea conmigo ya ha terminado, agradece que no te mate ahora mismo.

Catpier se hizo un ovillo con su cola y permaneció en el suelo sin tan siquiera mirar a Ghoul.

—Es tu turno, niño —le dijo el maligno a Jimmy—. ¿Vas a darme la mitad de la llave o tenemos que jugar a enfrentarnos y blablablá?

Jimmy se quedó sin habla. Linfa permanecía junto a sus pies, inconsciente, y ninguno de sus amigos podía ayudarle por culpa de la magia negra de Ghoul. Estaba perdido.

—Te propongo un trato: tú me das la llave y yo le devuelvo el movimiento a tus monstruitos y dejo que viváis siendo mis esclavos para toda la eternidad. ¿A que es justo?

Ahora sí, las lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas de Jimmy. La situación se había descontrolado por completo y no podía seguir aguantando aquella presión. Ya no pensaba ni en la llave, ni en la puerta, ni en regresar a su casa. Lo único que quería era que aquel ser despreciable les dejase salir de allí. Se secó las lágrimas con el brazo, se metió una mano en el bolsillo y dirigió la mirada de nuevo hacia Ghoul.

—¿Quieres esto, verdad? —preguntó, sacando la mitad de la llave que custodiaba.

—¡No, Jimmy, no lo hagas! —intervino la señora Spuge muy alterada, pero sin poder mover los brazos ni las piernas.

—¡Calla, vieja chiflada! —le espetó Ghoul—. ¡Deja de dar la lata o tendré que quitarte del medio!

La cabeza de Jimmy iba a mil por hora. Ahí estaba, sujetando la mitad de la llave ante Ghoul mientras intentaba tener una idea brillante para resolver aquella situación. El reloj había seguido avanzando y ahora apenas quedaban quince minutos para la medianoche. ¿Qué debía hacer?

Si le daba la llave a ese monstruo, su vida como humano habría terminado para siempre. No volvería a ver a sus padres y el Mundo de las Pesadillas sería su hogar para toda la eternidad. Pero si no sucumbía a la demanda del monstruo, todos los presentes morirían, incluidos Shadow, la señora Spuge y Linfa, si es que aún seguía con vida.

Jimmy dirigió una mirada a la maga cargada de tristeza y frustración.

—Lo siento, señora Spuge, pero no puedo dejar que los mate... Son mis amigos...

Ella asintió con los labios apretados. Jimmy comenzó entonces a andar hacia Ghoul, asumiendo que ese malvado ser había ganado aquella guerra. Pero de pronto un ruido hizo que detuviera sus pasos.

El chasquido inconfundible de Catpier retumbó en toda la sala. El morador de gatos se lanzó contra el cuello de Ghoul, pillándole completamente desprevenido. Sus gatos le acompañaron en el ataque, clavando uñas y dientes en el cuerpo del maléfico monstruo.

De pronto, el resto de seres del Mundo de las Pesadillas que había en la sala empezaron a moverse de nuevo. ¿Qué estaba pasando?

—Rápido, Jimmy, ve a por el bastón de Linfa antes de que Ghoul vuelva a lanzarnos su magia. Mientras le estén atacando, el hechizo no funcionará — dijo la señora Spuge.

Jimmy obedeció. Corrió hacia el lugar donde estaba el arma mágica y la agarró. Dirigió una mirada a Linfa instintivamente y comprobó que seguía en el suelo sin conocimiento. La señora Spuge, que estaba a su lado, le hizo un gesto para que le lanzara el bastón mágico. El chico lo hizo sin dudar. Seguro que ella sería capaz de manejarlo mejor que él.

—¡Jimmy! —dijo una voz que provenía de algún punto por encima de su cabeza.

El chico levantó la mirada y comprobó que era Catpier, que estaba subido a espaldas de Ghoul. ¿Qué estaba haciendo?

—¡Esto te pertenece! —le gritó mientras sostenía la mitad de la llave que le acababa de arrebatar a Ghoul. Seguidamente, se la lanzó por los aires sin dejar de luchar contra el que había sido su amo, el cual no dejaba de golpearlo.

La llave cayó en las manos de Jimmy y su mirada se iluminó. Estaba

ardiendo, aunque su piel no se resintió. La energía que emanaba aquel trozo de metal fue como una corriente eléctrica que recorrió su cuerpo con una inmensa sensación de esperanza. Tal vez aún estaba a tiempo de cumplir con su misión.

Un golpe brusco de Ghoul hizo que Catpier saliera despedido por los aires y todos los presentes, Jimmy incluido, siguieron el recorrido del morador de gatos, que acabó clavado en uno de los afilados cristales del ventanal roto que se habían esparcido por el suelo.

Su rostro quedó inmóvil, aunque pudo extender un brazo hacia el chico. La sangre comenzó a brotar de su boca, pero eso no evitó que esbozara una sonrisa mientras dirigía a Jimmy lo que serían sus últimas palabras.

—Lo siento... Vuelve a casa, Jimmy.

Tras esto, sus ojos se quedaron fijos para siempre. Catpier había muerto.

—¡Vamos Jimmy! ¡Une las llaves, tesoro! ¡Únelas! —gritó, desesperada, la señora Spuge.

El chico salió de su ensimismamiento ante el cuerpo inerte de Catpier y procedió a unir las dos partes de la llave para formar una sola. Una luz cegadora brotó de forma explosiva e inundó la sala. Durante unos segundos nadie pudo ver absolutamente nada, pero la carcajada de Ghoul les devolvió a todos a la realidad. Seguía vivo y dispuesto a todo.

—Shadow, es nuestro turno —dijo la señora Spuge, dándole el bastón de Linfa y corriendo junto a Jimmy.

—¿Creías que podrías acabar conmigo, pequeño humano patoso? —preguntó Ghoul con más rabia que ironía en su voz.

—Él solo no, pero te aseguro que todos juntos lo vamos a hacer —le contestó el perro envalentonado.

—¡Ahora, Shadow! —gritó la señora Spuge—. ¡Como la última vez!

Al grito de la maga, el mentor dirigió el bastón de Linfa hacia el portal de luz que había abierto Jimmy al unir las dos partes de la llave. Toda la magia se había reunido por primera vez en mucho tiempo, por primera vez desde que la señora Spuge tomó la dura decisión de dividir la llave por el bien de ambos mundos. La energía que brotaba de aquel lugar era inagotable y lo suficientemente fuerte como para atrapar al ser más poderoso, incluido Ghoul.

Con la ayuda del bastón, Shadow consiguió canalizar toda la fuente de luz en una sola dirección y solo bastó el golpe maestro de la señora Spuge para que su plan, como había pasado siglos atrás, funcionara.

Cuando la maga usó sus poderes para transformar aquella energía en una enorme bola de luz, Ghoul emprendió su marcha hacia Jimmy con la clara intención de matarlo. En sus ojos podía verse una fuerza oscura, como si toda la rabia del mundo se hubiera concentrado en un solo lugar.

Después del ataque de Catpier había quedado malherido y su aspecto era aún peor. Su túnica estaba hecha girones y sus movimientos eran torpes y lentos. Había perdido su agilidad y su poder, porque la magia negra que hasta ahora le había hecho fuerte ya no existía, pero su corazón podrido seguía dirigiéndolo, y la fuerza del resentimiento es poderosa.

El monstruo arrastró los pies por el suelo, alargando los brazos hacia donde estaban sus enemigos y emitiendo gruñidos desesperados. Quería arrebatárles el bastón y la llave y hacerse con sus poderes. Pero ya era demasiado tarde.

—¡Adiós, Ghoul! ¡Púdrete! —gritó Shadow mientras le miraba a los ojos.

La gran bola de luz cubrió el cuerpo del enorme monstruo, paralizándole por completo y haciendo que cada vez se hiciese más pequeño. Los destellos eran cegadores y los gritos de horror de Ghoul retumbaban en toda la

estancia, a pesar de que la fuente de magia blanca se iba haciendo cada vez más pequeña.

La bola de luz acabó desapareciendo, y tan solo la túnica negra del maléfico quedó tirada en el suelo. Habían vencido a Ghoul.

—¡Lo conseguimos! —gritó la señora Spuge, emocionada.

Todos los monstruos se levantaron del suelo con aire desorientado, pero rápidamente comenzaron a gritar y a celebrar su victoria. Jimmy se dejó caer de rodillas, respirando agitadamente y con miles de sensaciones recorriéndole todo el cuerpo. De pronto, una mano se posó en su hombro.

—¡Shadow!

Los dos amigos se abrazaron tan fuerte que parecía que sus cuerpos se iban a fundir en uno.

—¡Lo conseguiste, pequeño! ¡Lo has hecho! —le dijo su mentor con los ojos vidriosos, emocionado por todo lo acontecido.

Jimmy asintió con la cabeza, mudo por la cantidad de sentimientos que experimentaba y que se removían como caballos desbocados en su interior. Pero de nuevo sintió que su corazón se detenía. El cuerpo de Linfa seguía en el suelo, como si fuese el de una muñeca de trapo, y salió corriendo hacia ella.

—¡Linfa, Linfa! —gritó cuando estuvo a su lado—. ¿Está viva? ¡Decidme que está viva, por favor!

Al darse la vuelta para buscar respuesta en las caras de los demás, se percató de una intensa luz verde tras la cual había una puerta. La puerta de regreso al mundo real.

El silencio reinaba en la sala. Fue una nueva pregunta de Jimmy la que lo rompió.

—¿Está muerta?

Las campanas del monte Smurl empezaron a tocar. Iban a dar las doce.

Jimmy no tenía tiempo que perder si quería volver a casa.

Pero lo único que le importaba en ese momento era saber qué había ocurrido con Linfa. No obstante, a veces un silencio es en sí una respuesta, y parecía que aquella premisa era aplicable en ese momento.

—Linfa, no... —susurró mientras rompía a llorar.



Shadow se acercó a él y le posó una mano en la espalda.

—Ha sido una chica muy valiente, Jimmy. Tenemos que estar agradecidos por lo que ha hecho.

—No, no puede ser, ella no... —respondió entre sollozos.

—Debemos marcharnos, Jimmy... —le apremió Shadow.

Entonces el chico buscó en uno de sus bolsillos y sacó la libreta que Linfa le había devuelto en la noche Hyggelig, la noche más maravillosa de toda su vida.

—Dejadme que le escriba algo antes de irnos.

El chico abrió la libreta y garabateó algo en una hoja. Luego la arrancó mientras las lágrimas seguían cayéndole por el rostro, y releyó su mensaje una vez más antes de doblar el papel y colocárselo a su amiga en el pecho. «Te quiero», dos simples palabras que no había tenido tiempo a decirle en vida y que ahora le dejaba para que la acompañaran para toda la eternidad.

La señora Spuge se acercó a él y lo abrazó a modo de despedida.

—Gracias por salvarnos, Jimmy. Debes ser fuerte, querido guardián. Ella lo habría querido así.

Jimmy miró por última vez el cuerpo de Linfa, que yacía en el suelo, inerte, como si se tratara de una hoja seca. Se limpió las lágrimas y se puso en pie. Entonces se dio la vuelta y se encaminó hacia el portal, que ya estaba parpadeando. El mundo, su otro mundo, le esperaba al otro lado. Miró de nuevo a todos los monstruos, dirigiéndoles una mirada cargada de sentimientos, que transmitía mucho más que las palabras. Y entonces dio un paso hacia la luz. El portal le absorbió y empezó a cerrarse detrás de él, poco a poco, hasta que solo quedó un pequeño punto de luz que comunicaba los dos mundos y que iba a cerrarse en pocos segundos.

De repente, la hoja que Jimmy había dejado doblada en el pecho de Linfa se iluminó. Nadie sabía lo que ocurría, y los ojos de todos los presentes buscaban respuestas en los de sus compañeros. ¿Qué ocurría?

Poco a poco, el papel fue desapareciendo bajo esa intensa luz verde a la vez que la piel de Linfa recuperaba su color. El pecho volvió a moverse de

forma ligera, como si el oxígeno estuviese regresando a su cuerpo. ¡Estaba viva!

La líder greensler abrió los ojos y recorrió con la mirada todo lo que había a su alrededor hasta que posó sus ojos en los de Jimmy. Luego sonrió.

La señora Spuge y todos los monstruos comenzaron a aplaudir de alegría, dejando brotar la emoción contenida durante tanto rato. Cuando Linfa estuvo de pie, miró a la pared justo para ver cómo el último destello del portal se apagaba. La puerta se había cerrado.

Su corazón latía con fuerza. Lo que había entre ellos dos era magia de verdad.

En el suelo de la sala quedó la mitad de la llave, una llave que había cambiado la vida de Jimmy y de todos los seres del Mundo de las Pesadillas. La señora Spuge se agachó para recogerla y volver a guardarla en un lugar secreto que solo revelaría al siguiente guardián. Pero para eso aún tenían que pasar muchos, muchos años más...

Un mundo real, un mundo feliz

La luz de sol que se colaba por la ventana despertó a Jimmy. Cuando abrió los ojos, le costó un poco darse cuenta de que estaba en su cuarto. Se incorporó de golpe y dirigió la mirada hacia la pared. Allí encontró lo que buscaba: el papel pintado con barquitos navegando sobre el mar. Estaba en casa.

Se levantó de la cama envuelto en sudor y con un extraño dolor en las articulaciones. Parecía que hubiese estado haciendo ejercicio sin parar durante un día entero. No había parte del cuerpo que no le doliera, y ese pensamiento le llevó a dar un bote de la cama para dirigirse corriendo ante el espejo.

Jimmy comprobó que volvía a tener aspecto humano como antes de caer en el Mundo de las Pesadillas. Sus manos volvían a ser como las de antes y ya no había rastro de aquellas orejas puntiagudas ni de garras perforándole las zapatillas de deporte.

—Menos mal... —resopló ante el espejo, donde aún se inspeccionaba el rostro milímetro a milímetro.

Sus músculos se relajaron durante unos segundos, pero rápidamente volvieron a ponerse en tensión. ¿Dónde estaba Shadow? Se dio la vuelta y

miró sobre la cama. Nada. Volvió a girarse, repasando la habitación con la mirada, pero el animal no estaba ahí. ¿Y si se había quedado en el Mundo de las Pesadillas?

Se lanzó encima de la cama y sacó la cabeza por el lado donde no le llegaba la vista. Ahí encontró a su amigo, tumbado plácidamente después de todas las aventuras vividas. Había recuperado la forma canina con la que lo conoció, algo que le provocó una sensación de extrañeza.

Como si Shadow se supiese observado, abrió los ojos de golpe y miró a Jimmy.

—Hola, chico, ¿qué tal has dormido?

El perro se puso en pie sobre sus cuatro patas y comenzó a mover la cola en señal de alegría.

—Qué raro se me va a hacer que ya no me hables... —le dijo mientras le acariciaba el lomo.

¿Habría sido un sueño? Su descenso al Mundo de las Pesadillas, los greenslers, los animuls, la batalla en el monte Smurl, Linfa... ¿Habría sido solo un sueño?

Shadow bordeó la cama, se detuvo y comenzó a ladrar en dirección a la puerta.

—¿Qué pasa, chaval? —preguntó Jimmy acariciándole la cabeza.

Shadow seguía con sus ladridos, así que el chico miró hacia donde el perro le indicaba. Un destello al lado de la puerta captó su atención. Se acercó para ver con mayor claridad qué era lo que brillaba y descubrió que algo había cambiado en el dibujo que alguien había hecho en la pared. Sí, los seres extraños que ahora identificaba como los greenslers seguían ahí, alrededor de una hoguera. Sin embargo, unos nuevos personajes habían aparecido. Uno era una especie de monstruo con orejas puntiagudas y rabo canino, el otro era un muchacho que portaba una corona de hojas en la cabeza. No podían ser otros

que ellos dos, Shadow y Jimmy en la noche Hyggelig. A continuación ocurrió algo extraño: una figura nueva empezó a dibujarse a su lado, su mano se entrelazó con la del Jimmy dibujado en el papel. El chico reconoció enseguida la silueta femenina que le daba la mano. Era Linfa... ¿Significaba eso que estaba viva, que había despertado?

Miró a Shadow, que ahora daba vueltas sobre sí mismo meneando la cola y sacando la lengua, y no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Por un minuto pensé que lo había soñado todo, amigo... —le dijo al animal.

Volvió a mirar los dibujos y una punzada en el estómago le sorprendió cuando sus ojos se posaron sobre la figura de Linfa. La acarició suavemente, como si aquel papel fuese la piel de la líder greensler. Ojalá volviera a verla pronto.

En ese momento sintió calor en el bolsillo del pantalón, como si algo estuviese ardiendo en su interior. Metió la mano con más curiosidad que otra cosa y sacó la libreta. El cuaderno estaba intacto y en las anillas volvía a llevar colgada la mitad de la llave que encontró en el jardín del señor Galiz. Rozó la cubierta con los dedos, como si tuviese miedo de estropearla y, tras unos segundos contemplándola con detenimiento, la abrió. Enseguida encontró lo que buscaba.

«Siempre juntos, aquí o en nuestros sueños.
Te echaré de menos.»

Jimmy y Linfa

Su corazón volvió a latir con fuerza al leer las palabras de Linfa. ¡Esa última frase era nueva! Así que era cierto, estaba viva. Y a pesar de que

estuviera lejos, siempre estaría con él, como le prometió al devolverle la libreta.

El viejo reloj de madera que había en la primera planta comenzó a sonar y sacó al chico de su ensimismamiento. Eran las nueve de la mañana. Salió corriendo de su cuarto y bajó las escaleras todo lo deprisa que pudo con Shadow pisándole los talones. Llegó a la planta baja y se detuvo ante la puerta de la cocina desde donde se oían las voces de sus padres conversando.

—Buenos días —dijo la señora Mortimer al ver a su hijo asomando la cabeza por la puerta—. ¿Quieres un zumo?

—Buenos días —respondió Jimmy—. Sí, vale...

—¿Qué tal has dormido?

—Bien, he dormido bien...

Se sentía avergonzado por la discusión de la noche anterior y, aunque había ansiado tanto reencontrarse con sus padres después de todo lo vivido en el Mundo de las Pesadillas, ahora que los tenía delante no sabía cómo actuar.

—Pues mira, igual que tu padre. ¿Verdad que sí, Roger? —dijo la madre para incluir a su marido en la conversación.

—Sí, hijo... Al final te hice caso y dejé los informes para esta mañana.

—¿Sí? —contestó Jimmy con sorpresa.

—Sí, y ¿sabes qué? Debería haberlo hecho antes..., he dormido de un tirón.

—Si es que los padres a veces deberíamos escuchar más a nuestros hijos —añadió la señora Mortimer mientras guiñaba un ojo a Jimmy—. ¿Quieres tostadas, cielo?

—Sí, mamá. Gracias..., gracias por todo.

—Uy, ¡si no me cuesta nada!

La señora Mortimer se dio la vuelta y le dio un beso en la cabeza a su hijo.

Él sonrió al notar el aroma de su madre, un olor a flores frescas que pensó que nunca más volvería a sentir.

—Mamá, se me ha ocurrido que podría ayudarte con el jardín...

—Pero ¡bueno! ¿Qué les pasa a los hombres de esta casa? Tu padre también se ha ofrecido a hacer de jardinero conmigo. ¿Os habéis puesto de acuerdo?

Jimmy y su padre se miraron. Fue la primera vez que se miraban directamente desde la discusión de la noche anterior y, aunque ambos lo hicieron con un semblante serio, no aguantaron ni cinco segundos sin echarse a reír.

—Pues si somos tres, antes acabaremos, ¿verdad, hijo? —le dijo el señor Mortimer.

—Verdad, papá —respondió con una sonrisa.

Pasaron tres semanas y la casa de los Mortimer no tenía nada que ver con el lugar inicial al que se habían mudado. Jimmy y su padre habían dedicado los fines de semana a pintarla y ajustar algunos tablones sueltos de la fachada.

El jardín de la señora Mortimer lucía precioso aquella mañana de domingo, con una cantidad de petunias exuberantes y flores de colores que lo hacían parecer un paraíso. Jimmy estaba sentado en las escaleras, garabateando en su libreta. Su padre estaba tumbado en una de las sillas plegables y con reposapiés que habían comprado, leyendo *Extraños en un tren*. Al parecer, una cosa era volver a disfrutar de su tiempo libre y otra alejarse demasiado de sus trenes. La madre de Jimmy seguía sin entender de dónde procedía aquella planta que se comía a sí misma y que se regeneraba de forma natural. Jimmy le juraba que había comprado las semillas en la tienda de ultramarinos del

pueblo, pero ella le había preguntado a la dependienta por aquella especie de planta y la mujer le había dicho que no sabía de qué le hablaba.

Los insistentes ladridos de Shadow interrumpieron el momento. El perro se mostraba muy excitado y no dejaba de ir de la puerta de la cocina a la puerta principal.

—Amigo, ¿qué pasa? —le preguntó Jimmy.

—Pues que tendrá ganas de salir. Hace muy buen día. ¿Por qué no vais a dar un paseo, hijo? —le animó su padre.

El chico abrió la puerta de la calle y se quedó parado en el porche. Dirigió una mirada a su perro, que seguía meneando el rabo con la lengua fuera, y sonrió.

—Hoy elijo yo el camino... Tengo una idea ¡En marcha!

Jimmy tomó el sendero de tierra que había en la zona trasera de su casa y, unos minutos después, llegó a la playa. Tal como había esperado, allí estaban aquellos muchachos con los que se había encontrado cuando era un recién llegado, aunque esta vez su intención no era la de huir de ellos.

—Venga, Shadow. ¡A ver quién llega el último!

Echó a correr, bajó por las rocas que bordeaban el arenal y en cuestión de segundos se plantó en la playa. Al verlo aparecer, los chicos detuvieron el juego y le miraron expectantes.

—¿Te has perdido? —le gritó el mismo muchacho con el que habló la última vez que estuvo allí.

—Marcos, ¿verdad? —respondió Jimmy mientras avanzaba por la arena.

—¡Buena memoria!

—¿Os hace falta alguien en algún equipo? —le soltó sin titubear.

Los chicos se miraron unos a otros, y Marcos contestó rápidamente.

—Siempre es bueno tener refuerzos. Ven con nosotros, que somos uno menos.

Jimmy corrió hasta ellos mientras Shadow se colocaba en una zona de la arena donde había un poco de sombra. El muchacho miró a su perro para asegurarse de que estaba bien y le lanzó una sonrisa antes de unirse al juego.

Tenía ahora muchas cosas por las que sonreír. Después de tantos años sintiéndose solo y sumido en una inmensa tristeza, por fin había comprendido qué era lo importante en la vida. Se sentía más vivo que nunca, y todo gracias al Mundo de las Pesadillas. Algún día volvería, de eso estaba seguro. Pero, mientras, iba a vivir, iba a crecer e iba a hacer lo que hasta ahora se le había pasado por alto: ser feliz.

Epílogo

Sin duda, la vida a veces nos pone pruebas. Todos tenemos un destino al que enfrentarnos, una meta que alcanzar y un sueño que cumplir. A veces no es todo como nos gustaría, pero ¿y si lo miramos desde otra perspectiva? ¿Y si tenemos fe? Fe en el amor, en la amistad, en la bondad. Fe en nosotros mismos.

Siempre habrá momentos de luz y momentos de oscuridad, pero vivir en las dos partes te ayudará a ser quien realmente eres. La luz te iluminará y la oscuridad te hará ver esa luz con más fuerza cuando llegues hasta ella.

Agradecimientos

Quiero dedicar este libro, principalmente, a todas las personas que sueñan, que vivimos enganchados a esa manía tonta de romper nuestros límites y explorar hasta dónde podemos llegar. A mi familia, un pilar fundamental en este sueño, porque siempre han creído en mí. A Lorena Montón por ser parte de este libro tanto como yo: sin ti Jimmy no sería lo que es. A Rosa, Aina, Eva, Cristina. Por creer en el proyecto e inyectarle gasolina para hacerlo funcionar. A mi editorial, Montena, por supuesto, por darle alas y hacerlo real. Y a vosotros, que sostenéis en vuestras manos mi primera aventura literaria. Sois la llave de mis sueños y, sin duda, los guardianes de mi luz. Deseo que os guste: escribirlo ha sido una de las mejores experiencias de mi vida. Acordaos de mirar siempre debajo de la cama, quizá un mundo nuevo os esté esperando...

Gracias, soñadores.

DAVID LAFUENTE

David Lafuente (Granada, 1989) tuvo muy claro desde pequeño que su destino era ser artista. Tras participar en varios programas de televisión como cantante y estudiar interpretación en el Instituto del Cine y Televisión de Madrid, David saltó a la fama con el grupo musical Auryn. Seis años después, David ha decidido tomarse un respiro para dar rienda suelta a su creatividad, no solo musicalmente sino en el ámbito literario. *La negra historia de Jimmy Mortimer* es la primera obra del cantante y autor granadino, en la que ha creado un universo que va más allá de los límites de los sueños.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Edición en formato digital: mayo de 2017

© 2017, David Lafuente

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Virginia Mori, por las ilustraciones

Lorena Montón, por la revisión del texto

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Ilustración de portada: © Virginia Mori

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9043-805-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La negra historia de Jimmy Mortimer

1. Hogar, triste hogar
2. La sombra y la puerta
3. Una muerte y un nacimiento
4. La cama del revés
5. La sala de los espejos
6. El morador de gatos
7. La aldea de los animuls
8. El Ferro Vía
9. El accidente liberador
10. Escribiendo un nuevo comienzo
11. El Bosque de los Greenslers
12. La tetería de la señora Spuge
13. Interiores ocultos
14. La noche Hyggelig
15. La cueva de las heridas
16. El desierto de los emuladores
17. El monte Smurl

18. La batalla final

19. Un mundo real, un mundo feliz

Epílogo

Agradecimientos

Sobre David Lafuente

Créditos